

ANARQUISMO Y ANARQUISTAS

Fidel Miró Solanes

PRESENTACIÓN

Este polémico libro, escrito a caballo entre la memoria y el testimonio, es un documento de singular importancia en el panorama de la literatura libertaria de nuestros días. Su autor, Fidel Miró, es un viejo activista ácrata que en plena juventud alcanzó una significación propia en el poderoso movimiento anarcosindicalista español y desempeñó cargos tan relevantes como la Secretaría General del Comité Peninsular de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL), fue miembro del Comité Regional de la FAI de Cataluña y del más alto organismo del Movimiento Libertario español, además de tribuno con gran capacidad expresiva y publicista con ideas propias. Después, el triunfo del franquismo le arrojó al exilio, como a tantos cientos de miles de españoles, desnudo de bienes materiales, pero rico de ideas y en plena capacidad vital. Algo de esta peripecia trasciende en el presente libro, pero más bien en sentido anecdótico o como referencia a su constante participación en las actividades del Movimiento Libertario en la clandestinidad española y en las conflictivas divergencias del largo exilio.

Precisamente *Anarquismo y anarquistas* trata de las diversas corrientes que sacuden a la CNT. El problema no es nuevo. Como se deduce de la lectura de este libro, así como de las reflexiones, experiencias y análisis de su autor, lo que él llama «heterodoxia» se encuentra en la misma raíz y fundamento de la filosofía anarquista y de sus más importantes teóricos. Por eso Fidel Miró arremete con ímpetu y vehemencia contra los que se han constituido en «vestales» y «sumos sacerdotes» de una «ortodoxia» espuria que es absolutamente incompatible con la doctrina más racionalista y crítica del amplio espectro que configura las corrientes socialistas desde sus orígenes hasta nuestros días.

Pero Fidel Miró no es un teórico, sino un activista con mucha experiencia y con un profundo conocimiento de las interioridades del anarcosindicalismo español y de las sectas y grupos que luchan en su seno por afirmarse hegemónicamente. A juicio, el problema está planteado entre «reformistas» y «ultras». Los primeros, entre los que se encuentra Fidel Miró, aspiran a que la CNT se consolide como central sindical fiel a sus tradiciones libertarias, pero abierta a todos los trabajadores y a sus problemas más inmediatos y cotidianos. Los segundos, también a su juicio, son los partidarios del «todo o nada» y se inclinan por los planteamientos más radicales de carácter ideológico. Ambas corrientes han estado siempre presentes en la CNT y en algunos períodos han provocado crispaciones ideológicas que han llegado hasta la ruptura. ¿Estamos a la vista de uno de esos períodos...? Que cada cual juzgue por sí mismo con pleno conocimiento, pues este libro nos ofrece datos suficientes para la reflexión.

Por lo demás, Fidel Miró no es un novato en este tipo de análisis. Sin duda es un revisionista, pero un revisionista de buena ley, que sigue convencido de la bondad de sus ideas libertarias. En México, donde se instaló como librero y editor en los años cuarenta, ha desplegado una incansable labor como publicista. Durante nueve años consecutivos dirigió y editó a sus expensas la revista *Comunidad Ibérica* abierta a todos los antifranquistas de fuera y dentro de

* Digitalización: KCL. Resaltamos la inconsistencia de ideas sobre la anarquía que maneja el autor de este libro, haciendo ambiguo y extremadamente abstracto su particular enfoque y comprensión de la idea de Anarquía. Ideas y acciones no tienen nada que ver en su caso; cuando, sabemos que entre ellas debe existir siempre una armonía, para ser cabales y auténticos.

España. Además, ha sido un portavoz lúcido y dinámico de las ideas libertarias en Iberoamérica, y publicado algunos libros que reflejan su preocupación por los problemas sociales vivos: *Y España, ¿cuándo?* (1957); *Cataluña, los trabajadores y el problema de las nacionalidades* (1967), y *El anarquismo, los estudiantes y la violencia* (1968).

Fue además Secretario General del Comité Ejecutivo CNT-FAI Juventudes Libertarias de Cataluña (1938) y Secretario Nacional de Infancia Evacuada del Ministerio de Instrucción Pública.

Gregorio Gallego

A MANERA DE PRÓLOGO

LOS COTOS CERRADOS

Rondando la verdad y por fuera de ella, las cosas no son como son, sino como se quiere que sean. Razonar es frecuentemente gimnasia que deslumbra; filosofar, maravilloso arte que encanta; teorizar, taumaturgia que seduce, alucina, hipnotiza. Y razonando, filosofando y teorizando, se alzan suntuosos edificios que la más suave brisa desmorona. Tan frágiles y deleznales son sus fundamentos.

He aquí que los hombres abren surcos en la tierra, colocan en ellos recios mampuestos, levantan sobre éstos sólidos muros. Cada uno cierra su coto. Y comienza la maravillosa obra de arte. Aquí, en caracteres fulgurantes, la palabra *idealismo*. Allá, en férreos signos, la palabra *materialismo*. Por doquier palabras y palabras. Deísmo, panteísmo; aristocracia, democracia; autoridad, libertad; creación, evolución. Hay andamiajes para todos los gustos. Los artífices llevan nombres gloriosos: Platón y Aristóteles, Descartes, Kant, Hegel y Spencer. Descubrámonos reverentes ante tal grandeza.

Ya estamos separados en sectas, escuelas y partidos. Mil bifurcaciones, mil ramas, mil matices más esculpen en la historia otros tantos nombres imperecederos. Cada uno elige su coto y allá nos encerramos con una lógica propia, con una peculiar filosofía, con una tesis que excluye, que disgrega, que separa. El pensamiento queda esclavo de su propia obra.

Sistematizar es labor de ciencia y sistematizando nos cerramos a la ciencia: dogmatizamos. He ahí la razón de todo coto cerrado.

Alegrémonos de que se derrumben los muros; de que se vengán abajo los palacios. Hay arte y belleza y ciencia en todos, ninguno es el arte, ni la belleza, ni la ciencia. Obra de los siglos que fueron y de los que vendrán, jamás estará concluida.

Mas allí donde se alzara un nuevo andamiaje, donde se abrieran nuevos surcos y se edificaran nuevos muros, comparece con tus picos demolidores y no dejes piedra sobre piedra. El pensamiento requiere el espacio sin límites, el tiempo sin término, la libertad sin mojones. No puede haber teorías acabadas, sistematizaciones completas, filosofías únicas, porque no hay una verdad absoluta, inmutable; hay verdades y verdades, adquiridas o por adquirir. Filosofar y razonar es aceptar las unas, investigar las otras. No más. Analicemos, investiguemos,

guardándonos de acotar nuestro propio entendimiento. A esta condición, gimnasia, arte y taumaturgia intelectual tienen ancho campo de acción y de expansión.

Y si hallarás en tu camino de acción quien intente detenerte ante las magias del ideal o ante las realidades de la materia o ante las impulsiones de la pasión, reflexiona andando.

Ideal, sí; aspiraciones nobilísimas de humano intelecto que vuela hacia la Belleza, hacia la Justicia, hacia el Amor, salúdalas con la emoción de los divinamente humano, grande sobre todas las grandezas.

Materia, sí; realidad objetiva de todo lo que existe, que soporta todo lo pasado, todo lo presente y todo lo venidero; arcano donde la idea fragua el futuro, compendia la Naturaleza y forja las leyes de la existencia universal, abrázala con el amor de sí mismo, de la propia carne y de los propios huesos, de la propia sustancia y de la propia fuerza, que ella es trasunto acabado y definido de lo que no tiene principio ni fin, ni en el tiempo ni en el espacio.

Pasión, sí; flujo poderoso, magnetismo irresistible de la sustancia y de la fuerza; motor grandioso de la acción y de la vida; impulso y atracción, amor y odio; reverénciala como el alma inagotable de todo lo que es arte y sentimiento, razón e idealidad.

Sin pasión es el hombre bloque berroqueño en la indiferencia de la materia inerte. Sin ideal, es como el cerdo que chapotea la bazofia que le engorda. Sin materia, vísceras, órganos, arterias, miembros, sería como esas alucinaciones de los vesánicos creadores de espíritus, que forjan realidades allí donde no hay más que delirios.

Sueña cuanto quieras, apasionate como quieras, pero reflexiona andando, que son cuerpos reales con órganos y necesidades reales; que la idea es cosa grande, magnífica; el sentimiento cosa bella, óptima; y el estómago una víscera que requiere alimentos, el cerebro un órgano que demanda oleadas de sangre rica, el cuerpo un organismo maravilloso que se nutre de cereales y carnes y también de ideas. Un buen trozo de pan lleva en sus átomos las más geniales creaciones de los Platón, los Aristóteles, los Kant y los Spencer.

Conquista, pues, el pan y también el ideal; todo en suma, pan para el cuerpo, pan para el alma, pan para el cerebro. Y que los artifices de cotos cerrados se queden en la soledad de sus vetustos palacios.

Ricardo Mella Cea
Acción Libertaria, núm. 16, 31 de Marzo de 1911.

INTRODUCCIÓN

“El fanatismo hace la desgracia de todas las sociedades en las que se le permite ejercer su imperio”. *Alcalá Galiano*.

“El fanatismo es la religión que tendrían las fieras, si se les pudiera enseñar un culto”. *Carlos Rubio*.

ACLARACIONES PERTINENTES

Este libro es el resultado de cincuenta años de militancia en el movimiento anarquista. Es, por lo tanto, el fruto de mis lecturas, de mis meditaciones, de mis reflexiones y experiencias. Se diría mejor que en mi iniciación militante, a medida que iba progresando en las lecturas de *El Apoyo Mutuo*, *A los jóvenes*, y *Ética*, de Pedro Kropotkin -mi primer teórico-, sentía que mi mundo interior se iba transformando, enriqueciendo y fortaleciendo mi sentido del deber para con la sociedad. En resumen, iba tomando cuerpo, en forma más definida, mi ideal humanista; y a la vez que el sentido combativo, no exento de gravedad, un cierto sentimiento trágico, que aseguraba en mi conciencia la confianza y el optimismo en el futuro de la sociedad. Ese sentimiento de gravedad -que ahora defino como trágico- me hacía admirar, quizá en exceso, a todos los seres humanos que habían sufrido o sufrían persecuciones y presidio, muerte inclusive, por desafiar el actual orden de cosas en aras de un ideal de redención. Y una voz de justicia nacida en lo más hondo de mi conciencia me impulsaba a seguir tan excepcional ejemplo sin medir el peligro.

Este cambio en mi mundo interno, al dar sentido y objetividad a mi propia vida (tendría entonces 17 o 18 años), me hacía sentir la satisfacción de que yo no era una hoja a merced de cualquier viento de la mundanal existencia, sino un hombre con convicciones, con un mundo propio en mi imaginación y con un código ético elevado, riguroso y bien definido. Y me percataba, con recóndita satisfacción, de que en torno a mi persona crecía el respeto, la confianza y hasta una cierta admiración.

No todos los capítulos de este libro, como podrá verse, han sido escritos recientemente. Algunos, o parte de ellos, son reproducciones de artículos publicados en nuestra prensa, o en alguno de mis libros anteriores, escritos durante el largo exilio a que nos obligó la pérdida de nuestra guerra civil.

De mis escritos anteriores a 1940 no conservo nada. Tampoco me hubieran servido mayormente para el presente trabajo, pues fue a partir de entonces cuando sentí una profunda inquietud por revisar detenidamente mis propias convicciones. A medida que transcurría el tiempo se intensificaba en mí la necesidad de poner al día mi pensamiento político-social a la luz de las experiencias vividas en el movimiento obrero español y del acontecer universal. Una causa fundamental de dicha inquietud radica en el hecho de que al poco tiempo de terminar nuestra guerra civil se produjera la Segunda Guerra Mundial, con su larga secuela de horrores llevados a los más insospechados extremos: sacrificios humanos multitudinarios y adversidades colectivas subsiguientes, cuyos responsables principales fueron juzgados en Núremberg¹.

Muchas de mis opiniones de hoy discrepan de las que sostenía entonces, a los veinte años. Hay gente -al parecer en todas las corrientes ideológicas y, en especial, en los partidos políticos- que tiene a la gala manifestar en su madurez, que piensa igual que ayer, que en nada han variado sus ideas de juventud. Tal afirmación no creo favorezca a nadie, pues los que así se manifiestan, vienen a confesar que son simples seguidores o feligreses de cualquier religión o partido. «Hombres sin cabeza», diría Rucker; gentes sin criterio propio, decimos nosotros. Entes capaces de repetir, declamando, anatemas y rimbombantes adjetivos, frases de sus teóricos preferidos o de sus dirigentes. Entes engreídos, capaces inclusive de escribir artículos retóricos, con muchos sustantivos adjetivados, pero insustanciales. Gentes a quienes se les paró el reloj, como suele decirse, si es que en alguna ocasión marcó las horas de su universo mental.

¹ Proceso contra los criminales de guerra alemanes (1945-1946).

Anclados en el ayer, para estos individuos la historia no existe, o es pura repetición; el diario acontecer carece de importancia. Y lo que es peor, generalmente estiman -aunque no siempre se atreven a confesarlo- que otros piensan o pensaron por ellos. Y siendo así, ¿para qué tomarse la molestia de pensar por cuenta propia? ¿Para qué esforzarse? La pereza mental es mucho más común y difícil de vencer que la pereza física. Los que piensan son los menos. La mayoría se conforma con ser rebaño, o simplemente con no ser nada, o peor aún, con ser unos perfectos irresponsables en su comportamiento social. Esta es, y ha sido siempre, la peor tragedia de la humanidad.

Lo que más me contrariaba, especialmente en mi juventud, era constatar que sobre una idea, un acontecimiento o problema más o menos relevante, no tuviera un criterio personal. Mi preocupación primordial ha sido siempre poner al día mi pensamiento, revisar conceptos, enriquecer mis ideas, analizar una y otra vez si una pretendida solución se mantenía vigente. En resumen: comprobar si lo que pensaba ayer era válido hoy en relación con mi capacidad, mis conocimientos y principios ideológicos. Nunca pensé, empero, que tal actitud o manera de razonar fuera en mí una condición innata. Lo aprendí en los libros, naturalmente, y, en especial, en los textos de los grandes pensadores anarquistas. También lo debo a los intercambios coloquiales sostenidos con los amigos, sobre todo con los más afines, y a mi trato con personas honestas e inteligentes, aceptaran o no mi filosofía social. Tengo, pues, la convicción moral de que siempre he puesto tanto o más interés en escuchar y aprender de los demás, que en tratar de influir con mis ideas.

Como todos, yo también he sido joven. Y, por consiguiente, apasionado, temperamental, inclusive irreflexivo y, a veces, agresivo. Se diría mejor: demasiado poseído de mi verdad, de nuestra verdad, no siempre serenamente meditada. Pero, desde muy joven, las lecturas de Kropotkin, Ricardo Mella, Reclus, Malatesta, Rocker, Faure, Peiró, Santillán, y tantos otros pensadores nuestros, me enseñaron a reflexionar, a dominar mis impulsos y la intemperancia; a respetar el pensamiento ajeno, en especial el de aquellos interlocutores honestos, aunque de ellos discrepara. Por supuesto que tal transición autodisciplinaria en mi norma de conducta no me fue fácil ni breve, aunque esa transición implicara un proceso conscientemente asumido para convertir dicha preocupación en norma de vida.

LÍDERES DEL MOVIMIENTO ANARQUISTA

Durante el primer año de la guerra civil, encabezaba yo, por así decirlo, la fracción moderada -o tenida como tal- de las Juventudes Libertarias de Cataluña, de las que era secretario general. Después lo fui de la organización nacional (1937-38). La otra fracción, la que podríamos denominar radical o maximalista, tenía por líder a mi amigo José Peirats. Quiere decir que mi proceso de moderación o, para que mejor se entienda, de reformismo, ya había comenzado en aquel entonces.

Doy por descontado que al leer el párrafo anterior, muchos jóvenes anarquistas, y otros menos jóvenes, protestarán airados aseverando que en los medios anarquistas no existen los líderes; pero yo estoy convencido de lo contrario. Tenía yo dieciocho años cuando publiqué un vehemente artículo contra el liderazgo en el movimiento obrero; pero apenas empecé a tener personalidad representativa me convencí de que en los medios anarquistas existían los líderes como en cualquier organización política o corriente revolucionaria. Y existen porque el liderazgo es un fenómeno natural, inevitable, benéfico inclusive, siempre que haya organización o partido con pensamiento vivo que ejerza en todo momento un control crítico sobre la conducta pública de sus dirigentes. Lo que es malo, pésimo, es el culto a la personalidad -que también en los medios anarquistas se ha dado, aunque con menor intensidad-, el adocenamiento y el

gregarismo. Mucho peor resulta cuando el ascendente personal o liderazgo se trueca en mercantilismo, con el consiguiente provecho propio; es decir, *cuando el líder en lugar de vivir para las ideas trata de vivir de ellas*.

Durante la década de los treinta conviví fraternalmente en Barcelona, y fui amigo personal, en mayor o menor grado, de Juan Peiró, Santillán, «Marianet» (Mariano R. Vázquez), Francisco Ascaso, Durruti, García Oliver, Pedro Herrera, Facundo Roca, Viadiu, Villar, Valerio Mas, y otros muchos.

Eran líderes, auténticos líderes, pero ninguno pensó nunca que ese liderazgo podría rendirle dividendos. Jamás se consideraron élite infalible; por el contrario, procuraban siempre dar ejemplo con su conducta, marcar la pauta en el esfuerzo personal hasta llegar a engrosar la inmensa y trágica lista del martirologio del movimiento social revolucionario, especialmente anarcosindicalista.² En verdad, eran tantos los militantes con igual conducta y relevante personalidad, que no podía darse ese denigrante manifestación que representa el culto a la personalidad del mandón de turno. Mas he de recalcar que los jóvenes de entonces sentíamos por aquellos compañeros líderes no sólo mucho respeto y admiración, sino hasta veneración. Tampoco estimo que ello fuera malo; por el contrario, los considerábamos dignos exponentes de la filosofía anarcosindicalista. Lo lamentable es que no sea siempre así, que no todos los jóvenes de hoy sientan por el militante maduro, con largo historial de acción y sacrificio, la debida consideración, el indispensable respeto.

EL CÓDIGO MORAL

Además del apasionado afán de tener criterio propio, pensamiento creador y dinámico en constante superación, aprendí pronto que toda persona consciente, y en especial el iniciado en las ideas anarquistas, está moralmente obligada a formularse un riguroso código ético, partiendo de la idea fundamental humanista de que los anarquistas debemos esforzarnos constantemente por mejorar las condiciones de la vida material y elevar el pensamiento del conjunto social de la humanidad toda.

Al entregarme por entero a la difusión y defensa de las concepciones humanistas del anarquismo, acepté, sin reserva alguna, que debía procurar convertirme -hasta donde me fuera posible- en una célula sana, dentro, naturalmente, del cuadro de limitaciones que nos impone el cuerpo social en que vivimos, y que no debería transgredir los preceptos fundamentales del código moral voluntariamente elegido.

A partir de ahí creo haber contribuido, en la medida de mi modesto esfuerzo, a realizar el bien comunitario dondequiera que me ha sido posible materializarlo.

Otra cosa importante que aprendí muy pronto es que el individuo no es un ser predestinado, sino que cada cual -cuando no se quiere ser una simple hoja empujada de acá para allá sin voluntad y sin destino- tiene que esforzarse por trazar su propia ruta, señalar, escalonadamente, sus propias metas y no desmayar jamás. No caer nunca en la diferencia, el cinismo corrosivo e inhumano, y mucho menos en el oportunismo amoral; pues los medios a emplear deben estar siempre en armonía con los fines que se persiguen.

² Grandioso ejemplo ha sido, entre otros, el del noble y valeroso compañero Juan Peiró, quien, pudiendo salvar su vida rodeado de las gracias materiales y el respeto de los jefes franquistas, prefirió inmolar su persona física ante el piquete de ejecución antes de mancillar su digno historial revolucionario con la infamia de una claudicación ideológica.

Aprendí, por otra parte, que la honestidad consiste en vivir plenamente huyendo como de la peste del tedio y de la indolencia, males propios de hombres acabados, vencidos espiritual e ideológicamente, o de quienes nunca han sentido la satisfacción moral de abrazar un ideal de superación personal y redención universal.

MI DECÁLOGO A LOS VEINTE AÑOS

He aquí los pilares ideológicos de mi ideal revolucionario allá por la década de los treinta, el cual quizá no revistiera ahora mayor interés si no fuera porque se encontraba muy generalizado en nuestros medios por aquel entonces y que, además, conserva su «intangibilidad», su «carácter sacro», constituyendo, a mi parecer, un peligroso lastre dogmático. Al respecto cabe la siguiente aclaración: tal «decálogo» se generalizó en forma ciegamente espontánea, mas no como resultado de la línea doctrinal de la CNT, o como fruto resolutivo de los plenos y congreso de nuestra organización. En síntesis, yo lo entendía de la siguiente manera:

1. La lucha de clases y su corolario obligado, la revolución violenta, salvarán a la humanidad con la implantación del socialismo. Tras la revolución vendrá la abundancia, el comunismo económico, la «toma del montón» sin ordenamiento ni limitaciones.
2. Tras el triunfo episódico de las barricadas será necesario un breve período de justicia revolucionaria: aniquilamiento implacable de las células podridas, no dejar vestigio alguno de la corrupta e injusta sociedad capitalista.
3. Con la ayuda de la técnica y de la ciencia los pueblos, liberados de la explotación y la tiranía capitalista, inspirados por instinto justiciero, por su amor a la libertad y su gran poder de improvisación, organizarán un brevísimo plazo la sociedad perfecta, la Arcadia feliz.
4. Todos los poderes y todos los gobiernos “son igualmente detestables”. En consecuencia, deberán ser medidos con un mismo rasero. Las podridas democracias no son mejores que las peores dictaduras, fascistas o comunistas. Las dictaduras hacen sentir al hombre el ansia de libertad y le empujan más decididamente a la revolución manumisora. Tras la revolución ningún vestigio de gobierno, de poder coercitivo, deberá subsistir.
5. La revolución social es inevitable, la provocarán indefectiblemente las contradicciones y crisis capitalistas: el hambre de los pueblos, la desesperación de los explotados y oprimidos, guiados o conducidos por el sindicalismo revolucionario. (¡Qué craso y trágico error, pienso ahora, es creer que la miseria extrema llegue a constituir un fermento revolucionario!). La paz universal -pensábamos entonces- no será posible sin el triunfo pleno del socialismo; pero mientras, se evitará la guerra mediante la oposición abierta del proletariado. Un día no lejano los obreros en general se negarán no sólo a ir a la guerra, a luchar contra sus hermanos de allende las fronteras, sino que tampoco acudirán a los cuarteles, no se dejarán instruir para las grandes matanzas en aras de mezquinos intereses oligárquicos, ni fabricarán armas para que tales matanzas sean posibles. Todo eso que entonces no pasaba de alucinante espejismo lo vemos ahora en sentido contrario y en monstruosa realidad.
6. El sabotaje a la economía capitalista deberá ser constante por parte de todos los trabajadores conscientes. Producir poco y mal deberá ser la consigna permanente. Simultáneamente debemos presentar fuertes demandas salariales y disminución de la jornada de labor. Los trabajadores organizados siempre tendrán razón en sus demandas, sin importar la índole ni la trascendencia de las mismas. Sus conquistas constituirán un paso al frente, un paso más hacia la total emancipación.

7. La fraternidad universal sólo es estorbada por los mezquinos intereses del mundo capitalista y por los sentimientos patrioterros, generados por la sociedad burguesa. El proletariado organizado acabará con todas las fronteras mediante la revolución, con todos los antagonismos irracionales y absurdos del mundo capitalista y hará surgir esplendorosos el sentimiento de fraternidad universal.
8. Ningún problema local o nacional, circunstancial o permanente, que no pueda ser encuadrado estrictamente dentro del esquema de la lucha de clases, deberá merecer nuestra atención. Para nosotros carece de sentido el concepto de patria, ni siquiera el de ciudadanía, pues éstos son valores o sentimientos negativos, abstracciones. Los avances parciales y la lucha diaria sólo tendrán un valor relativo: entusiasmar a las masas, incitarlas a la lucha, a la práctica diaria de la “gimnasia revolucionaria”. Cualquier apreciación distinta, resulta reformismo puro, desdeñable por lo peligroso. El reformismo conduce indefectiblemente al fortalecimiento del capitalismo, como demuestran los sindicatos reformistas o amarillos. Nosotros nunca debemos perder de vista la revolución total a corto plazo.
9. Los anarquistas somos los predestinados para provocar el triunfo más completo de la revolución social, por ser los representantes genuinos de las aspiraciones de redención universal. Y con nosotros llegará la paz, la abundancia, la igualdad, la fraternidad, la dicha más completa... Nuestro ideal es el más avanzado, el más bello, el más grande, el más perfecto...
10. Con el establecimiento del Comunismo Libertario, la humanidad alcanzará su más elevada etapa de perfección; el hombre se realizará plenamente, sin el menor vestigio de injusticia social.

CUIDADO CON EL SNOBISMO

Al recordar los pilares de mi pensamiento a los veinte años de edad, no lo hago, por supuesto, con el ánimo de ridiculizar a la juventud rebelde de hoy, sino, por el contrario, para pedir una vez más para esa juventud aprecio y comprensión. Lo natural, lo conveniente en la juventud, es ser radical y apasionada, impulsiva inclusive, para no envejecer prematuramente en el conformismo y la pasividad. Pero hay que tener mucho cuidado con los jóvenes que extreman sus manifestaciones revolucionarias sin sentir verdaderamente el ideal revolucionario, sino simplemente porque está de moda, por «snobismo», por aventurismo o por «gamberrismo». Estos pueden desfilar hoy con el puño en alto y mañana con el brazo extendido; pueden fingirse «pasotas»³ y ser realmente infiltrados con inconfesables intenciones. Hay que desconfiar siempre del exhibicionismo: el revolucionario debe adecuar su conducta al ideal en todo lo posible.

Como prueba de mi consideración, respeto y admiración inclusive, por la juventud revolucionaria, a continuación transcribo partes de un capítulo (*La juventud de hoy y Antes rebeldes sin causa*) de mi libro *El anarquismo, los estudiantes y la violencia*, aparecido en su primera edición hace diez años (1969), a raíz de los sucesos del Mayo francés.

Ese decálogo sintetizaba para mí, a los veinte años, la máxima expresión de la ortodoxia anarquista. Después me preocupó menos la ortodoxia, o mejor aún, me sentía cada vez más inclinado hacia la heterodoxia, hasta llegar al firme convencimiento de que el auténtico

³ Aquellos que «pasan» de todo, que están «más allá del bien y del mal».

anarquista tiene que ser forzosamente heterodoxo. Nuestros grandes teóricos no fueron ortodoxos, puesto que discreparon frecuentemente entre sí, y no por cuestiones baladíes ciertamente, sino por muy importantes razonamientos político-sociales o por planteamientos tácticos presentes y futuros (programas y planteamientos en cuanto al establecimiento del anarquismo, inclusive). Y si nos planteamos la cuestión en el plano de las concepciones éticas... ¿quién, medianamente informado, se atrevería a decir que la libertad y la dignidad individual en régimen de absoluta igualdad económica, la solidaridad y fraternidad universales, son exclusivos de la filosofía anarquista?

En las páginas 183, 184, 185 y 187 de mi libro *El Anarquismo, los estudiantes y la revolución*, digo:

La juventud de hoy

Ni en el problema de la juventud ni en el otro alguno debe generalizarse. Es ésta, verdad acuñada. No obstante, no pocos escritores caen, al tratar este tema, en una simplificación excesiva. Las protestas de la juventud de África o de Asia distan mucho de tener iguales móviles y propósitos que las de los jóvenes de Iberoamérica o Europa. Ni son idénticos los problemas y objetivos de los estudiantes de la Europa Occidental que los de la Oriental. Existen, sin embargo, coincidencias importantes, fundamentales inclusive, que podrían ser consideradas como una aspiración común. Reclaman todos participación directa en los problemas de la enseñanza, en las estructuras académicas, y, además, principalmente, libertad política y justicia social, y permanente renovación de estructuras político-económicas; si bien en este terreno sus exigencias y declaraciones suelen ser bastante confusas. A los jóvenes ingleses, los suecos y noruegos, también para los norteamericanos y los de Alemania Occidental, les suele sobrar hoy tiempo y dinero, inclusive libertad y seguridad; mas pese a ello están en disconformidad con *esto y aquello*, con todo y con nada específicamente en muchos casos, pero repudian la actual sociedad por inmoral o injusta. De ahí que por mucho tiempo se les llamara rebeldes sin causa. Estos están de vuelta de muchos problemas que agobian a los jóvenes de otros países, especialmente de los subdesarrollados; pero se manifiestan escépticos e indignados por la sociedad presente por cuanto en ella las injusticias sociales, los abusos de autoridad y las aberraciones políticas y de todo género, proliferan y se multiplican, sin que se tomen medidas efectivas y rápidas para remediarlo, pese a las mil y una diarias declaraciones de humanidad, idealismo y de buenas intenciones, y renovados proyectos de quienes rigen los destinos de la actual sociedad. Para la juventud del tercer mundo la problemática es mucho peor. Ahí, sobre miseria, incultura, inseguridad, desequilibrio económico y también sobran riquezas insultantes frente a las peores privaciones y el hambre crónica.

A las generaciones adultas no les es fácil desprenderse de lo que fueron antaño ilusiones y objetivos y que constituyen hogaño pesado lastre. Viven anclados en el ayer, aunque sea un ayer inmediato. Y si no falta ideal, lo cierto es que en muchos, la mayoría, suelen flaquear los generosos impulsos y el entusiasmo, a la vez que fuerza de voluntad. Les falta aquello que a la juventud le sobre y que es indispensable para evitar el estancamiento y acelerar el acontecer cotidiano hacia un porvenir mejor. Mientras los pueblos se renuevan los hombres envejecen, y con ellos las ideologías, diferentes concepciones y nuevas estructuras vienen a substituir las anteriores. Cada generación debe cumplir su cometido histórico, distinto al de las anteriores; superando etapas, completando ciclos, descubriendo nuevos mundos ideales. Por lo menos es su deber imperioso intentarlo, procurado. Y nadie, absolutamente nadie, debiera tratar de impedirles esos derechos y deberes. ¡Desdichadas aquellas generaciones que no pudieron, o no supieron, hacerse oír e influir en los acontecimientos de su tiempo y de su pueblo! Las nuevas generaciones constituyen el vigor físico, el pensamiento dinámico y la voluntad renovada, lo que equivale a la mayor promesa de futuro. No importa tanto el que se manifiesten a veces irreverentes y con una orientación no muy precisa.

Antes "rebeldes sin causa"

Siempre que se aborda entre gente adulta el tema de la protesta estudiantil surge inmediatamente, en forma más o menos disimulada, la inconformidad, y hasta la indignación, contra su violencia, y casi invariablemente se atribuye la culpa en exclusividad a los jóvenes. Son pocos los que matizan, los que tratan en cierta manera de justificar a los estudiantes y menos aún los que analizan causas y antecedentes. Es preciso recordar que esta violencia abierta y continua de ahora data de apenas dos años. En los años precedentes no faltaron por doquier las manifestaciones pacíficas de protesta entre los jóvenes, pero nadie les hacía caso. La reacción general era de indiferencia y desprecio. Los aislados brotes de violencia eran considerados puro "gamberrismo". "Pasará", era la exclamación más corriente. Salvo algunos profesionales y científicos, profesores, psiquiatras y sociólogos, especialmente, nadie les prestó mayor atención. Se les denominaba despectivamente, con apelativos distintos según los países, hasta generalizarse el nombre de "rebeldes sin causa". Ahora este término difamatorio parece haber caído en desuso. Se diría que se teme inclusive recordarlo. Hoy parece que ya está todo el mundo convencido de que si existe causa, muchas causas; pero todavía existe enorme resistencia a reconocer que realmente son *rebeldes con causa*. Ha sido necesario que la protesta estudiantil ganara fuerza y que tomara caracteres violentos y peligrosos, que turbara la feliz digestión de mandatarios y capitalistas para que se le prestara alguna atención; para que pasara a constituir una de las mayores preocupaciones de nuestros días. Los "probos", los "gamberros" y aun los "hippies" fueron antes que el generalizado movimiento estudiantil "contestatario", fueron en cierto modo sus precursores. Y se pensó hasta ayer mismo sólo en términos de disciplina y castigo, en procedimientos represivos. ¿Qué tiene, pues, de extraño que, si no fuimos capaces de una terapéutica preventiva, si lo que se hizo fue enconar la herida, brotara incontenible la violencia?

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

HEREJÍAS DOCTRINALES

CADA COSA EN SU LUGAR

Bastaría examinar objetivamente algunas de las bases fundamentales de la filosofía anarquista para percatarse de que el militante consecuente tiene que ser por fuerza *heterodoxo*, en el buen sentido del término, porque mantenerse dentro de un círculo cerrado a la crítica y las innovaciones, equivale a caer de lleno en un dogmatismo obtuso, contrario a cualquier análisis racional, y, por tanto, opuesto a los principios esenciales del ideal libertario.

Las concepciones esenciales del anarquismo -ya es tiempo de decirlo claramente- no están subordinadas a los esquemas de producción que dicta el materialismo mecanicista. El anarquismo no es tampoco un programa político, ni está fundido en el crisol de determinadas estructuras inamovibles. Por el contrario, es simplemente una filosofía humanista, un ideal de libertad y una actitud ante la vida, que requiere, por parte del adepto, un elevado código moral, que empieza en la autodisciplina, pero que no tiene límites, ya que «más allá del ideal habrá siempre ideal», según aprendimos de Ricardo Mella; es decir, que siempre habrá nuevos peldaños a escalar en el constante esfuerzo por la superación humana. Sin embargo, la mejor y

más autorizada exposición acerca de este problema podemos presentarla con plumas ajenas, sirviéndonos de las opiniones de Gastón Leval, recogidas por Rafael Cid⁴ en su artículo publicado en *Historia Libertaria* de noviembre-diciembre de 1978, en el cual dice: «Para Leval existen muchos temas que necesitan repensarse serenamente, empezando por el mismo término Anarquía. Anarquía es un vocablo que la experiencia ha demostrado demasiado negativo, demasiado impreciso y demasiado indefinido, afirma en sus *Cuadernos del Humanismo Libertario*: “La unión en base a una negación no es suficiente. Una negación no es una teoría social, una doctrina social, un fin humano, una idea. Decir Anarquía, no arquía, no gobierno, no Estado, no es decir organización de la sociedad de tal o cual manera”, y achaca al propio fundador de la dinastía, Proudhon, de inconsecuencia, constatando que en su obra utiliza un sesenta por ciento de las veces el término anarquía como sinónimo de caos y desorden social: la Anarquía de los privilegios, anarquía económica, anarquía capitalista. En casa del herrero (...). En la búsqueda de responsabilidades trae incluso al propio Bakunin, extraordinario concededor de su obra, como era ya Leval, como testigo de cargo: Bakunin ha utilizado unas sesenta veces la palabra ANARQUÍA. Treinta y dos en el sentido de caos, desorden e incluso barbarie. Veinte para designar un período de destrucción violenta y revolucionaria... En el sentido de libertad dentro del socialismo, dos veces. Y como ideal social una sola vez».

«(...) Pero el interés de Leval por una precisión semántica trasciende el mero bizantinismo académico. El verá en el ayuntamiento de dos contrarios (un ideal social expresado por una negación) el germen de algunas actitudes irresponsables, que periódicamente se habían reivindicado en nombre de la ANARQUÍA; más atentos a la negación que a la construcción (al contra) que al (por). “Si tomamos la palabra en sentido lato, demasiados compañeros ignoran que se puede ser enemigo de la violencia...”, “no sólo en el terreno individual sino también en el colectivo” -argumentaba en uno de sus últimos artículos-. “ANARQUÍA significa no autoridad, no muerte del enemigo (...). En la opinión pública, las bombas o las pistolas han dejado recuerdos que perduran muchas veces a través de las generaciones”. Y pedía una especie de psicoanálisis colectivo como punto de partida para nuevas cabalgadas libertarias fecundas; nuevos medios, idénticos fines.

«(...) Hace un siglo Bakunin, que era un excelente artillero, le escribía a Eliseo Reclus, añadiendo que “la era de las revoluciones había pasado” y que habíamos entrado “en la de las evoluciones”. Y el sindicato ¿qué papel juega en sus esquemas? ¿Deben sus afiliados ser anarquistas? Leval, anarquista de toda la vida, crítica al sindicato su afán de protagonismo sobre otras instituciones no políticas como el municipio, las cooperativas, las sociedades económicas, etc., pero a la hora de responder sobre la condición ideológica de sus miembros es rotundo: “querer que los trabajadores que se adhieren a nuestros sindicatos sean de antemano anarquistas, implica fatales consecuencias...».

Pensar y actuar de modo contrario a lo anteriormente expuesto, tratando de aplicar los resultados de una revolución cruenta a la realidad circundante de una sociedad heterogénea, nos conduciría a la conclusión de que, si los anarquistas lograran, en alguna parte de nuestro mundo, llevar a cabo dicha revolución violenta, no habrán sino añadir un eslabón más a la larga cadena de revoluciones frustradas, como ha sucedido en todos los países que, de alguna manera, cayeron en la órbita política del Kremlin. La historia nos enseña que las revoluciones realizadas por un solo sector dentro de una sociedad de pensamiento heterogéneo conducen inevitablemente a la razón de la fuerza, al afianzamiento por medio del terror, que, consecuentemente, degenera en lucha de todos contra todos (vencidos contra vencedores) y que, al nacer, como es natural, engendra la contrarrevolución.

En cuanto a la convivencia cívico-democrática en plano de mutuo respeto a los principios ideológicos de todos y cada uno de los sectores políticos presentes tras una revolución violenta,

⁴ Gastón Leval, *El eterno encanto de la anarquía* (1895-1978).

bien sabemos que es punto menos que imposible: el poder será atrapado siempre por la minoría más disciplinada o menos escrupulosa éticamente. Así fue un Rusia (1917) y así fue en España (1936-1939).

GOBIERNO Y ADMINISTRACIÓN

El concepto, tan frecuentemente repetido por los anarquistas, de que «el gobierno de los hombres deberá ser sustituido por la administración de las cosas» sólo puede considerarse como una frase de retórica grandilocuente. En la práctica se evidencia inequívocamente que sea cual sea la forma de administración que adopte cualquier comunidad, si el delegado para llevar a efecto lo convenido no está investido de facultades para hacerse obedecer, es imposible la correcta administración. En todo caso, el sistema administrativo hasta ahora conocido como más efectivo contra los abusos de poder y el centralismo castrador, es el federalista. Y sólo puede darse una auténtica organización federalista si sus estructuras orgánicas van de abajo a arriba y de la periferia al centro. Sin embargo, aun así, para administrar intereses de una entidad cualquiera (local, comarcal, regional, nacional e internacional), es imprescindible convertir en preceptos reglamentados las normas de convivencia libremente acordadas, las cuales, de una u otra forma, habrán de ser universal y obligatoriamente observadas por todos los ciudadanos. Y no importa que el organismo central - o comité local-, dirigente y responsable ante la colectividad, se llame gobierno, administración, consejo, comité o junta. El problema, pues, no está en la etiqueta, sino en la función y en la forma en que ésta se ejerza o resuelva.

Esto no impide, claro está, que la sociedad procure siempre encontrar la manera de restar facultades al Estado, a la Administración, al Comité, o la Junta. Pero para ello será indispensable elevar ininterrumpidamente el nivel moral y el sentido de responsabilidad del individuo para con el conjunto social, afirmando y ampliando cada día más sus derechos y su autonomía. Esto naturalmente sólo se sigue elevando paulatinamente la conciencia ciudadana, haciendo al individuo consciente y celoso a la vez de sus obligaciones y derechos, sin lo cual no se llevará jamás a cabo un auténtico proceso de liberación social.

Es bien sabido que en la actualidad no es inteligente continuar pensando en una vida apacible de sociedades rurales. Hace siglos, e incluso algunas décadas, que los asentamientos humanos, en su inmensa mayoría, eran caseríos, villas y ciudades, algunas de éstas en estado embrionario, de muy escasa densidad demográfica, por lo que cabía que el hombre se ocupara en planificar procedimientos de autarquía económica en base a colectividades autónomas y administrativamente independientes; pero hoy día la vida moderna es demasiado compleja como para tratar de convertir en axiomática una terminología que ha perdido su vigencia en el cuadro de posibilidades presentes y futuras.

La sociedad del soñado mañana libertario, por muy generosas que llegaran a ser sus estructuras socio-políticas, tendrá que someterse a la interdependencia universal, basada en una ininterrumpida comunicación mundial respecto de los procesos económicos, además del permanente intercambio entre la ciencia y la tecnología. Su finalidad será brindar bienestar a la humanidad toda, la cual no será socialista ni libertaria sin que antes desaparezcan las distinciones de nacionalidad, raza y color. Y como nada de esto sucede por generación espontánea, resulta totalmente imposible llegar a la realización de una sociedad nueva sin reglamentaciones administrativas, según convenga, naturalmente, a la idiosincrasia socio-política de cada grupo étnico federado. Dicho de una u otra forma, esto es sencillamente *administración*. Por lo demás, cada cual es libre de llamarlo como quiera, como mejor lo interprete su pensamiento.

EL IDEAL Y LA MÁSCARA

Nadie debe tenerse por anarquista por el solo hecho de abrogarse la facultad de vociferar en las asambleas e interrumpir e insultar a quienes discrepan de sus puntos de vista. En tal caso, estaría al mismo nivel del demagogo que aprovecha cualquier ocasión para clamar a voz en cuello su amor a la libertad en tanto que en su propia casa se comporta como un miserable dictadorzuelo. Sólo se es anarquista -según nuestro leal saber y entender- es gracias a tres condiciones fundamentales: cultura, convicción y temperamento. El anarquista, pues, ha de saber controlar sus reacciones ante las diversas circunstancias de la vida social, adecuando su conducta a las normas éticas de su ideal. Ello implica, en primer lugar, tener plena conciencia de que la libertad y los derechos de un ciudadano terminan donde comienzan los derechos y la libertad de los demás.

Ocurre, sin embargo, que el pretendido ultra-anarquista, generalmente limitado para todo aquello que no sea su «ego» y su sectarismo, es, para desgracia suya y de la sociedad, un pobre rebelde despótico, que confunde el odio de clase -su odio- y sus complejos con el ideal. De ahí que tome la grandeza del pensamiento ácrata por una causa -la suya- para el sometimiento individual o colectivo a todo lo que él considera su propia verdad. Lamentablemente, este ultra-anarquista siempre encuentra con quien compartir «su verdad», por irreflexiva aceptación, con algunos integrantes del pequeño núcleo partidista en que milita. Pero lo que mayormente le distingue del verdadero anarquista es que su incongruente dogmatismo lo convierte en un sistemático mitómano, descubridor de herejes y traidores. Esta necesidad, generalmente, incita en lo más profundo de su ser, inflama sus quiméricos sentimientos de clase y clan cuando toma partido contra un punto de vista que no admite como verdad inconcusa con el sobado latiguillo de «todo o nada»; entonces lo verán erguirse en las asambleas y desgañitarse gritando: «¡Hay que expulsar a los renegados, a los reformistas y cultores del posibilismo!» Este es, por supuesto, el mismo espécimen que, de presentársele la ocasión, gritaría a voz en cuello: «¡Al paredón...!» «¡Al paredón!...». Y es que nunca aprenderá que la acción directa por la que nuestros teóricos propugnaron vehementemente no consiste en tener presta el arma homicida, sino que es cuestión de trato directo, de igual a igual, con las partes contratantes o en litigio, sin mediación de jerarquías e intermediarios.

Ni que decir tiene que este posible zángano de la colmena social también podría haber sido -en su tiempo, claro está- un esbirro más entre la feligresía de Torquemada. En la actualidad, mejor que en el movimiento libertario cabría en un partido político de cuño totalitario. El color de su bandera y el sustantivo de su partido nada importan, lo que cuenta para su aberrante trayectoria coactiva e irracional de activista es el espíritu absolutista y excluyente.

Entre estos pobres resentidos, ambiciosos y socialmente frustrados, figuran, en primerísima línea, no pocos demagogos sembradores de frases tan huecas como: «todos los gobiernos son iguales», «las dictaduras nos acercan a la revolución», etcétera.

LOS POSIBILISTAS O REFORMISTAS

Frente a esa mentira de latiguillo retórico, están los apellidados *posibilistas*, seguramente más prácticos y más decididos a continuar luchando por las libertades de la humanidad oprimida. Estos saben, sin que los demagogos se lo repitan, que existen malos gobiernos, pero igualmente saben, por propia experiencia, que también los hay peores. Esta diferencia, tildada de reformista por los «ultra-revolucionarios», la conocen muy bien los anarquistas que, gracias a la ayuda de algunos gobiernos del sistema democrático-burgués, lograron salir con vida de la Cuba de Fidel Castro, huyendo de los campos de concentración, de los trabajos forzados y del paredón, que de todo hubo y hay en la viña del Señor.

Y si esto se ha venido repitiendo, en mayor o menor grado, en Chile, Uruguay y otros países de Hispanoamérica tras el triunfo criminal del neofascismo actual, ya va siendo hora de que lo recuerden los anarquistas españoles que les tocó vivir bajo el yugo franquista y también aquellos que no se atrevieron a regresar a España mientras vivió el generalísimo Franco, lo que demagogos y «ultras» parecen olvidar. Pensamos, pues, que, o dejamos el latiguillo de «todos los gobiernos son iguales» o tendremos que irnos «con la música a otra parte».

Sin embargo, pese a todo y a todos los equivocados y resentidos, la siguiente relación sumaría tiene también dos importantes contra partidas:

- 1ª. Todos los pensadores anarquistas fueron iconoclastas por definición,⁵ y la mayoría de ellos jamás portaron en sus bolsillos credencial alguna que avalara su condición ideológica. Esto, naturalmente, evidenciaba un pacto de solidaridad con todos los matices del pensamiento libertario en general.
- 2ª. En todas las latitudes del planeta Tierra existen pensadores y humanistas cuya conducta cívica se manifiesta coincidente con el más puro pensamiento ácrata. Si no se definen públicamente como tales es porque no saben que lo son, en algunos casos, y en otros, porque detestan confundirse con la intolerancia simbolizada por banderas y emblemas sectarios. Pero esto, de una u otra forma interpretado, significa que el verdadero pensamiento anarquista continúa vivo en las mentes y en los corazones de un amplio sector de la humanidad con criterio ético.

El apoliticismo, extensivo al antiparlamentarismo, no pasa de ser una frase, un *slogan*, cuanto más repetido, más confuso. Mas si tomamos en cuenta que el apoliticismo es por definición una más de las políticas que se practican en términos de oposición a un sistema social determinado, entonces llegaremos a la conclusión de que nadie es más político que un anarquista o un anarcosindicalista.

Es preciso aclarar, pues, que la política abstencionista debe estar dirigida contra el profesionalismo político injertado en el parlamentarismo que actúa y decide en nombre del pueblo, pero sin tener en cuenta, generalmente, los intereses de la sociedad que dice representar.

PROBLEMAS ACTUALES

La pretensión del sindicalismo revolucionario, particularmente a partir de la famosa *Carta de Amiens*, ha sido la autosuficiencia, entendida ésta en el sentido de estar en condiciones de cumplir a plenitud su obligación o necesidad de analizar y afrontar la problemática social global, no solamente en el orden socio-económico. Si tal pretensión podía tener visos de concreción a fines del siglo pasado y principios del presente, la práctica diaria del sindicalismo obrero y la compleja y gravísima realidad actual ratifican su condición de pretensión utópica. Además de que sólo una ínfima parte de la población laboral se encuentra afiliada a los sindicatos, aun en los países más industrializados, cabe añadir y tener muy en cuenta que, de esta mínima masa sindicalizada, un porcentaje aún menor participa de la vida sindical en forma activa, debido a múltiples razones. Si lo anterior no fuera suficientemente ilustrativo para demostrar mi aserto con respecto a la insuficiencia sindical, bastará entonces hacer una breve enumeración de los grandes problemas que, además de ominosos, constituyen inclusive una seria amenaza para la supervivencia humana, a fin de preguntarnos seriamente cuáles de esos graves problemas son analizados periódicamente por los sindicatos, con las consiguientes soluciones viables. A continuación acotamos algunos de dichos problemas:

⁵ León Tolstoi fue, por excepción, religioso y defensor de la caridad del cristianismo primitivo.

Problema económico-social y las cruentas luchas que éste genera; acelerado agotamiento de las materias primas, principalmente por la proclividad actual hacia el consumismo; escasez de alimentos, especialmente para el tercer mundo, produciéndose a veces el escandaloso y criminal hecho de la destrucción de los mismos con el objetivo de no abaratar precios; explosión demográfica -cálculo estimado de población mundial para dentro de dos o tres décadas 7.000.000.000 de seres humanos-; pavorosa contaminación ambiental; congestionamiento asfixiante de las grandes urbes, con su secuela de enfermedades psíquico-nerviosas, extendidas con carácter endémico entre la mayor parte de la población; carrera armamentista, con escandalosos porcentajes de los presupuestos nacionales derramados en gastos bélicos en lugar de llevarse a cabo una correcta y humana utilización, destinando esas sumas fabulosas al abatimiento de la miseria, el hambre, la incultura, etc.

Tendencia a la estatificación económica y al centralismo dirigista; contingentes poblacionales masivos, que, huyendo de la miseria, la explotación y despotismo imperantes en sus países de origen, son admitidos a regañadientes, en el mejor de los casos, pero con un destino tan incierto, que, a veces, mueren de inanición antes de conseguir el tan anhelado refugio.

Cabría añadir todavía, entre los graves problemas a que actualmente la humanidad se enfrenta, la conflictividad internacional, la rivalidad imperialista entre las grandes potencias y el criminal y peligroso contraste económico entre los pueblos industrializados y los subdesarrollados, con su secuela de atraso y hambre crónica generalizada para más de una tercera parte de la humanidad; la irresponsabilidad y la corrupción administrativa en no pocos países. Por otra parte, cabe destacar, en países pobres y ricos el paro forzoso, con las consiguientes penurias hogareñas y tremenda frustración para millones de jóvenes, la cual los lleva con frecuencia a la violencia permanente y al terrorismo profesional, cuando no a los abismos de la degeneración encarnados por el alcoholismo, las drogas, la prostitución, el «gamberrismo» y pandillerismo.

Hay, pues, que sensibilizar la mentalidad del ser humano, combatir la irresponsabilidad y la indiferencia, procurando que el hombre, como ser social, como célula activa y consciente de la colectividad, se interese vivamente por cuanto le rodea y no sólo por aquello que le afecta directamente a él en el orden individual.

Independientemente de la incapacidad palmaria de los sindicatos para analizar las situaciones concretas y plantear soluciones a corto plazo -puesto que algunos de tales problemas son tan graves que requieren soluciones inmediatas-, los partidos políticos justifican su existencia como imprescindible, no sólo desde el ángulo histórico, sino desde el punto de vista político-social y administrativo. Por tanto, pretenden enfáticamente que todos los problemas, sin importar su índole, tienen que ser resueltos por los políticos profesionales y no por los especialistas o técnicos en la materia de que se trate. Por su parte, los tecnócratas estiman que son ellos los llamados a constituir la élite indiscutible, única rectora posible de la sociedad, convirtiéndose así en profesionales administrativos de la cosa pública, cuando no son otra cosa que burócratas de Estado.

Unos y otros ignoran la voluntad popular, marginando al pueblo de la práctica diaria, aunque pretendan demostrar lo contrario en sus declaraciones públicas.

Evidentemente, esta conclusión (la de los políticos profesionales y los tecnócratas) no puede tener ningún punto de coincidencias con respecto a la que, como resultante de su ideal o filosofía, pueden sostener los anarquistas, los sindicalistas revolucionarios y los pensadores auténticamente liberales.

En suma, todos aquellos individuos que tienen verdadera estima por la libertad y superación humanas y que además no consideran al pueblo como ente secundario, sino como factor esencial, sienten que las propias concepciones, los propios intereses de grupo político, iglesia o

partido, están supeditados a los intereses colectivos. Los anarquistas, los liberales verdaderos y los individuos en general dotados de sentimientos y vocación humanistas deberán llegar a la conclusión de que jamás estará auténticamente garantizada la libertad y la dignidad del hombre, y menos aún la igualdad y el bienestar económico de las mayorías, si éstas no ejercitan sus derechos a plenitud y aportan la propia cooperación en el esfuerzo colectivo para el logro y estabilización de una vida mejor, permanentemente superada.

UNA COMUNIDAD EQUILIBRADA

Extractos a continuación las partes más importantes de un artículo publicado en *La Extra*, de México, a fines de 1978:

«(...) habitantes que tienen pasión por actividades comunitarias. Cualquier modificación implica la consulta de los vecinos...

«En sólo veinte años Meilán, un pequeño poblado francés cercano a Grenoble, tuvo una transformación tan espectacular, que, actualmente, es considerado como el pueblo más perfecto del mundo: los habitantes tienen injerencia en todas las obras públicas, los automóviles sólo pueden circular a baja velocidad, se construyeron apartamentos especiales para lisiados, y las mujeres discuten con los arquitectos la construcción y el costo de sus viviendas; se diseñaron teléfonos públicos especiales para inválidos y niños. "Las experiencias urbanas que estamos realizando en común serán utilizadas para delinear las bases de las ciudades del próximo siglo", afirmó entusiasmado Philip Guillete, del Consejo Municipal de Meilán.

«En 1950, Meilán era un pueblo perdido en el mapa de Francia, con una población de crecimiento vegetativo, que no superaba los dos mil habitantes. A medida que fue transformado su estructura se produjo un desarrollo demográfico galopante: en el censo del año anterior (1977) fueron registrados quince mil habitantes...

«Nosotros no tenemos ninguna propuesta política especial, aseguró Gillete; "cada uno piensa como quiere y trabaja donde más le conviene, pero después de nuestras ocupaciones, en lugar de ir a jugar golf o participar en campeonatos de bridge, tenemos la pasión de la acción comunitaria". Esa fiebre por la participación se revela en la insólita cantidad de asociaciones (treinta oficialmente reconocidas), que tienen por finalidad única el desarrollo de la pequeña ciudad. Además de los núcleos habituales en todos los pueblos, como las uniones de barrios, las comisiones de padres de alumnos, o las típicas asociaciones de deportistas, en Meilán se formaron los grupos más curiosos: el club de niños agricultores, la comisión de desarrollo y el respeto de animales amigos del hombre, el grupo consultivo de parques y jardines de la ciudad, el grupo de teatro y el circo espontáneo (con participación libre de todos los habitantes) y, por supuesto, asociaciones literarias, urbanísticas, artísticas, musicales, ecologistas...

«"Todo sirve en Meilán para participar y cambiar ideas en el seno de un grupo", informó André Payat, jefe del Consejo de Vecinos de Planeamiento Urbano...

«Para los habitantes de este nuevo tipo de ciudad todos los detalles tienen gran importancia...

«(...) A veces no es necesario gran despliegue técnico para facilitar las condiciones de vida. Un poco de sentido común y la aceptación de las ideas de los vecinos es la base de la mayoría de las ventajas de las que se enorgullece Meilán...

«En Meilán cada casa o edificio de apartamentos cuenta con una compactadora de desechos rígidos, proporcionada a bajo precio por la comunidad. El resto de los desperdicios domiciliarios

es recogido por un servicio especial de reciclaje, que, después de darle un tratamiento especial, lo convierte en abono y lo envía a cultivos de la zona.

«Un grupo de cincuenta familias dedica su tiempo libre al cultivo comunitario de una gran variedad de legumbres con una atención biológica especial. Todo lo que producen está destinado al alimento de los niños en los comedores escolares.

«Desde que una asociación ecologista se dedicó a la producción y reparto de huevos frescos, en Meilán desaparecieron definitivamente los huevos envasados. El mismo grupo está montando ahora una serie de grandes panales (sic) para la producción de miel. El cuidado de las abejas estará a cargo de un grupo de niños iniciados, como en juego, en los maravillosos secretos de la producción de la miel y la vida de las abejas...

La eclosión de la participación de los vecinos, en casi todos los problemas relacionados con su ciudad, se desató en 1917, cuando se aceptó un plan propuesto por el equipo municipal elegido ese año, el que fue denominado grupo de innovación y de acción municipal.

El principal motivo de ese plan fue hacer participar al máximo las ideas de los habitantes en las realizaciones de la comuna. El plan fue aceptado masivamente y puesto en práctica casi con exceso.

«Un buen estudio técnico y el riguroso cuidado de los costos -en el que las mujeres participan fervorosamente- permitió a principios de este año ofrecer a más de quinientas familias de Meilán la posibilidad de alquilar apartamentos amplios, con un poco de lujo, por algo menos de cien dólares mensuales. Todos los edificios de apartamentos que se construyen en la ciudad incluyen terrazas y jardines privados. Las flores y las plantas -otra de las pasiones de los habitantes de Meilán- son proporcionadas gratuitamente por el parque municipal.

«(...) Hasta los niños y los ancianos participan en las actividades públicas. Voluntariamente un grupo de jubilados, cuya edad promedio es de setenta años, se turna en las entradas de las carreteras de Meilán para efectuar un riguroso control del nivel de gases tóxicos de todos los vehículos que ingresan en la ciudad.

«Tres grupos juveniles, estudiantes de teatro, música y danza, se dedicaron durante cuatro meses a terminar el *Exágone*, un espectacular anfiteatro de cuatrocientos asientos, que fue propuesto por la población para ser utilizado como centro cultural.

«Las experiencias realizadas en esta pequeña ciudad francesa y sus resultados beneficio de la calidad de la vida tendrán amplia difusión dentro de algunos meses: el grupo de abuelos, pertenecientes al *Cine Club* local, está filmando una película documental que narra la evolución de Meilán en los últimos veinte años...»

SE HACE CAMINO AL ANDAR

“Eso es reformismo puro y contrarrevolucionario”, dirán despectivamente maximalistas “ultras”, aquellos anarquistas que se precian de ser más revolucionarios que Bakunin, los que sueñan con la revolución social como en un maná que habrá de caer del cielo por una especie de fatalismo histórico. No, señores, esos habitantes de Meilán no esperan el “milagro” de la revolución social, ni la llegada del nuevo Mesías; ellos hacen “camino al andar”, como dijo Antonia Machado. Hacen política, política de la buena, al fomentar la conciencia ciudadana y el sentido de responsabilidad individual y colectivo, porque se esfuerzan por mejorar sus normas y condiciones de vida; porque imaginan, crean y ensayan nuevos sistemas de convivencia y procuran corregir lo que está mal o puede estar mejor, con gran sentido autocrítico. Practican la

solidaridad, toman conciencia de su labor social, hacen pueblo. Hacen el tipo de política que no hacen o no suelen hacer los políticos profesionales, ni tampoco los anarquistas milagreros, ultrarrevolucionarios, aquellos que aspiran a que se corrompa todo, que se venga abajo todo el andamiaje social para hacer ellos la revolución, para crear sobre todas las ruinas, morales y físicas, un mundo esplendoroso. Los habitantes de Meilán hacen la revolución a diario, poco a poco, reformando, creando y consolidando. Es la revolución comenzada desde abajo, no desde la cúspide y por “ukases”, revolución que no confía en gobiernos paternalistas, que no espera ningún milagro, revolución empezada por los cimientos, afianzando bien el piso y levantando paulatinamente las paredes; es la revolución que hace camino... Que lo hace modestamente, sin jactancias, sin alardear de su condición de auténticos revolucionarios, condición exenta de ordenamientos impositivos y dirigismos autoritarios.

No nos cansaremos de repetirlo: sin pueblo consciente y vigilante de sus derechos y deberes, sin su permanente y activa participación en la labor del conjunto social en todos y cada uno de los problemas humanos, no habrá redención universal ni verdadera justicia; no existirá la posibilidad -en grande- de realización individual y colectiva. En suma, no habrá auténtica revolución social por los siglos de los siglos.

Un imperativo de nuestros días es el de insistir menos en la lucha de clases y más en la necesidad imperiosa de enfrentarnos en conjunto a todos los problemas que gravitan sobre nuestras cabezas y amenazan inclusive la supervivencia humana. Existen hoy infinidad de problemas que afectan por igual a pobres y a ricos, y en especial a proletarios y clases medias, a obreros, a técnicos y directores de empresa inclusive. Bien que los sindicatos se ocupen principalmente de los problemas socio-económicos y que luchen denodadamente por un constante mejoramiento social con miras a una auténtica y constante transformación, cada vez más radical, pero hay que ir a la consecución de idénticos fines desde planos distintos, desde las áreas de capacitación e influencia que por regla general escapan a los sindicatos obreros.

A continuación transcribo un párrafo que escribí hace algunos meses ante la proximidad de las elecciones municipales en España:

Ante las elecciones municipales

«El otorgar plena libertad a sus afiliados para que votaran o no en las elecciones de julio de 1977 fue la decisión tomada por la CNT, según me informaron, en un Pleno Nacional Regional: mas como no ha habido otro acuerdo, es lógico suponer que la antes citada habrá de ser la postura oficial cenetista en las próximas elecciones municipales. No obstante, amparándose en el anonimato, indicador de irresponsabilidad, pretendidos “ultras” repiten en las páginas de los voceros cenetistas la consigna de “no votar”. Frente a esta posición, una buena parte, posiblemente la mayoría de los compañeros y militantes -y ya no digamos de los trabajadores que sólo son afiliados de número-, opina en sentido contrario, pero con el pretexto de “no vale la pena discutir”, o de que “por ahora no conviene despertar airadas polémicas”, o bien por temor a ser insultados o catalogados de reformistas, simplemente callan y dejan hacer, olvidando que la culpabilidad recae lo mismo en quienes pecan de *comisión* que en quienes lo hacen por *omisión*. Entiendo que hay que superar de una vez por todas el temor a ser calificados de reformistas, porque ya es tiempo de comprender que el esforzarse a diario por reformar lo mal establecido, corregir lo que está bien o es injusto, superar lo atrasado o ya obsoleto, equivale a ser auténticamente revolucionario, o contribuir con el propio esfuerzo a elaborar día a día un poco de revolución, sin confiarlo todo al pueril milagro de la revolución violenta, la cual fatalmente habría de conducirnos a nuevas formas de arbitrariedad, explotación y dictadura. No se es revolucionario sin hacer nada práctico, criticando y negándolo todo sin razones válidas, sensatas, carentes de propuestas auténticamente colectivas.

«Pensamos que ha llegado el momento de decir en voz alta, de proclamar a los cuatro vientos, que es imprescindible respetar la voluntad individual, y, por lo tanto, respetar la libre concurrencia de nuestros afiliados a las urnas, en las próximas elecciones municipales, escuchando sus razones más convincentes, las cuales, a nuestro juicio, no son pocas. Entre otras podríamos mencionar, en primer lugar, que la autogestión no puede llevarse a feliz término exclusivamente en el orden económico, y menos aún mediante esos minúsculos ensayos de autogestión realizados entre cinco o seis compañeros, experimentos casi siempre de escasísima duración y nula repercusión social, carentes aun de éxito económico. La autogestión es también importante factor de orden administrativo en el ateneo (autogestión cultural), en la barriada (autogestión vecinal); factor decisivo en la buena planificación y práctica de los servicios urbanos y municipales: servicio médico, educativo, recreativo, en las universidades y centros de investigación, etcétera.

«A nuestro entender, en la actualidad, cuando se piensa en autogestión se parte siempre de rígidos cartabones ideológicos más que de la realidad concreta; de suerte que se tiene en cuenta -y en mucho- el propósito, pero se mide muy poco el valor de los elementos con que se cuenta, ya no digamos el de la resistencia competitiva que opone el sector capitalista».

CAPÍTULO II

MÁS QUE SINDICATOS Y PARTIDOS, PUEBLO

ANARQUISMO Y ANARQUISTAS

Con fanática persistencia los anarquistas “puritanos” a ultranza se empeñan en considerar inmutables los principios de la filosofía anarquista; pero lo grave del caso es que suelen elevar a la categoría de principios lo que no son otra cosa que tácticas circunstanciales. Tal empecinamiento, cuando adquiere carta de naturalización, como viene ocurriendo con frecuencia, además de producir graves enfrentamientos de tendencias en el seno de las organizaciones libertarias, conduce inexorablemente al dogmatismo inmovilista. Dicha actitud, adoptada pretenciosamente como línea de actuación consecuente con los principios filosóficos, imposibilita al movimiento anarcosindicalista para mantener contactos y establecer convenios circunstanciales con otros grupos y organizaciones que, en determinados momentos históricos, defienden intereses coincidentes con la marcha ascendente y los objetivos parciales del anarquismo. Por lo visto, esos cultores del “todo o nada” han olvidado el sabido apotegma: “renovarse o morir”.

Da grima pensar en el daño que la intransigencia dogmática viene causando al movimiento libertario por doquier. Tanto es así que la AIT ha quedado reducida a un secretario lento y mal retribuido, blandiendo su sello de goma. Y no sólo han desaparecido las poderosas centrales obreras anarcosindicalistas, sino que tampoco existen en la actualidad publicaciones específicas periódicas dignas de especial atención, salvo contadas excepciones.

El anarcosindicalismo, desde sus inicios, *ha proclamado que a sus sindicatos puede afiliarse todo trabajador por el solo hecho de serlo, puesto que sus objetivos inmediatos los constituyen fundamentalmente las reivindicaciones sociales de cada momento, teniendo por norte la universalización de la libertad y el bienestar colectivos.* No puede, por consiguiente, pretenderse en nombre de una ortodoxia filosófica que los afiliados a sus sindicatos se proclamen anarquistas y tengan en todo momento la implantación del comunismo libertario como afán primordial. Veamos al respecto lo dicho por Felipe Aláiz en oportuísima ocasión:

«La vida sindical se informa por los anarquistas como ejemplo y no como imposición. Sería completamente risible imponer el deber de ser anarquista a nadie; tan risible como llamarse anarquista y ejercitar dictaduras desde la junta o desde el público.

«El anarquista está en el sindicato y en la cooperativa no como un convidado de piedra sino como un hombre activo que en el contraste diario de tácticas y procedimientos acaba por convencer. De lo contrario, hay que prestar escasa confianza a la substancia anarquista de los adheridos a un sindicato, aun cuando atruenen los aires con alaridos, discursos y arengas.

«No solamente los sindicatos, la ciencia, el arte, la inventiva humana, la misma vida de relación, todo lo que responde a la iniciativa del hombre y a su capacidad libre, camina hacia auroras esplendorosas. Y si el ideal está lejos y el camino es difícil y largo, también es cierto que el convencimiento allana los obstáculos».⁶

Y a mayor abundamiento:

«Es hora ya de que establezcamos una separación entre el pasado y el presente de la CNT y que digamos francamente que si ésta ha de ser netamente anarquista, como se ha pretendido en estos últimos tiempos, lo mejor será renunciar a la captación de masas y destruir los sindicatos y organizarnos en grupos de afinidad. Mas si la CNT ha de ser lo que por sus estatutos y por los imperativos de la lógica debe ser, es necesariamente preciso, por el respeto que las mismas ideas anarquistas merecen y haciendo honor a los más rudimentarios principios de libertad, que dejemos de proclamar que ella es neta y francamente anarquista. Es un organismo de lucha económica de clase, que actúa con aceptación de idearios determinados en que se respetan todas las ideas...».⁷

ANARQUISTAS SIN CARNET

Tal indigencia de sentido práctico da, a primera vista, la impresión de que la filosofía anarquista con todas sus concepciones básicas ha desaparecido del pensamiento humano contemporáneo; sin embargo, se puede afirmar que no es así. Por encima de los enormes cambios de las últimas décadas, y la proliferación de dictaduras totalitarias con su correspondiente retroceso humanístico en contraposición a los adelantos mundiales en el orden técnico y científico, el pensamiento anarquista continúa vivo en lo más profundo de los seres humanos con dignidad y criterio. El amor del hombre a los principios éticos, y el espíritu de solidaridad que analiza Kropotkin en su libro *El apoyo mutuo*, el *Código Moral sin obligación ni sanción*, que nos legara Guyau; el bienestar para todos como norma fundamental de convivencia y el espíritu de libertad son y serán imprescindibles. Los principios humanistas que entraña el ideal anarquista difícilmente podrán ser reemplazados ventajosamente por cualquier otra filosofía revolucionaria.

Aunque parezca paradójico, es, sin embargo, alentador el constatar la proliferación de filósofos, profesores, literatos y estudiantes de evidente pensamiento libertario, aunque, por supuesto, no se manifiesten públicamente partidarios o militantes activos del ideario anarquista. Mucha es la gente con preocupaciones sociales y sentir revolucionario que, sin haber abrevado en las fuentes de los teóricos del anarquismo, se manifiesta en anarquista con mucha frecuencia, a menudo sin proponérselo o sin saberlo, sin ser conscientes de ello. He ahí la razón de que en no pocas publicaciones de empresa, despectivamente calificadas con la etiqueta de "prensa burguesa", se publiquen frecuentemente ensayos y artículos decididamente anarquistas, aunque sus autores no se definan como tales. Pero lo más importante es que tal fenómeno no

⁶ Felipe Aláiz, *Prisión Celular de Barcelona*, agosto de 1922.

⁷ José Peiró en su libro *Juan Peiró, teórico y militante del anarquismo*.

tiene lugar únicamente en la España de hoy día, sino por doquier, especialmente en los países de mayor cultura y adelanto social. Existe además, en esos países, una considerable producción editorial de libros de orientación anarquista y frecuentes reediciones de nuestros teóricos más destacados.

Es perfectamente sabido que la mayoría de los intelectuales con simpatías libertarias rehúsan encasillarse en centrales sindicales y movimientos ácratas dado el generalizado comportamiento de muchos de sus militantes pretendidamente “ultras”, quienes se caracterizan más por un intransigente dogmatismo que por sus bondades ideológicas con respecto a todo pensamiento discrepante. Dichos “ultras”, con pretensiones de vestales, no se convencerán nunca -queremos insistir en ello- de que el anarquismo no es un dogma ni un coto cerrado; no es un programa político ni una teoría o sistema económico perfectamente definido, sino una actitud ante la vida, una concepción humanista y una filosofía de la libertad. Intentaré aún explicarme más, porque el anarquismo, con está u otra denominación (comunismo libertario, socialismo en libertad, comunalismo fraternal y solidario, etc.) es un ideal de constante superación moral, social, intelectual..., sin vallas ni metas limitadas, ni estructuras definitivas y universales. Es avanzar siempre, ir más allá, imaginar, proyectar, crear, perfeccionar. Inclusive es idear nuevas utopías de perfección, de fraternidad, de bienestar y sabiduría. No detenerse, no estancarnos jamás, no encadenarse o castrar el pensamiento; no limitar la libertad del prójimo. Lo perfecto no existe ni existirá nunca, pues todo es perfectible, y, por ende, siempre existirán otras metas a alcanzar, una mayor perfección, *más ideal*. Alcanzar en un momento dado la perfección social, el triunfo más completo del ideal, sería desolador y también catastrófico. Carecería entonces de sentido la vida; habría muerto el afán de superación colectiva, el ideal.

Cuando el puritanismo (?) se apodera de una corriente de pensamiento -iglesia o filosofía-, trata de constituirse en la expresión más auténtica y definitiva del dogma o la idea, y entonces aparecen los inquisidores, con los consiguientes conversos, «sambenitos» y quema de herejes.

Y como cada individuo, medianamente culto y árbitro de su personalidad, prefiere definirse a su modo, según su criterio e idiosincrasia, le resulta difícil la convivencia en organismos multitudinarios, donde por regla general prospera el gregarismo, la intolerancia y el culto a la personalidad, el liderismo caciquil y la intolerancia de sectarios y arribistas, vicios y defectos de los que las organizaciones anarquistas no están exentas ni mucho menos.

UN BOTÓN DE MUESTRA

Como corroboración de lo anteriormente expuesto, no vacilamos en reproducir a continuación unos fragmentos de un artículo publicado recientemente en el suplemento dominical, *Diorama de la Cultura*, del diario “Excelsior”, de México, debido a la pluma de Raymundo Cuervo Llorens, de quien nos atreveríamos a asegurar que nunca se ha denominado anarquista:

«La imposición de un orden ajeno a una comunidad determina un descenso en la calidad de su manifestación espiritual; a través de la historia se ha demostrado repetidas veces que la presencia de estados fuertes y autoritarios en la vida de una sociedad impide la producción de una cosecha cultural valiosa y, por ende, perdurable. Otros muchos factores intervienen en el fenómeno, pero ninguno tan claramente, tan directa e inevitablemente.

«(...) La ausencia o presencia de un orden ajeno al propósito natural de una comunidad actúa en forma directa y absoluta en la calidad del producto cultural resultante.

«(...) No es por casualidad que los dos momentos estelares de la cultura occidental se han realizado en comunidades con organizaciones estatales mínimas y un muy alto grado de libertad individual y espontaneidad en la convivencia: la Grecia clásica y el Renacimiento.

«Ello ha llevado a muchos historiadores y filósofos a concluir que el estado ideal de la sociedad humana se alcanzará cuando se pueda prescindir de la autoridad civil: el mismo Marx preveía esto como una evolución final de la sociedad sin clases.

«(...) Se plantea una dicotomía aparentemente contradictoria (dentro de la cual se desempeña desde los orígenes de la Filosofía la teoría Política): por una parte la autoridad civil impide la manifestación cultural perdurable y, por la otra, la sociedad humana requiere de la autoridad civil. La aparente irreconciliabilidad de ambos conceptos ha llevado en repetidas ocasiones al pensamiento político al extremo absurdo de abogar por una sociedad que prescinda de la cultura en aras del orden, como si la cultura fuera una opción y no la esencia misma de la vida espiritual (...).

«(...) El origen de la contradicción está en una falta de percepción de la diferencia esencial entre autónomo y heterónomo. Como todos los fenómenos orgánicos (y el fenómeno social lo es por excelencia), el orden y la organización de una comunidad ha de ser evolutivo y no impositivo. La sociedad requiere mecanismos reguladores de su propio orden, pero han de ser mecanismos desarrollados autónomamente, a partir de los instintos intrínsecos de todos y cada uno de los elementos que en un momento dado forman parte de una comunidad. El orden natural de una comunidad, y por ende la autoridad legítima, entendida la legitimidad como aquello que resulta de procesos espontáneos, sólo puede emanar de una comunidad de propósitos -no de un propósito elegido por una mayoría, ni menos aún dictado por una minoría sea cual sea la bondad relativa del propósito en cuestión-. El orden y la consecuente organización de una comunidad humana es finalista, es decir, lo determina el fin para el cual se establece. En esas condiciones todos y cada uno de los miembros de esa comunidad tienen que sentir como suyo el fin pretendido para que puedan ser partícipes del orden que resulta. Si uno sólo de los miembros de esa comunidad carece de la intuición necesaria para percibir el fin pretendido, o percibiéndolo lo rechaza, de hecho y por definición ha dejado de pertenecer a dicha comunidad. Si a ese elemento se le impone el orden común, sólo porque la mayoría lo ha aceptado, se le agrede. A partir de ese momento el propósito y el orden de la vida social de aquel individuo ha dejado de ser autónomo para pasar a ser heterónomo. Resulta evidente que en cuanto más grande numéricamente es una sociedad o más extensa geográficamente o más disímula cultural o socialmente, más difícil resulta la comunidad de propósito. Pasado un determinado nivel, esa comunalidad de propósito se vuelve imposible. Pero concluir de esto que el problema es simplemente de escala, también sería un error. El fenómeno social es mucho más complejo.

«(...) El elemento fundamental del problema está en el hecho de que el proceso de percibir, comprender y comulgar con un propósito social y, consecuentemente, con el orden y la organización que de él emanan, es un proceso autónomo en cada individuo.

«(...) Aquello que es autónomo no admite, bajo ninguna condición, agentes causales de origen heterónomo (...).

«(...) Las élites, cuyos intereses personales se identifican con un propósito social declarado, constantemente han confundido la sustancia de su propósito con su método, sin querer o poder entender la diferencia entre lo uno y lo otro».

Del libro *El Ogro Filantrópico*, de Octavio Paz -uno de los más grandes pensadores actuales de Hispanoamérica-, reproducimos a continuación los párrafos siguientes:

«Los escritores modernos, casi siempre sin proponérselo, al mismo tiempo que edificaban sus obras, han realizado una inmensa tarea de demolición crítica; al enfrentar la realidad real -el interés, la pasión, el deseo, la muerte- a las normas y al descubrir en el sentido al sinsentido, han hecho de la literatura una suerte de *reducción al absurdo*, de las ideologías con que sucesivamente se han justificado y enmascarado los poderes sociales. En cambio la “literatura comprometida” -pienso sobre todo en el mal llamado “realismo socialista”-, al ponerse al servicio de partidos y estados ideológicos, ha oscilado continuamente entre dos extremos, igualmente nefastos: el maniqueísmo del propagandista y el servilismo del funcionario. La “literatura comprometida” ha sido doctrinaria, confesionalista y clerical. No ha servido para liberar sino para difundir el nuevo conformismo que ha cubierto el planeta de monumentos a la revolución y de campos de trabajo forzado.

«Movidos por un impulso generoso, muchos escritores y artistas han querido ser los evangelistas de la pasión revolucionaria y los cantores de su iglesia militante (el Partido). Casi todos, tarde o temprano, al descubrir que se han convertido en propagandistas y apologistas de sinuosas prácticas políticas, terminan por abjurar. Sin embargo, unos cuantos, decididos a ir hasta el fin, acaban sentados en el palco de la tribuna donde los tiranos y los verdugos contemplan los desfiles y procesiones del ritual revolucionario. Hay que decirlo una vez y otra vez: el Estado burocrático totalitario ha perseguido, castigado y asesinado a los escritores, los poetas y los artistas con un rigor y una saña que habría escandalizado a los mismos inquisidores. Entre las víctimas de las tiranías del siglo XX, a la derecha como a la izquierda, se encuentran muchos escritores y artistas, pero, salvo conocidas excepciones, la mayoría no pertenece al campo de los “comprometidos” sino al de los sin partido y sin ideología. El arte rebelde del siglo XX no ha sido el arte oficialmente “revolucionario” sino el arte libre y marginal de aquellos que no han querido *demostrar* sino *mostrar*».

«La gran realidad del siglo XX es el Estado. Su sombra cubre todo el planeta. Si un fantasma recorre el mundo, ese fantasma no es el del comunismo sino el de la nueva clase universal: la burocracia. Aunque quizá el término *burocracia* no sea enteramente aplicable a este grupo social. La antigua burocracia no era una clase sino una casta de funcionarios unidos por el secreto de Estado. Mientras que la burocracia contemporánea es realmente una clase, caracterizada por el monopolio no sólo del saber administrativo, como la antigua, sino del saber técnico. Y hay algo más y más decisivo: tiene el control de las armas y, en los países comunistas, el de la economía y el de los medios de comunicación y publicidad. Por todo esto, cualquiera que sea nuestra definición de la burocracia moderna, la pregunta sobre la naturaleza del Estado es la pregunta central de nuestra época. Por desgracia, sólo hasta hace poco, ha renacido entre los estudiosos el interés por este tema. Para colmo de males, ninguna de las dos ideologías dominantes -la liberal y la marxista- contiene elementos suficientes que permitan articular una respuesta coherente. La tradición anarquista es un precedente valioso pero hay que renovarla y extender sus análisis: el Estado que conocieron Proudhon y Bakunin no es el Estado totalitario de Hitler, Stalin y Mao. Así, la pregunta acerca de la naturaleza del Estado del siglo XX sigue sin respuesta. Autor de los prodigios, crímenes, maravillas y calamidades de los últimos setenta años, el Estado -no el proletariado ni la burguesía- ha sido y es el personaje de nuestro siglo. Su realidad es enorme. Lo es tanto que parece irreal: está en todas partes y no tiene rostro. No sabemos qué es ni quién es. Como los budistas de los primeros siglos, que sólo podían representar al iluminado por sus atributos, nosotros conocemos al Estado sólo por la inmensidad de sus devastaciones. Es el desencarnado: no una presencia sino una dominación. Es la impersona (...).».

PROYECCIÓN A DISTINTOS NIVELES

El pensar que estamos en lo cierto al considerar extremadamente improbable el resurgir de poderosas centrales sindicales anarcosindicalistas en España y en otros países, por las causas

anteriormente expuestas, no nos lleva a caer en un pesimismo extremo. Por el contrario, a mi juicio, tal situación podría resultar a la postre más beneficiosa que perjudicial por las siguientes razones:

- a) Una gran central sindical requiere hoy de grupos especializados de estudio, que lleven a cabo -a través de planteamientos y estadísticas- una exhaustiva investigación sobre todos los aspectos de la compleja problemática actual: desde la economía general, abarcando cada una de las industrias, hasta el campo de las ciencias y la técnica, indagando en la historia y en el orden cultural, etcétera.

Ello conduce, inexorablemente, a la conformación y fomento de élites y burocracias propias. Tampoco la CNT pudo evitar caer en el burocratismo y el dirigismo -más o menos rígidos- durante nuestra guerra civil (1936-39). Y tampoco el burocratismo y el dirigismo en los que nosotros caímos fueron mejores que los de otros.

- b) Es casi imposible que las centrales sindicales de hoy puedan eludir compromisos y cierto acatamiento y exigencias de la actual sociedad. El sindicalismo obrero -principalmente después de la Segunda Guerra Mundial- se ha ido convirtiendo cada vez más en una pieza convencional y perfectamente neutralizada por el sistema capitalista. Para lo cual éste, el sistema, se vale de los partidos políticos y de la permanente inflación, que obliga a centrar la lucha en una interminable carrera de reivindicaciones salariales.

Las reivindicaciones sociales hoy día, para su efectividad y pervivencia, requieren de movimientos de amplia base popular sin ningún signo político específico, a fin de encauzar en un mismo esfuerzo a amplias capas de la población con aspiraciones comunes de humanismo y solidaridad.

Y, por si fuera poco, los sindicatos caen con frecuencia en una supeditación absoluta a los gobiernos de turno o a determinados partidos políticos, cuya máxima aspiración, si no la única, es la toma del Poder. Luego una poderosa central anarcosindicalista no escaparía, tarde o temprano, a esta regla.

- c) Quedaron atrás los tiempos en que las únicas metas de la denodada lucha laboral se reducían a una peseta más de salario y una hora menos en la jornada de trabajo diaria; hoy los objetivos básicos inmediatos son mucho más complejos: se lucha por mayor bienestar, seguridad y cultura; por una mayor productividad y un mejor reparto de la renta nacional; por la realización de ensayos autogestionarios y cogestionarios, etc. Y todo esto es mucho más complejo y difícil. En la actualidad los sindicatos no se bastan por sí solos para cubrir tales metas, las cuales, además, no son exclusivas de tal o cual bandería filosófica o ideológica: son objetivos generales, demandados por el conjunto ciudadano plurinacional.
- d) La gente que acude a los sindicatos representa una ínfima minoría de la población, del proletariado inclusive, pues los sindicatos sólo cubren un aspecto, y quizá el más ingrato de la diaria marcha hacia un mañana mejor, hacia una superación constante en el aspecto económico. Y esas minorías, elitistas y caciquiles, son, al igual que en cualquier partido político, manipuladoras, dirigistas, sectarias... Que la asamblea es «soberana», bueno; pero esto no pasa de ser una bonita frase o un simple «slogan». Y al respecto no considero necesario entrar en detalles, en farragosas explicaciones, pues lo sabe todo el mundo, particularmente todo dirigente sindical o aspirante a serlo. A la asamblea se acude de tarde en tarde -y por regla general un número muy reducido de afiliados-, y para un aspecto particular de empresa o industria, con objetivos muy concretos, importando poco el interés del pueblo en su conjunto.

- e) El mito de la revolución violenta, manumisora, capaz de cambiar radicalmente, en breve plazo, todas las estructuras e infraestructuras actuales, no es más que eso, un mito; mas si por circunstancias muy especiales esto fuera posible en un momento dado en un determinado país, sería para terminar con todo concepto de democracia, para imponer las condiciones y programas de un determinado sector o partido, y establecer nuevas formas de dictadura de signo totalitario y el advenimiento de nuevas clases y castas. Sería un nuevo salto atrás -lo contrario de lo perseguido- en nombre del proletariado triunfante o de los sagrados intereses de la patria.

El proletariado organizado en los países que podríamos denominar de avanzada social, o sea los más industrializados, ha dejado de ser el sector dinámico y revolucionario por excelencia, se ha domesticado, acomodado, aburguesado. Es cada vez más y más conservador y *chovinista*. Hay que ir al encuentro de nuevas fuentes de inspiración y de ansias de transformación social de los sectores más humanistas y revolucionarios. Considero, pues, que puede hallarse esa dinámica más que en los grandes pilares sindicales, en la juventud en general, especialmente en la estudiantil y en los intelectuales de vanguardia. Hoy casi toda la juventud pasa, en los países más adelantados, por las universidades, los colegios profesionales, los centros tecnológicos y artísticos, por lo que habría que orientarla hacia los centros y ateneos populares. Inclusive se podrían orientar hasta esos centros a grandes sectores de la clase media, constituyendo grupos eclécticos en determinadas barriadas, donde pudieran asistir las amas de casa que así lo desearan.

LOS SINDICATOS OBREROS EN RÉGIMEN CAPITALISTA

Las grandes centrales sindicales se han adocenado. Están, en mayor o menor grado -consciente o inconscientemente-, en favor del régimen, del *statu quo*. Temen mucho más que desean los cambios bruscos. En los países subdesarrollados están casi siempre con el gobierno de turno, enquistados en el Estado unas veces, mediatizados y amedrentados otras, bajo regímenes descaradamente antidemocráticos -como los militares y de partido único- aunque a nivel de declaraciones públicas y programas políticos esos regímenes pretendan lo contrario.

Aún se podrían citar otras razones y factores diversos, pero no se trata de hacer interminable el presente capítulo. A mi juicio, los anarquistas y anarcosindicalistas no deben abandonar la vida sindical, pero con sindicatos propios o sin ellos deben polarizar su actividad en muy diversos campos, completar sus tareas socio-políticas y económicas militando dondequiera que puedan contribuir a elevar la mentalidad del pueblo, en todos sus estratos. Si así lo hicieran, su esfuerzo sería mucho más útil al bienestar y mejoramiento común, constituyendo un catalizador auténticamente revolucionario. Y, lo más importante, dejarán de lidiar permanentemente entre sí por interpretaciones teóricas de menor cuantía y por cuestiones tácticas circunstanciales.

UN PARTIDO LIBERTARIO

Consideraría un grave error el que en un momento dado prevaleciera entre la mayoría anarquista la idea de crear un partido político propio como medio de superar las limitaciones de presión o fuerza política en cuanto al logro de reformas político-administrativas en las estructuras del Estado burgués o capitalista, de conquistas más rápidas y metas más ambiciosas en el orden social. Los hombres en general -pues las excepciones cuentan poco- son ambiciosos y vanidosos, les domina frecuentemente el afán de protagonismo, lo que les lleva como de la mano -si las circunstancias les son propicias- al caudillismo. Además, un partido político, por razones obvias, estará mucho más obligado que una central sindical a contemporizar con el Estado. Un partido con apelativo de libertario o anarcosindicalista estará

siempre condenado a la condición corporativa de minoritario en el concierto político nacional, salvo que hiciera dejación de sus tácticas y objetivos revolucionarios, mostrándose cada vez más dócil a las exigencias moderadoras o conformistas de la sociedad contemporánea. Cabe recordar al efecto el fracasado intento de Angel Pestaña en las postrimerías de la Segunda República y el triste papel del Partido Sindicalista de España en las elecciones legislativas del 15 de junio de 1977 y en las de marzo de 1979. Aun en el mejor de los casos, un partido libertario o anarquista nunca conseguiría la fuerza determinante necesaria para influir decisivamente en la dirección y composición jurídico-administrativa del Estado; y si así no fuera, su condición de anarquista correría el peor de los riesgos. Más aún, habría dejado a un lado, tirados en cuneta, los ideales que en un principio pudieran haberle inspirado.

Por el contrario, si los anarquistas tuvieran en un momento dado un creciente y fuerte arraigo popular, no tendrían necesidad de un partido político propio que les sirviera de correa de transmisión para hacer sentir su influencia determinante en los estamentos estatales, pues habrían de sobrarle en todo momento abogados defensores dentro y fuera del Parlamento y en toda la escala de instrumentos de la administración pública. Sería, pues, mucho más práctico y eficaz que un partido propio (del que en alguna forma las organizaciones anarquistas tendrían que depender, como sucede con las corrientes marxistas y socialcristianas), sería procurar que los partidos de signo democrático y liberal avanzado se constituyeran, en determinados momentos, en correa de transmisión de los movimientos libertarios, lo que podría lograrse por las razones antes expuestas más el interés electoral y cierto respaldo popular, etcétera.

La conciencia ciudadana, manifestándose viva y activa con la consiguiente presión permanente desde la base, desde la calle, será siempre el factor determinante en el proceso evolutivo hacia una sociedad mejor. En efecto, cabe recordar aquí la frase de Portela Valladares, presidente del Gobierno Republicano en 1935: «Se puede gobernar sin la CNT, pero no contra la CNT».

«La clase obrera -como dijo Eleuterio Quintanilla- es mayor de edad y se pertenece a sí misma; en sus organizaciones es soberana y no precisa de mentores». Estamos de acuerdo con Quintanilla en su amplia concepción, pero a nuestro juicio sería más exacto el término *vestales* en vez de «mentores», pues mientras éstos aportan algunos conocimientos de general interés, las *vestales* se afanan en mantener viva la llama del ideal según sus particulares y dogmáticas concepciones.

ACTIVIDADES PARALELAS Y COMPLEMENTARIAS

La tarea más positiva en cuanto a la aportación del pensamiento libertario consiste en confundirnos, anarquistas y sindicalistas revolucionarios, con las capas más vivas y dinámicas de la población, apoyando conscientemente sus aspiraciones de mejoramiento colectivo en los sindicatos, en las cooperativas, colectividades (autogestión), municipios, barriadas, universidades, escuelas de todo tipo, agrupaciones de defensa del consumidor, salvaguardia de la ecología, etc. El vacío actual habría que llenarlo cohesionando esfuerzos en tales actividades complementarias, con la edición de revistas auténticamente revolucionarias, con estudios, programas de trabajo, conferencias, estadísticas, ediciones de libros y folletos, etc. Al respecto, vale la pena recordar la gran influencia que tuvo la revista *Estudios*, editada en Valencia, cuyo editor y propietario no pasaba de ser un simpatizante de las ideas libertarias. En el movimiento anarquista español, *Estudios* fue una publicación ecléctica, una más de las que en España, y en muchos otros países, constituyeron auténticos crisoles del pensamiento anarquista.

Es perfectamente comprensible y adecuado que en todo movimiento libertario existan y convivan diferencias de apreciación filosófica e interpretaciones distintas de orden táctico (corrientes de pensamiento y tendencias); pero siempre en un clima de mutuo respeto y tolerancia, pues lo contrario constituye la negación más absoluta del ideal ácrata.

CAPÍTULO III

MAXIMALISTAS Y POSIBILISTAS

DIRECCIÓN RÍGIDA O DEMOCRACIA VIGENTE

De todos es sabido que en el seno del movimiento anarquista de los países en que éste ha proliferado, existen tendencias ideológicas e iniciativas de actuación disímiles.

Estas disidencias pueden y deben ser francamente aceptadas en función de la unidad en la diversidad; diversidad de conceptos y pensamientos que cualquier organización o partido político están obligados a aceptar si es cierto que en ellos predomina el cabal sentido de democracia y respeto al pensamiento ajeno. Pero cuando esto no suele, en virtud de que el pensamiento es autoritariamente uniforme, el conjunto orgánico deviene en un bloque monolítico que excluye la práctica del diálogo y toda posibilidad de divergencia. Surgen entonces, quiérase o no, el antagonismo abierto entre democracia efectiva y autoritarismo de élite, cuya resultante es, inevitablemente, el cese voluntario de las minorías discrepantes o, en su defecto, las «purgas» de cuantos militantes traten de modificar la línea de actuación marcada por los «intocables» e «indiscutibles». Y cuando esta torpe actitud se convierte en concepción de táctica y de fondo ideológico, los principios filosóficos se diluyen en el turbulento vendaval de la discordia irreconciliable, la cual tiene como fatal consecuencia el debilitamiento o la extinción paulatina, pero segura a largo plazo, del organismo que, preconizando como ideario la democracia y la libertad, impone a sus afiliados rígidas normas de acatamiento.

Cierto es que cada movimiento social o político tiene el derecho de autodeterminación y comportamiento -de acuerdo con sus principios ideológicos y sus intereses particulares- siempre que no atropelle el derecho inalienable de las minorías discrepantes a plantear sus propias concepciones. Pero no es menos cierto que la peculiaridad que más distingue hoy día la personalidad interna del movimiento anarcosindicalista español, en aquellos sindicatos -y no son pocos- que actúan orientados por la corriente maximalista o «ultra», es la imposición.

Frente a esta circunstancia dolorosa y repetidamente comprobada por nosotros en el seno de la propia CNT, durante décadas, basta cederle la palabra a R. Rocker para darnos cuenta de que la razón asiste a nuestro bien intencionado aserto.

«(...) Pero el enemigo de la libertad y de todo progreso social es el dogma (dogmatismo, diríamos nosotros) en la mayoría de los casos, del fanatismo en la creencia de la posesión de la verdad absoluta, válida para todo e indiscutible, y, por esa misma razón, destinada a convertirse en el enemigo jurado de todo progreso (...).»⁸

La lección va directamente dirigida y aplicada a quienes, sin mérito alguno, aspiran a ser cabezas de ratón de los grupúsculos que manejan a su antojo con alardes de dudosa honestidad. La única disculpa posible a su favor quizá sea que aún no han comprendido que para ser auténtico dirigente en los medios anarquistas se requieren excepcionales condiciones: en primer lugar, desarrollo de la conciencia libertaria y capacidad intelectual; en segundo, rectitud de conducta en la trayectoria militante, condiciones de que carecen los ayunos de principios humanistas. Estos atributos considerados a nivel militante también son aplicables naturalmente a las propias organizaciones.

Quienes nos preocupamos por la suerte actual y futura del movimiento anarquista internacional aún tenemos fresco en la memoria el recuerdo de cuanto sucedió en la Convención

⁸ Rudolf Rocker, *Max Nettlau*, p. 94, Ed. Graphos, México, 1950.

Internacional de Estudios sobre el Anarquismo, celebrada en Turín, Italia, los días 5, 6 y 7 de diciembre de 1969. Allí, según se informó a bombo y platillo, concurrían representaciones de una larga lista de federaciones, entre las que figuraban las de México, Holanda, Japón y otros muchos fantasmas que consideramos innecesario enumerar. Conocidos los resultados de asistencia representativa, y los textos de la «memoria» orgánica del comicio en cuestión, preguntamos: ¿Cuántas son las organizaciones afiliadas a la AIT? Mientras no se nos ilustre al respecto con pruebas fehacientes, continuaremos creyendo que la peculiaridad más importante del movimiento anarquista internacional consiste en engañar al prójimo y a sus afiliados, engañándose a sí mismo. De igual manera, cuando se informa oficialmente sobre el número de afiliados de la CNT, se hace tomando como producto aritmético global el número del último carnet expedido, a sabiendas de que más del cincuenta por ciento de los poseedores, si es que aún lo conservan, no aportan un solo céntimo al sostenimiento de la CNT ni sienten por ella ninguna preocupación, aunque cabe aclarar que esta práctica no es privativa, en España, de la central anarcosindicalista.

PROYECCIONES IDEOLÓGICAS

Una organización anarcosindicalista como la *Confederación Nacional del Trabajo de España*, que proclama estatutariamente que a ella pueden pertenecer todos los trabajadores por el solo hecho de serlo, sin distinciones de ideas políticas ni confesionales, incurre en falsedad al dividir su cuerpo social en cuatro categorías de afiliados: 1ª. Los trabajadores que acuden a ella en búsqueda estricta de mejoras materiales; 2ª. Los que por estar afiliados a un partido político o por tener alguna creencia confesional, están imposibilitados orgánicamente para desempeñar funciones de responsabilidad administrativa o representativa; 3ª. Los anarquistas que, por ser posibilistas, están catalogados despectivamente como reformistas; 4ª. Los «ultras» o maximalistas, repetidores del latiguillo: «principios, tácticas y finalidades», cuya fiel traducción es -según ellos- auténtica vía hacia el comunismo libertario, pretenciosidad que culmina en practicar la acción revolucionaria del «todo o nada». Más como el todo no llega nunca, el siempre permanente «todo» se queda en nada.

Planteado así el problema, nos permitimos insistir en la necesidad de que el anarquismo adopte tácticas más flexibles que le permitan actuar, sin desdoro de su filosofía revolucionaria, en problemas tan vitales como son las actividades cotidianas. Pero para ello se necesita que en la dirección activa de la CNT intervengan, como elementos imprescindibles, todas las especialidades de las ciencias aplicadas y artes útiles y todas las tendencias de pensamiento que en su seno se manifiesten. Porque si los libertarios no cuentan con la tecnología necesaria, ¿cómo podrán convencer a la humanidad doliente de que el anarquismo puede trazar el camino conducente hacia el socialismo en libertad de acuerdo con la idiosincrasia de cada grupo étnico?

Por extensión de las causas anotadas, vale decir que tanto en España como en Portugal, Francia y demás países del mundo occidental, incluidas todas las áreas nacionales desarrolladas o en vías de desarrollo, los trabajadores voluntariamente sindicados apenas alcanzan el veinte por ciento global, pese a todo lo que en contrario se diga a nivel de declaraciones públicas.

Y las razones fundamentales estriban en que los trabajadores no quieren ser sometidos a directrices políticas o filosóficas que unos repudian y a otros no convencen. Esto demuestra implícitamente que la mayoría de las clases productoras carecen de *conciencia social* y *desarrollo de propia personalidad*. Pero éste es asunto que trataremos en otro capítulo.

ALGUNAS PALABRAS MÁS SOBRE PRINCIPIOS

Nadie medianamente conocedor de los movimientos revolucionarios ignora que el anarquismo trata de sustituir el orden opresivo y absorbente del Estado por otro de autonomías administrativas con justicia y libertad; pero como esto sólo se ha «justificado» en teoría, la palabra *anarquismo* se interpreta como término negativo, en virtud de que la propaganda adversa de sus múltiples y poderosos detractores la ha convertido en sinónimo indiscutible de desorden y de caos, o de utopía, en el mejor de los casos. Entendemos que el primero en usarla fue Proudhon, para dejarla después en absoluto olvido, puesto que en rarísimas ocasiones la empleó para definir la corriente de pensamiento contraria al principio de autoridad impuesta. Por tales razones, durante años se llevó a cabo en el seno de distintos movimientos libertarios un gran esfuerzo tendente a abandonar el término *anarquismo* y sustituirlo por el de *socialismo libertario* o, por lo menos, definir tal corriente de pensamiento revolucionario como la que dio forma acabada al sistema federal, básico para la estructuración de una administración socialista en régimen de libertad.

Al paso de los años, el movimiento anarquista se ha dividido por doquier en dos direcciones de pensamiento: ortodoxos o maximalistas, unos, y heterodoxos o posibilistas, otros. Estos son los que podríamos considerar adjetivos teóricos, de recíproco respeto y altura conceptual; pero en la práctica cotidiana, los términos con que peyorativamente suelen adjetivarse mutuamente son los siguientes: «ultras» o «puritanos», unos; «reformistas» o «amarillos», otros.

Pero las discrepancias más enconadas se han dado en el terreno táctico con mayor virulencia que en el teórico. Pasando por alto las bizantinas discusiones entre comunistas y colectivistas, que duraron muchos años, los «ultras» o maximalistas, son partidarios de la «propaganda por el hecho» -acción directa mal entendida-, de la «gimnasia revolucionaria permanente», es decir, de la acción violenta continua y la revolución a plazo fijo inmediato; mientras que los posibilistas se han manifestado siempre mucho más cautelosos en cuanto a la práctica de la violencia, sin descartarla del todo cuando consideraron que la violencia era respuesta obligada a la acción represiva desenfundada de la burguesía o de los poderes públicos.

Los primeros son partidarios, como hemos dicho, del «todo o nada», mientras que los segundos prefieren arrancar de cada coyuntura político-social lo más posible en beneficio de explotados y oprimidos; los maximalistas sienten la proclividad a echar mano de la huelga general y el ensayo revolucionario en cualquier momento, mientras que los posibilistas consideran que pensar en el triunfo a la vuelta de la esquina mediante la violencia, equivale a salirse del camino que puede conducirnos a la libertad y a la igualdad económica.

Es decir, que mientras unos han tratado de confundir la acción directa con la acción violenta, los otros han procurado aclarar constantemente que la acción directa consiste únicamente y exclusivamente en no delegar la personalidad colectiva en otros valores representativos, respecto de las soluciones de problemas conflictivos entre explotados, explotadores o gobernantes. Huelga repetir que los «ultras» creen en el mito de la revolución total a corto plazo, mientras que los reformistas o posibilistas piensan que la revolución social no puede realizarse sin un constante proceso de solidaridad humanista de la sociedad, hasta desembocar definitivamente en un régimen de auténtica justicia y libertad, o lo que es lo mismo, transformar la sociedad de forma gradual y permanente.

De ahí que, mientras los maximalistas confunden casi siempre las tácticas con los principios, considerándolos partes inseparables de un mismo cuerpo, los posibilistas estiman que las tácticas han de ser en todo momento circunstanciales, en relación con las exigencias y necesidades de cada momento y lugar, mas nunca en contradicción con los principios.

Lo anterior implica el hecho de que mientras algunos «ultras» suelen negarse casi sistemáticamente al diálogo o compromiso circunstancial con otros grupos coincidentes, acusando de oportunismo o mala fe a los que -según ellos- «van a lo suyo», los reformistas atribuyen a los primeros un cierto complejo de inferioridad manifiesta y de falta de confianza en sus propias ideas y convicciones para presentar argumentos válidos en un encuentro deliberativo acerca de posibles y justas soluciones a los problemas que la vida cotidiana plantea a la sociedad.

Sin embargo, en una discusión de altura en la que el diálogo se verifique en un plano de mutuo respeto, ambas tendencias suelen encontrar muchos más puntos de coincidencia que de discrepancia; pero si la confrontación de opiniones se resuelve en una asamblea, o en un foro abierto, donde el demagogo declama para la galería, la compostura se pierde; y al militante reformista o considerado como tal no le queda más recurso que callarse o irse para no ofrecer a propios y extraños un triste espectáculo y aparecer, a los ojos de legos y exaltados, como menos revolucionario.

El «ultra» sabe que el «reformista», y generalmente juicioso, independiente y libre de sectarismos, no aguantará que en una asamblea un mismo individuo pida veinte veces la palabra sobre el mismo tema, lo que da invariablemente como resultado que los menos intransigentes vayan abandonando el local por aburrimiento, por saturación, por dignidad... Las asambleas o congresos se hacen interminables y, al final, los «ultras», aunque constituyan la minoría, ganan indefectiblemente el debate.⁹

Y es ahí precisamente donde tropieza la reja del arado: la masa o los indiferentes a las interpretaciones teóricas y enemigos de los debates interminables abandonan las asambleas en las que sólo se discuten problemas y posibles soluciones de lejano alcance, y, finalmente, archivan el carnet. Y es así como la organización pierde no sólo el cotizante sino un posible militante.

Piensa que no pocos sentirán pesar al leer estas páginas; pero sepan todos, conformes o inconformes, que las he escrito siendo el primero en lamentar tener que afirmar que la CNT está hoy tanto o más manipulada que cualquier partido político español.

CAPÍTULO IV

EL ANARCOSINDICALISMO ES REFORMISTA

LOS CONGRESOS DE LA CNT

Todo movimiento que se proclama auténticamente revolucionario y cuya base orgánica esté afincada en los sindicatos obreros no podrá mantener su posición como factor determinante en el proceso evolutivo político-social del mundo actual sin adoptar posiciones reformistas circunstanciales. La lucha permanente por mejorar las condiciones de vida de los trabajadores y la necesidad, no menos apremiante, de ampliar el cuadro de libertades civiles y derechos humanos de la ciudadanía obligan a compromisos tácticos, que no pueden estar limitados a decálogos dogmáticos establecidos cien años antes.

⁹ Recientemente tuve oportunidad de enterarme que, tras la reunificación cenetista en el exilio (1960), un determinado grupo iba a las asambleas de México con la consigna de interrumpir, e inclusive abuchear, a cuantos del sector «reformista» participaran en los debates. De esto me informó un militante que por entonces formaba parte del grupo vociferante.

¿El anarcosindicalismo es, acaso, una excepción? Nuestra respuesta es rotundamente negativa. Y, consecuentemente, nos atrevemos a recomendar a quienes de buena fe se interesen vivamente por esta cuestión el libro del compañero sueco Evert Arvisson, *El Anarcosindicalismo en la sociedad del bienestar* y las actas de los plenos y congresos nacionales de la CNT.

De la misma manera que, con torpe frecuencia, se ha venido confundiendo -todavía hay quien lo confunde- acción directa con acción violenta, así también se confunde *a priori* reformismo con esa especie de dependencia política caracterizada por un *statu quo* de mendicidad permanente, por parte de los sindicatos, frente al paternalismo estatal. Pero lo sorprendente del caso es que, a estas alturas, la apasionada resistencia contra el reformismo político y el paternalismo estatal objetados sistemáticamente por los anarquistas, hayan llegado, en más de una ocasión, a combatir acciones y movimientos verdaderamente revolucionarios.

Pongamos por caso la tradicional oposición al cooperativismo -por fortuna hoy ya superado- fundamento sobre unidades de producción y de consumo autogestionadas, siempre con el fin de liberarse del patrón y de la voracidad de comerciantes. Esto nos inclina a pensar que, al mantener tal posición «antirreformista», los anarquistas «ultras» también deberían renunciar a todos los servicios y prestaciones de la Seguridad Social. Pero, por fortuna, el dogmatismo no llega a tanto.

DOS TIPOS DE REFORMISMO

Debe quedar bien claro que nos estamos refiriendo a dos tipos de reformismo perfectamente definidos. El primero se realiza en forma circunstancial por parte de los partidos políticos y del Estado con fines proselitistas y, sobre todo, a fin de apreciar las exigencias populares, quedando por regla general las mejoras así concedidas en letra muerta codificada. Pues está históricamente demostrado que nada o muy poco aumenta el índice progresivo de derechos, libertades y bienestar colectivos cuando el pueblo descuida lo que se considera obligación de los gobernantes, consistente en incorporar nuevas conquistas sociales a la legislación vigente. Es decir, que el pueblo no vigila la estricta aplicación de esas leyes de mejoramiento social y por tanto, los avances o mejoras de tipo paternalista otorgadas por el Estado se convierten -a posteriori- en motivo de nuevas luchas reivindicativas.

El reformismo revolucionario estriba en adoptar posiciones de lucha que, con el apoyo popular, conduzcan a superar etapas de estancamiento con la menor violencia posible, pero sin descuidar los verdaderos objetivos y metas revolucionarias, que, en ningún momento, deben estar circunscritas a luchas episódicas o exigencias de problemas del momento. Si alguna duda quedara al respecto, habría que revisar los anales de los movimientos anarcosindicalistas del pasado inmediato, pero despojados de dogmatismos, para, así, descubrir con absoluta claridad la verdad histórica. A este tipo de reformismo revolucionario dediqué un extenso capítulo en mi libro *Cataluña, los trabajadores y el problema de las nacionalidades*, del cual, por estimar que no ha perdido actualidad, reproduzco algunos párrafos al final de este capítulo.

LOS TIEMPOS CAMBIAN

A fin de clarificar conceptos, considero obligado agregar algo más a lo precedentemente expuesto.

En primer término procede recordar que, a principios de este siglo, en los países de mayor avance industrial y social, el sindicalismo de contenido anarquista no sólo apareció dinámico y vigoroso, sino que fue orientado por una muy considerable pléyade de reconocidos valores de

la intelectualidad liberal de la sociedad de entonces, que lo acogió como principal factor ideológico en la lucha del hombre por su manumisión integral. Pero los tiempos han cambiado de tal suerte, que actualmente resulta dudoso que el anarcosindicalismo, aferrado a viejas tácticas de lucha, pueda recuperar el terreno perdido y la pujanza masiva de antaño, dado que en el marco de la trayectoria conflictiva actual, resultaría casi siempre inoperante. A principios de siglo, las organizaciones anarcosindicalistas, con sus vanguardias de grupos y militantes anarquistas, fueron las más vigorosas y activas en muchos países y las más abnegadas y revolucionarias; pero en la actualidad, las centrales obreras de orientación anarquista se han minimizado corporativamente, al extremo de que, de hecho, han desaparecido como factor determinante en el diario acontecer.

En la actualidad, en España y en Italia, países con todo un glorioso pasado revolucionario, los anarquistas no han conseguido el resurgimiento de sus poderosas organizaciones sindicales. Tras el largo período de regímenes fascistas, la mayoría de los trabajadores han preferido enrolarse en sindicatos de otras orientaciones políticas e ideológicas, como consecuencia de un acomodaticio sentido práctico que poco tiene de idealista.

INFLACIÓN Y ESTATISMO

Este constante decrecer del potencial numérico anarcosindicalista puede tener, entre otras, las siguientes causas o explicaciones que, prolijamente, exponemos a continuación. Veamos, pues.

El trabajador de hace unas décadas carecía casi por completo de derechos civiles. En el orden económico se hallaba inerme y temeroso frente al incierto mañana inmediato. En determinadas áreas de la producción (agricultura, pesca, minería, etc.) el obrero vegetaba en un estado permanente de miseria e incertidumbre; se veía obligado, no sólo a permitir, sino inclusive a solicitar, aunque con el más profundo dolor, la explotación de sus hijos, desde temprana edad, en forma ignominiosa, privándoles así de los estudios más elementales. Como consecuencia de tal situación, los trabajadores de entonces, analfabetos en su inmensa mayoría, nada arriesgaban en cuanto a derechos civiles y bienestar económico, situación que los mantenía en permanente propensión a la lucha revolucionaria haciéndoles pensar en todo momento en mejorar su mísero estado social y político. Quizá el obrero de entonces no fuera más idealista que el de hoy pero queda perfectamente aclarado que si era menos conservador y, por ende, más revolucionario.

La mayoría de los trabajadores del mundo industrializado viven hoy día como pequeños burgueses, con hábitos, apariencias, afanes y suntuosidades superfluas propias de gentes de posición acomodada, que, aun sin aptitudes profesionales para enriquecerse, aspiran vivamente a conseguirlo de cualquier manera. Por lo tanto, la revolución social, masivamente cruenta, más que alentarlos les asusta, aunque en determinadas ocasiones adopten «poses» revolucionarias. Pero lo más lamentable es que a esta regla no escapan ni los demagogos, ni los partidarios de las escaramuzas sociales intrascendentes, ni los oportunistas, ni los políticos de cualquier denominación, por muy izquierdistas que se llamen. A estos últimos les interesa la toma del poder, mas no la revolución social. Desde luego, que existirán excepciones, ¡pero es tan difícil dar con ellas!...

La Seguridad Social se ha convertido en un importante factor contrarrevolucionario coadyuvante de la degradación moral. La norma preferida en el orden económico, ardientemente deseada por ignorantes, inescrupulosos o acomodaticios, estriba en que el Estado pague en cualquier situación, no importa cómo ni por qué; mas sin la menor noción de que quienes pagan en última instancia son siempre los que trabajan, los explotados, los hermanos de clase, nunca el Estado ni el patrón.

En algunos países industrializados, si el individuo es suficientemente hábil y amoral, puede vivir del esfuerzo ajeno como afecto al sistema de seguro contra el paro, o como accidentado, o líder obrero, o burócrata en funciones estatales.

De continuar por este camino de irresponsabilidad y «picaresca revolucionaria», no importa de qué signo político o filosófico, no hay duda que podríamos aproximarnos a un fin catastrófico de quiebra moral y económica -y no a largo plazo, por cierto-. Empero, no debe olvidarse que esta profecía la hacemos pensando en que un siglo en la Historia de la Humanidad es también un corto plazo.

VIVIR DEL PRESUPUESTO

A pesar de todo la clase trabajadora cree cada día más en las posibilidades mágicas del Estado moderno, y, en consecuencia, la mayoría ciudadana anhela depender del presupuesto oficial, incubándose en tal esperanza la aversión a todo riesgo revolucionario. Consciente o inconscientemente, una buena parte de la población siente el horror del esfuerzo diario, acogiéndose, siempre que le es posible, al regazo de la Seguridad Social o del Estado, lo cual implica no sólo mayor seguridad en el empleo, sino también mayor percepción de prestaciones y la posibilidad de un mínimo esfuerzo físico, con la consiguiente propensión a simular que se trabaja, sin preocupación alguna por la calidad del producto elaborado o del rendimiento.

Para este tipo de trabajadores la solución de la crisis económica y de todos los males que padece la sociedad productora estriba en que el Estado imprima cada vez más billetes, que decrete el aumento incesante de salarios, que a todos nos haga nominalmente millonarios, sin pensar que con ello el ritmo de inflación aumentará en forma galopante, mientras que la capacidad de compra disminuirá constantemente pese al aumento de salarios y al aumento del valor nominal de los billetes de Banco. Es así como muchos se hacen a la idea de ser cada día más ricos y la ilusión de vencer en descomunales batallas de lo Pirro, ya sean éstas individuales o colectivas; pero la verdad, en definitiva, será siempre que tales batallas poco o nada tienen que ver con el progreso social; por el contrario, fortalecen al *stablishment* a la vez que favorecen particularmente al gran capital, sin perjuicio de llevar a la quiebra a algunas pequeñas y medianas empresas. Mas como los empresarios aumentan el precio de sus productos o adulteran la calidad de los mismos inmediatamente después de cada aumento salarial; y, por otra parte, el Estado incrementa los impuestos al ritmo de sus presupuestos, sin preocuparse de que éstos estén o no en relación con el aumento de la productividad (del PNB), resulta que, consecuentemente, los sueldos de los trabajadores y de la clase media van generalmente a la zaga de precios e impuestos, o lo que es lo mismo, que en la espiral inflacionaria los precios le llevan siempre la delantera a los salarios.

La tenaz lucha por conseguir constantes aumentos salariales semeja en el fondo una labor de Sísifo, sin el menor resultado positivo a la postre. Lo positivo sería pugnar por establecer, en forma según el aumento del costo de la vida, más una importante parte, también proporcional, del aumento del P. N. B. (producto nacional bruto), a la vez que una creciente nivelación de la renta nacional *per cápita*; reducir la jornada, o los días de labor, a fin de dar oportunidad de trabajo permanente a los que carecen de él; reducir la tributación al Estado, terminar con la inflación y mermar las utilidades del capital...

LOS REVOLUCIONARIOS DE PARTIDO

Por otra parte, los «revolucionarios» de partido cada vez son más numerosos; luchan por *su revolución*: llegar al Poder como sea. Tras el asalto al Poder la élite del partido ocupará los cargos principales de la administración pública. Lo administrarán todo: el Ejército (elevado a la

máxima categoría), las fuerzas represivas, el erario nacional, los servicios públicos, la producción, la distribución, etc., con el consiguiente beneficio siempre a favor del «que parte y reparte». En cuanto a los segundones enquistados en el aparato estatal (comisarios, tecnócratas, polizontes, burócratas, etc.), también participarán del autoritario pastel como servidores autómatas del *Partido*. Todos al servicio incondicional del Estado todopoderoso, paternalista y, por consiguiente, autocrático.

En el mundo subdesarrollado la miseria prolifera a sus anchas a la par de la ignorancia. Es ahí precisamente, en ese tercer o cuarto mundo, donde se producen todavía frecuentes «revoluciones». Por regla general, el encumbrado lacayo incondicional derroca al tirano de turno, única y exclusivamente para sustituirlo en el Poder. En tales convulsiones el pueblo sólo consigue cambiar de amo. Son revoluciones con minúscula; golpes de Estado, cuartelazos, motines triunfantes que en nada remedian la situación de los explotados y oprimidos.

De vez en cuando se produce alguna «Revolución» pretendidamente con mayúscula, dirigida por gentes que mientras militan en la oposición prometen cambiar radicalmente las estructuras de la sociedad capitalista; pero que una vez afianzados en el Poder, se constituyen en baluartes de una nueva clase privilegiada, que, por regla general, excluye de todos los derechos humanos universalmente aceptadas a cualquier individuo que se manifieste contra el omnipotente partido único. El cambio que hasta ahora nos ha ofrecido este tipo de revoluciones ha sido la pérdida total de las libertades ciudadanas: más horas de trabajo, «stajanovismo» en una u otra forma, o sea trabajo a destajo, «trabajo voluntario», campos de concentración, clínicas psiquiátricas para los disidentes, paredón en forma permanente, y miseria igual o peor a la existencia el día anterior al de la revolución violenta o el golpe de Estado.

En páginas anteriores dijimos que al final de este capítulo insertaríamos algunos párrafos de un extenso capítulo de mi libro *Cataluña, los trabajadores y el problema de las nacionalidades*, en los cuales decimos lo siguiente:

REFORMISMO, EVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN

«Habrán de objetarnos los partidarios de la revolución violenta, radical y “definitiva” que el tipo de revolución por el que nosotros propugnamos se han venido denominando reformismo: cambios paulatinos e incruentos, o simplemente evolución. Aclaremos esto.

«Ciertamente, en nuestra terminología, revolución y evolución se confunden. Se diría que con dos palabras distintas designamos una misma cosa, como si se tratara de dos sinónimos absolutos. Pero no es exactamente así. Lo que tradicionalmente hemos venido calificando de reformismo han sido los cambios políticos y sociales emanados especialmente de las decisiones parlamentarias y con escasa o ninguna trascendencia en la vida diaria, por tratarse no de conquistas logradas a pulso por el pueblo, sino de una especie de dádivas gubernamentales, las cuales, falto el pueblo de las infraestructuras e instrumentos de defensa apropiados, a la vez que de conciencia plena de sus derechos, no los ha sabido traducir en mejoras sociales verdaderas y perdurables. Tal es nuestro concepto del reformismo. La realidad, en algunos países, los escandinavos por ejemplo, ha sido otra muy distinta. Las leyes y reglamentaciones de superación y mejoramiento colectivos y de justicia social se han convertido en auténticas conquistas para el pueblo. En muchísimos casos fueron logros obtenidos en la lucha diaria y que, después, las leyes vinieron a legalizar y en cierto modo a consolidar. De ahí que en determinados países sea tan difícil trazar la línea divisoria entre los

revolucionario y lo reformista, diferenciar en forma categórica las conquistas populares y las reformas administrativas de legislación social».¹⁰

Admitimos que en nuestro léxico la palabra revolución parece significar lo mismo que evolución. Pero lo que esencialmente nos proponemos es restar valor revolucionario -auténticamente revolucionario- a los cambios bruscos y cruentos, con proporciones de catástrofe social y nacional, por la elemental y simplísima razón de que, en lo que va de siglo -pródigo éste en todo tipo de revoluciones-, todas, absolutamente todas las revoluciones violentas, grandes o pequeñas, han resultado calamitosas tanto en el orden moral y político como en el social y económico. Hágase un rápido y superficial recuento de los resultados -el que no queremos intentar aquí porque nos llevaría muchas páginas y nos apartaría del tema-, y se verá que las consecuencias han sido trágicamente negativas: dictaduras de todo género, terror y supresión de las libertades ciudadanas, desaparición del respeto a la dignidad humana. En el orden económico, abundante cosecha de desastres, explotación más inhumana, si cabe, del hombre que en régimen capitalista, tanto en Rusia, como en China, en Cuba y por doquier. Y no hablemos ya de algunas revoluciones meteóricas como la de Bolivia hace poco más de una década, o revoluciones sobre el papel en cuento a lo social como las de Egipto y las repetidas de Siria e Irak, y tantas otras.

Ante experiencia tan aleccionadora, nosotros propugnamos otro tipo de revolución, sin:

«(...) que de etapas históricas, lenta, si se quiere, pero mucho más segura, con paso firme y sin sacrificio de los valores humanos. El avance continuado, ininterrumpido, ensayando y consolidando constantemente. Sin improvisaciones catastróficas, sin saltos en el vacío, sin imposiciones brutales de un sector sobre otros, sin sustituir unas injusticias por otras, sin destruir ciegamente cuando funciona con provecho colectivo, sin volver a los tiempos de la diligencia. Nuestro tipo de revolución pretende aprovechar cuanto existe de bueno y cuanto es o puede ser útil a la colectividad. Mejorando constantemente. Ensayar, cambiar, crear ininterrumpidamente. Y siempre con el más elevado sentido de justicia y de equidad. Siempre teniendo presente el bien común, la constante superación del conjunto. Lo que hemos venido repitiendo: *hacer la revolución social un poco cada día*. Sin grandes trastornos, sin sangrientas convulsiones, sin saltos milagrosos, pero también sin retrocesos.

«Este tipo de evolución es perfectamente revolucionaria, porque no responde a concepciones fatalistas, sino voluntaristas... La evolución o revolución que propugnamos no es la que emana de las implacables leyes naturales, de mutaciones ciegas; ni tampoco el “determinismo económico” de los marxistas. No tiene nuestro tipo de revolución nada que ver ni con los fatalismos materialistas ni con los milagrosos utopistas. Responde a la decisión voluntaria del hombre con ansias de superación y de justicia, en especial de los explotados y oprimidos, a fin de mejorar su suerte con la del conjunto social. Responde al afán colectivo de avanzar siempre, progresar y humanizar. Hacer cada vez más efectiva la verdadera justicia entre los hombres. Nuestra evolución revolucionaria emana de la conciencia individual y colectiva de derechos y deberes ciudadanos, del imperativo del deber, de la firme voluntad de superación, del sentimiento de justicia y de la pasión creadora. Queremos la revolución para crear y no para destruir. Para establecer la verdadera justicia y no para satisfacer recónditos sentimientos de venganza. Para nivelarnos en el bienestar, la cultura y la dignidad. La revolución social por la comprensión y la colectiva conveniencia; jamás por el odio recíproco y la sustitución de unos privilegiados despóticos por otros, de una tiranía por otra. Toda revolución violenta, cualquiera que sea su signo y programa, conduce indefectiblemente a nuevas formas de despotismo y tiranía.

¹⁰ Fragmento primero del libro, *Cataluña, los trabajadores y el problema de las nacionalidades*, anteriormente citado. Editores Mexicanos Unidos, S. A. México, 1967.

«Hay que sustituir la mística revolucionaria de contenido vengativo y ansias de destrucción por otra mística bien distinta, infinitamente superior en humanismo y sentido común: la mística de la revolución social por imperativos de justicia, anhelos de superación y ansias de libertad; para edificar un mundo mejor mediante el trabajo humanizado, la abnegación idealista y el apoyo mutuo».¹¹

CAPÍTULO V

EL PASO DE LOS TIEMPOS

BAKUNIN, ROCKER Y MAX NETTLAU

¿Será necesario transcribir algunas de las expresiones que Rudolf Rocker insertara en el prefacio biográfico de su bien documentada obra *Max Nettlau*?

La pregunta se impone porque viene a recordar a los que no quieren oír que el *Herodoto de la Anarquía*, si bien no tomó parte activa en las luchas cotidianas de la clase obrera contra la burguesía y los poderes públicos, fue un militante del anarquismo intelectualmente activo - además de un apasionado y veraz historiador del movimiento obrero internacional-, que aportó a nuestro ideario aclaraciones tan profundamente certeras como las que en nombre de este esclarecido pensador nos legara el autor de *Artistas y rebeldes*, Rudolf Rocker, en relación con la «significación de las clases sociales en la evolución histórica de la humanidad, su repulsión al dogma sociológico sobre el desarrollo homogéneo de las instituciones sociales del orbe y su defensa de las minorías en el seno del socialismo».

Sabido es que R. Rocker, sociólogo e historiador probo y certero en ambas disciplinas, nos brinda en su *Max Nettlau* una bien cortada semblanza del pensador biografiado, y, a través de éste, la recia figura revolucionaria de Miguel Bakunin.

En el legado histórico del socialismo revolucionario existen principios generales que nos autorizan a manifestar lisa y llanamente que el Bakunin que nosotros conocemos (más particularmente dicho, el que yo conozco) no es precisamente el que rompiera con Marx y Engels en la Primera Internacional, sino el que escribiera:

«En la Internacional tienen cabida todas las escuelas del socialismo, el camino para rectificar desviaciones es la propia experiencia quien ha de señalarlo».¹²

El aserto, como puede verse, es tan categórico que sería absurdo exigir más claridad de pensamiento y expresión, pues viene a ratificar de plano que lo que separa a Bakunin y Marx en el seno de la Asociación Internacional de Trabajadores es la negativa de éste (Marx, para que no haya equívocos) «a reconocer el derecho de independencia para sí y para los obreros de las secciones federalistas», entre las que se contó España en primerísimo lugar.

¹¹ Segundo fragmento del libro, *Cataluña, los trabajadores y el problema de las nacionalidades*. Editores Mexicanos Unidos, S. A. México, 1967.

¹² Rudolf Rocker, *Max Nettlau*, pág. 1, Ed. española, «Grafos», México, 1950.

ANARQUISMO Y LIBERTAD

Naturalmente que en la precedente premisa, al señalar los derechos colectivos, los derechos individuales surgen por inercia, pero aún así se nos ocurre una pregunta: ¿a qué San Bakunin le dirigen sus letanías «ortodoxas» quienes expulsaron de la AIT o la SAC? ¿O es que existe algún precepto de principios generales en la filosofía anarquista que nos señale una sanción de confinamiento expiatorio para los «herejes» del anarcosindicalismo sueco en relación con el anarquismo español?

Lo que nosotros hemos aprendido es que el anarquismo entraña -por su forma de considerar las acciones humanas- la filosofía más ampliamente directa hacia la libertad, por cuyo motivo su valoración habrá de ser siempre la realización del individuo en un medio social de plena libertad, especialmente en lo concerniente a la acción político-social de la comunidad de que forme parte.

Siempre dispuestos a coadyuvar con nuestro pequeño grano de arena a la solución de los problemas cardinales del desarrollo social, hemos procurado coincidir con el precedente punto de vista por considerarlo coherente con la vida digna del hombre y el respeto mutuo del pensamiento colectivo e individual en un plano de absoluta igualdad.

Pero por lo visto, al cabo de nuestros ya largos años de acercamiento y contactos personales con el medio interno y externo del movimiento libertario español, hemos venido a tomar conocimiento de que estábamos en un error: la SAC no es una entidad político-social digna de pertenecer a la AIT, porque así lo decretó hace más de 30 años un grupo de sedicentes anarquistas «puros», que tienen hipotecada la acción comunitaria del movimiento libertario español. Y porque, además, en nosotros los españoles no ha prendido con la necesaria claridad la luz que irradiara el pensamiento siempre vivo y realista de Pi y Margall, introductor en España del federalismo proudhoniano, salvo, claro está, en las mentalidades de los «detentadores» de la pureza ideológica.

Si nos detuviéramos aquí, si no fuéramos más adelante, parecería que estamos en la senda de la desviación tratando de confundir aquí sindicalismo y anarquismo, lo que significaría un grave error de fondo, precisamente porque los consideramos inherentes uno del otro en la lucha estratégica del proletariado hacia la meta de su manumisión integral. El término *político-social*, tal como nosotros lo entendemos y creemos que debe entenderse, se refiere simplemente al postulado de independencia individual y comunitaria y no al vínculo de colaboracionismo en el estrecho marco de la acción parlamentaria de los partidos políticos tradicionales que sostienen la plataforma institucional de los regímenes de democracia burguesa.

Por el contrario, creemos que mientras exista el capitalismo, ya privado, ya de Estado, el anarquismo sin intervención en la vida sindical sería insustancial. Pero esta conclusión tampoco sería el camino recto del tránsito al socialismo si no agregáramos que en los sindicatos revolucionarios, de acuerdo con las prédicas de Bakunin, caben todos los trabajadores sin más requisito que el de ser auténticamente productores.

Sentado esto, bien pueden justipreciarse los lineamientos de la acción directa político-social del anarcosindicalismo que preconizamos y defendemos ante tontos y troyanos. Pero -entiéndase bien- libre de tutela extrañas maquinadas al margen de su propio cuerpo orgánico que, por lo que toca a España, no puede ser otro que la CNT, con este o con otro anagrama, que el nombre no empobrece ni enriquece el contenido ideológico del socialismo libertario.

LABOR EDUCATIVA

Nuestras aspiraciones, pues, nada tienen que ver con el socialismo marxista ni con el socialismo cuya capacidad «libertaria» se centra preferentemente en conquistar el poder coercitivo para ejercerlo primordialmente en beneficio de una élite.

Lo que nos inquieta es que en cualquier momento predomine, en la dirección de los medios anarcosindicalistas organizados, un tipo de anarquismo que no quiera ver en el sindicalismo más que un instrumento sin personalidad sometido a sus directrices impositivas y no un medio imprescindible para desplazar progresivamente el sistema capitalista. Progresivamente, porque el ritmo de evolución -o revolución- social depende del desarrollo cultural de las masas obreras, campesinas, tecnológicas e intelectuales.

La interdependencia científica y económica del mundo civilizado es un factor diametralmente opuesto a la pretensión de implantar el comunismo libertario en razón de la violencia y no del estado de conciencia revolucionaria de los pueblos; además de que intentar el establecimiento del socialismo libertario mediante la imposición equivaldría a la negación más absoluta de los principios ideológicos del anarquismo.

A partir de estos planteamientos tenemos una panorámica bastante clara para adoptar posiciones; la nuestra -huelga decirlo- queda fijada en el parámetro deducible de lo que hasta aquí procede, y que trataremos de ampliar en los capítulos subsiguientes.

Sin embargo, no nos ilusionamos pensando que los sindicatos obreros por sí solos, por muy influidos que estén por principios revolucionarios, lograrán abolir el sistema de especulación económica que actualmente rige las actividades del trabajo productivo, ya sea del músculo o del intelecto.

EL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO

Somos conscientes de que la humanidad toda necesita una radical evolución solidaria en su conciencia social. Y ésta sí es tarea inexcusablemente obligada del anarquismo militante, cuya labor no puede circunscribirse -antes al contrario- a orientar dogmáticamente a minorías sindicales, que, pese a todo, no creen en milagros.

Tiempos hubo en que el sindicalismo libertario gozó de un considerable auge masivo en muchos países, Francia en primer término, país que puede considerarse cuna del sindicalismo revolucionario.

Fue precisamente en esta época -últimas décadas del siglo pasado- cuando empezaron a irrumpir en el panorama ideológico español los primeros planteamientos doctrinales de Labriola, Pouget, A. Lorenzo, R. Mella, Llunes, Farga Pellicer, Fermín Salvochea, Tárrida de Mármol, Dr. Viñas, Fernando Garrido, Seviñon y muchos otros, que marcarían la línea de acción revolucionaria que debía seguir el movimiento obrero. Pero de entonces acá, el proletariado mundial organizado -tras una serie de quiméricos intentos revolucionarios- ha ido perdiendo su fe, diseminándose por distintos rumbos socio-políticos. Las consecuencias de ese tormento de sublevación espontánea están a la vista por doquier: el número de defecciones supera con creces al de las adhesiones. Los comportamientos estancos, algunos dedicados a la teorización, otros a la violencia irrestricta, no son otra cosa que agentes de protesta, cuya actitud emana fundamentalmente de las malas siembras ideológicas y del sectarismo de quienes se disputan desafortadamente la dirección de grupos y organizaciones, aunque éstos sean minúsculos.

¿Qué relación proporcional existe entre el crecimiento demográfico y la actual densidad del movimiento anarquista organizado? El balance de resultados no puede ser más desalentador. Los asistentes a los congresos anarquistas acuden, en la mayoría de los casos, con la supuesta representación de una federación que no va más allá de un reducido círculo de simpatizantes, donde, por regla general, «ni están todos los que son ni son todos los que están». Naturalmente que no todo es *snobismo*, pero, en fin de cuentas, tan absurdo es hacer responsable al capitalismo de todos los males de la humanidad como tratar de hacerle creer a la gente de aquí y de allá que la responsabilidad moral de liberar al individuo de la absorbente opresión del Estado y de la explotación burguesa es incumbencia exclusiva del anarquismo militante.

ALARDES ANARQUISTAS

No pretendemos ser exegetas del pensamiento anarquista, y tampoco nuestra indudable simpatía nos lleva a creer en la infalibilidad de quienes creen serlo por naturaleza. Se es anarquista, no por rebeldía temperamental (que, a veces, suele correr pareja con la irascibilidad que engendra el odio de clase), sino por convicción racional. Y es en este concepto donde ahora y siempre hemos estado situados. Sabemos, sin embargo -porque es de todos sabido-, que algunos de nuestros más selectos teóricos han opinado negativamente sobre las sociedades de construcción comunitaria o colectivista, tanto de fondo como de forma (en muchos aspectos tácticos circunstanciales); pero nos enorgullece y alienta que lo hayan hecho con la elevación moral que, en tales casos, concede obligatoriamente el respeto al oponente.

La conducta de éstos nos ha enseñado a discrepar de polemistas agresivos y desaforados, incapaces de admitir que pueda existir alguna tendencia objetivamente humanista fuera de la religiosidad dogmática del círculo regimentado en que ellos se mueven.

De habernos comprendido bien unos y otros -si hubiéramos entendido que «más allá del ideal, habrá siempre ideal»-, no estaríamos ahora padeciendo esa «epidemia de sarampión revolucionario intransigente», cuyo dogmatismo -parte de nuestra joven y magra cosecha generacional- se pone de manifiesto en los círculos cerrados con una A en el centro, que aparecen pintados en las paredes de algunas ciudades españolas, y que nos hace pensar en «los cotos cerrados» y en el viejo y popular proverbio: «dime de qué presumes y te diré de qué careces».

Por contraste, nos permitimos recomendar la lectura de *Influencias burguesas en el anarquismo*, de Luigi Fabbri. Quizá esta lectura pueda poner en orden el sentido de acción directa de nuestros jóvenes en la búsqueda de los cambios que conducen a la sociedad del bienestar.

RUTAS HISTÓRICAS

Cierto que otros sectores han contribuido a fomentar la disgregación solidaria de las clases productoras, tanto del intelecto como del músculo. Los católicos tuvieron o inventaron su Cristo; fundaron su Iglesia y la institucionalizaron; los masones hicieron de un albañil un gran Arquitecto del cielo y de la tierra; los comunistas, en oposición a las tendencias del socialismo libertario, desataron su dialéctica sagrada y elevaron al pedestal de la gloria inmarcesible a Marx y Engels (¡Oh divino culto a la personalidad!), que otorga a sus máximos jefes la infalibilidad de sus ideas con respecto del socialismo, por ellos denominado pomposamente científico y cuyo materialismo histórico quedó en usufructo (1917) de Lenin, Stalin, Kruschev, Brezhnev y los que tras ellos vengan a tomar posesión de los estrados autocráticos del Kremlin.

Los anarquistas, por el contrario, no hemos creado cristos ni fundado iglesias; pero hemos consentido la entronización en nuestros medios de algunos inescrupulosos santones, que, en nombre de cónclaves «ortodoxos» por ellos dirigidos, han hipotecado la integridad de los principios, las tácticas y las finalidades. Y cuando esto sucede, no hay lugar a dudas de que algo anda mal. Precisamente porque, además de hipotecar el ideal, que es lo mismo que apoderarse de todo, exigen mucho más de lo que dan.

Sin sacramentar los principios, poniendo al día las tácticas de lucha y de aglutinación masiva, y dando entrada libre a los descubrimientos de la técnica y la ciencia, podrían intervenir fuerzas sociales heterogéneas, imprescindibles en el movimiento internacional de liberación. Para ello bastaría reconocer que la revolución que preconiza el anarquismo no es un milagro que puede producirse de la noche a la mañana, ni puede ser obra de un solo sector de la población activa, de una restringida entidad, sino de todos los hombres de buena voluntad que, por distintos caminos, buscan la liberación y el bienestar de la humanidad. Alguien, con más autoridad que nosotros, ha escrito: «El anarquismo no es una solución manifiesta para todos los problemas humanos: no es la utopía de un orden social perfecto, como con tanta frecuencia se ha dicho, y no lo es porque, por principio, rechaza todos los esquemas de carácter absoluto... No es un sistema social delimitado y hermético, sino más bien un impulso definido en el desarrollo histórico de la humanidad...»

En la introducción de este libro señalamos que, al principio de nuestra última guerra civil, las Juventudes Libertarias de Cataluña, fracción radical o maximalista, estaba orientada por el compañero José Peirats, quien repetidamente ha ratificado su oposición de aquel entonces a la postura del compañero Orobón Fernández, cuando éste pedía con urgencia la entente solidaria CNT-UGT para salir al paso de la sublevación militar-fascista. Sin embargo, Peirats, que en los últimos años del exilio fuera expulsado de la CNT con otros compañeros de reconocida trayectoria libertaria, nos ha dejado escritas, en meritorias páginas, los acertados conceptos por él expuestos en una conferencia, dictada en París, en 1964, titulada *La práctica federalista como verdadera afirmación de principios*, en la que dijo:

«(...) Los revolucionarios a ultranza tienen que resolver de una vez para siempre si somos un movimiento revolucionario o una escuela filosófica.

«Digo esto bajo el impacto de tanta batahola por la defensa de los principios. Que defienda los principios yo que no soy revolucionario a la antigua usanza es lógico. Pero niego el derecho a ponerlos por los cuernos de la luna a los eternos partidarios del cabezazo en el muro, a los maniáticos de la coordinación y del dirigismo.

«Un verdadero clásico revolucionario prefiere siempre las tácticas a los principios. Bakunin, que lo era de muchos quilates, intervino con las armas en la mano en los movimientos e insurrecciones nacionalistas, con los paneslavistas y garibaldinos. Probó fortuna en la burguesa *Liga por la paz y libertad* antes de crear *La Alianza* e ingresar en la *Internacional*. Ingresó también en la masonería y nos envió como misionero a José Fanelli, que era un diputado del Parlamento italiano...

«Pero yo no estoy haciendo el panegírico de la apostata. Yo quiero que los principios fundamentales se respeten siempre, y que los que no son tan fundamentales se hagan compatibles con las tácticas. Porque una cosa son las tácticas y otra son los principios. Una cosa es el verbo y otra la acción. La acción hay que acomodarla casi siempre a los accidentes topográficos, como ocurre militarmente con las órdenes de operaciones.

«(...) Una organización no es una suma de elementos homogéneos. Se va a ella por principios a convencer y a ser convencidos, a transigir y a hacer que los demás transijan, en último extremo a perder y a ganar. El que va a una organización a ganar o a derribar la mesa ha

confundido la organización con un garito. Una organización, máxime si es libertaria, es una escuela donde se aprende convivencia y tolerancia. Ya saben que la convivencia y la tolerancia tienen un límite. Pero el límite no debe nunca invertir su posición en el tablero orgánico. Antes de llegar al rompimiento el societario debe demostrar a todo el mundo que ha apurado todos los resortes para llegar a un entendimiento por las buenas; ha de dar prueba de ductilidad; ha de demostrar que sabe defender sus opiniones hasta el extremo límite. Hacer lo contrario es poner la carreta delante de los bueyes.

«No hay organización posible sin un mínimo de espíritu de sacrificio y de tolerancia. Una organización en la que cada componente juegue al todo o nada podrá ser cualquier cosa pero nunca una organización».

Y a mayor abundamiento, veamos ahora lo que nos dice el compañero Víctor García en el editorial de *Ruta*, de Caracas, Venezuela, número 29, de octubre de 1976, acerca de dogmatismo y la intransigencia:

«Ciertos ortodoxos son tolerables y admitimos la posibilidad de que pueda haber pensamientos libertarios que reflejen variantes del pensamiento nuestro. Nos causa dolor dar con anarquistas de horma que demuestran una total incapacidad de considerar como posible un anarquismo que desborde dicha norma. De ahí se llega, paulatinamente, al sectarismo, al rito, a la ceremonia, a la excomunión, al anquilosamiento, y a la extinción (...)».

¿Sería esto -el mutuo respeto y normal convivencia entre tendencias del pensamiento libertario- un abandono de principios? Nosotros lo consideramos movimiento, renovación permanente, acción progresista y redentora. Lo más puro inmovilismo. Somos conscientes de que sólo una federación amplia de hombres y pueblos hermanados en la siembra de ideales manumisores puede ser la fuerza fundamental de recambio que nos lleve a la fraternal convivencia humana.

Sabemos que no decimos nada nuevo; consideramos que no hacemos sino sumarnos a nuestros pensadores más esclarecidos en cultura sociológica, que si bien no han tenido siempre los seguidores que sus prédicas merecían, ello se debe principalmente a la mezquindad de los personalismos surgidos en el seno de la Primera Internacional de Trabajadores y a las interpretaciones dogmáticas de presuntas vestales que han venido a embrollar hasta límites extremos la pureza del concepto doctrinal. Pese a lo cual, subsiste la posibilidad de que el hombre realice sus anhelos de justicia social sin menoscabo de su dignidad e independencia del criterio.

CAPÍTULO VI

JALONES HISTÓRICOS

PRINCIPIOS, TÁCTICAS Y FINALIDADES

Hemos aludido ya al método interpretativo de la filosofía anarcosindicalista denominado «principios, tácticas y finalidades». Dicho en puridad -y con profunda pena por cierto- parece que la eufonía de esta «trilogía dialéctica», pretenciosamente infalible, suena muy bien a los oídos de los idólatras de la trompetería heráldica.

Pero pese a nuestro gran empeño por aprender algo nuevo aún no hemos podido encontrar al sabio o hada misteriosa que nos diga de dónde y con qué sistema hermenéutico de la filosofía

ácrata fue descubierto y sacado a la luz y del humano entendimiento este catequizante y fundamental evangelio de tan pretendida ortodoxia anarquista.

Pero entre lo vivo y lo pintado, pensamos nosotros los escépticos, debe haber algo que no casa con los propósitos de unificación del proletariado español y menos aún con la universalidad, no ya ideológica sino de acción determinativa, que, al decir de los más preclaros teóricos del socialismo anárquico, constituyen los elementos imprescindibles para que el milagro de la revolución se realice, aunque no de golpe y porrazo, como ilusoriamente se viene propalando. Y éste sí es un punto que nos interesa sobremanera, porque a pesar de la piadosa ironía que nos produce el análisis de este tema, lo cierto es que no hemos perdido la fe en la bondad de los principios de justicia y libertad, siempre que vayan adecuados al ritmo del progreso socio-económico y cultural de la humanidad.

A efecto de comprobación, hagamos, pues, un breve recorrido por los predios orgánicos de la historia societaria moderna del proletariado universal, a fin de llegar a las conclusiones objetivas que tanto nos interesan.

Nuestro punto de partida se centra, naturalmente, en la Primera Internacional (1864-1876), que, si bien contó en la historia doce años de existencia nominal, su vida propiamente activa fue tan precaria en acciones revolucionarias de carácter constructivo, que ni siquiera le cupo la gloria de morir en flor, porque de hecho ya nació muerta.

Pero como las condiciones objetivas que motivaron el nacimiento de la Primera Internacional no habían desaparecido, sino que el desarrollo industrial de aquel entonces lo exigía cada vez con mayor apremio, se constituyó en París la Segunda Internacional (1889), teniendo como base orgánica una incipiente federación de partidos socialistas de diversos países, cuyo propósito inicial ya entrañaba toda la significación de una entente de solidaridad entre los diversos matices del socialismo.

Pero tampoco este ensayo societario llegó más allá que el primero en cuanto a realizaciones positivas. Las luchas intestinas de sus fundadores pronto salieron a relucir sobre el tapete de la mesa dirigente y, por fin, el comunitario propósito acabó dividiéndose (1919) en dos asociaciones una socialista política y otra revolucionaria, es decir, sindicalista. Esta última fue finalmente reconstituida en Amsterdam, por lo que se le conoce con el nombre de Internacional de Amsterdam, de la cual nos quedó, para recuerdo, el nombre, y para los eruditos, una preciosa fuente informativa.

PROYECCIÓN DE LA CNT

Como es sabido, después de la Semana Trágica de Barcelona, que terminó con la muerte de Francisco Ferrer Guardia, fundador de la Escuela Moderna, el anarquismo y las organizaciones gremiales afines fueron prácticamente arrasadas por la represión. Sin embargo, Solidaridad Obrera no tardó en rebrotar con más fuerza. El historiador Vicens Vives, tan riguroso como concienzudo en la investigación, escribe sobre este tema: «En efecto, la quiebra de la sociedad puso de manifiesto la posibilidad de llegar a la revolución social a través de la huelga general, dando pábulo a la teoría anarcosindicalista de la destrucción del mundo capitalista por este sistema. De esta experiencia salió robustecida la organización sindicalista creada en 1908, Solidaridad Obrera, que en 1910 (1 de noviembre) había de dar nacimiento a la Confederación Regional del Trabajo de Cataluña y en 1911 (10 de septiembre) a la Confederación Nacional del Trabajo (C. N. T.)».

Desde su fundación la CNT adquiere una relevancia y protagonismo excepcional en todos los planos del activismo revolucionario. Sin embargo, los poderes públicos no iban a ahorrar

medios para aniquilarla. En diversas ocasiones fue puesta fuera de la ley parcial o totalmente. Tras la huelga general revolucionaria de 1917 declarada por la UGT y secundada por la CNT en virtud de la alianza revolucionaria firmada por ambas centrales sindicales en Zaragoza el 20 de noviembre de 1916, y viviendo casi en la clandestinidad, en 1918, durante los meses de junio y julio, se celebra en Sans un Congreso para reorganizar la CNT. Allí se acordó estructurar los sindicatos de ramo como sindicatos únicos. Un año más tarde (1919) se celebra en Madrid el II Congreso Nacional en el Teatro de la Comedia, donde se presenta la ponencia sobre las Federaciones de Industria, desechada entonces por mayoría de votos y aprobada en el Congreso Extraordinario celebrado en Madrid en 1931. En el Congreso de 1919 se abordó el tema de la revolución rusa y se acordó en principio la adhesión de la CNT a la convocatoria del congreso fundacional de la III Internacional con la oposición de Eleuterio Quintanilla y algunos destacados militantes del anarcosindicalismo, que ya adivinaban el giro totalitario del bolchevismo. A tal efecto, se envió una delegación a Moscú. Algunos delegados cenetistas quedaron prendidos en el leninismo, pero otros, como Pestaña, informaron a su regreso de lo que allí ocurría, y en la Conferencia nacional celebrada por la CNT en Zaragoza (11 de junio de 1922) se acordó retirar la adhesión a la III Internacional e ingresar en la AIT.

Entre tanto, la Internacional Comunista, mejor conocida como la Internacional Roja, dirigida por el binomio Lenin-Trotsky, haciendo uso del principio maquiavélico «el fin justifica los medios», arrasa a sangre y fuego al Partido Socialista Democrático encabezado por Kerensky y, por el mismo procedimiento, extermina al movimiento anarquista en todo el país, especialmente en la región de Ucrania (ejército revolucionario macknovista).

Afianzada en el poder estatal la Revolución Bolchevique de Octubre (1917), el proletariado internacional pierde en aquel momento histórico uno de sus principales baluartes de lucha contra el capitalismo; y lo pierde porque la Revolución Rusa, convertida en capitalismo de Estado, ha pasado a ser un enemigo jurado contra todo principio o acción que se oponga al poder dictatorial de los nuevos amos del Kremlin. En consecuencia, el «socialismo» autoritario se establece a todo lo largo y a todo lo ancho del viejo imperio de los zares. La batalla la perdió el socialismo en libertad, tildado de utópica por Marx y Engels y por los detentadores de la dictadura del proletariado.

Mas, no obstante, la pérdida de tan importante bastión revolucionario, el socialismo libertario sigue en la brecha. En función de ello, redobra sus ataques de acción directa contra el capitalismo, y entre otros países de menor cuantía, figuran en la coalición revolucionaria, conjuntada en los comicios internacionales, Francia, Argentina, Italia, Suecia, España, etcétera.

Pero poco después el egocentrismo lideril surge intransigente y violento. Frente a un periódico o revista libertarios surgen otros en franca oposición filosófica y táctica más o menos convencional. Una frondosa grandilocuencia, que pasa de la prensa a los labios, hace que se escuchen en los medios obreros y en cualquier idioma las siguientes frases: *lucha de clases, condición social, métodos peculiares, condiciones objetivos, derecho de libre determinación, conceptos doctrinales, revolución inminente* y otras más, que cada grupo interpreta a su modo y cuya finalidad, si es que tienen alguna, no será más que dividir al proletariado, porque ni educan al trabajador ni hacen otra cosa que no sea mantener al país que las soporta en permanente y contradictoria agitación. Con ello se propicia la reacción burguesa de frenar el desarrollo industrial en determinados momentos, lo cual trae como consecuencia la penuria económica de la clase trabajadora, el desempleo y, finalmente, la declinación de las organizaciones obreras en la mayoría de los países.

CLASISMO SOCIAL ENTRE LOS TRABAJADORES

Más como se habla, se escribe y se hace propaganda mayormente para los trabajadores manuales, en los sindicatos se desconfía de la intelectualidad técnica y humanística y, naturalmente, ni químicos, ni médicos, ni ingenieros, ni técnicos especializados suelen afiliarse a las organizaciones anarquistas. Para implantar el comunismo libertario, le basta al anarcosindicalismo «ultra» o «maximalista» con los héroes del pico y la pala...

Frente a esta situación se gesta y proclama la huelga por la huelga misma, y tras de la huelga el motín sin trascendencia, cuyo resultado es siempre el mismo: cierre de sindicatos, persecución de militantes, ruina física y económica de las organizaciones, retraimiento del proletariado de base y cárceles abarrotadas de militantes obreros.

Las consecuencias de todo este desquiciamiento están a la vida. En el transcurso de muy pocos lustros el movimiento anarcosindicalista argentino pierde su potencialidad y desaparece el diario *La Protesta*, publicado más de 30 años ininterrumpidamente, y lo mismo sucede con su suplemento del mismo nombre. El desorbitado extremismo francés entrega la CGT libertaria al comunismo marxista, que alecciona a sus incondicionales creando la Universidad del Trabajo en París (la política rusa da para eso y mucho más). A principios de la década de los veinte, los sindicatos italianos se apoderan de fábricas y talleres en algunas regiones del país, pero como no cuentan en su organización con militantes con la capacidad técnico-industrial para poner en movimiento lo que acaban de conquistar por la violencia, entregan, días después, las fábricas y talleres a sus respectivos dueños, y los obreros se van a sus sindicatos a vanagloriarse de su hazaña y a comentar el fracaso. He aquí otro movimiento que inicia su decadencia.

EL FASCISMO SE LANZA AL DESQUITE

Entre tanto Mussolini se apodera de Italia; Argentina entra en un período de dictaduras militares que aún no ha terminado; Hitler expande sus dominios por el centro de Europa sin encontrar mayor resistencia, al mismo tiempo que persigue y extermina todos los movimientos socialistas: socialdemócratas, comunistas y anarquistas. Dondequiera que el nazismo implantó su yugo, sus hordas asesinaron millones y millones de judíos, sin distinción de sexo ni edad. Y cuando, al fin, se lanza a una guerra de conquista contra Inglaterra y Francia, el Führer ya está convertido en una síntesis del pueblo alemán. Toda la escala social de Alemania, salvo honrosas excepciones, ha tomado partido por el desquite de la guerra de 1914-18.

Al llegar aquí, nos parece obligado detenernos para adelantar parte de nuestras conclusiones, cediéndole la palabra a Max Nettlau, a propósito de una controversia amistosa tenida con Erich Mühsam, entonces partidario de la dictadura del proletariado como etapa transitoria:

«Su proletariado, querido amigo -dice Nettlau-, no es más que un producto de espuma, una abstracción, una palabra sin sentido concreto, como todos los conceptos colectivos. Lo que cuenta en materia de progreso y de evolución generalmente es el *hombre* y no la clase. Los obreros, en cuanto clase, han prestado a todas las tiranías los mismos servicios que cualquier otro grupo social (...). El modo de sentir reaccionario o la estúpida indiferencia de un obrero no cambia de valor porque sea un proletario. Quienquiera que acepte la providencia terrenal del Estado como cosa inevitable y se someta voluntariamente a ella es, a todas luces, un reaccionario, aunque no llegue a darse cuenta de ello. Su concepto de la dictadura del proletariado no es sino un engaño óptico, un fuego fatuo que titila sobre un pantano. No ha existido tiranía alguna que no haya intentado justificar sus usurpaciones con el nombre del pueblo».¹³

¹³ Rudolf Rocker, *Max Nettlau*, p. 208, Ed. «Grafos», México, 1950.

En cuanto a España, hablen por ella los pueblos sometidos a la tiranía y el saqueo de moros, alemanes, italianos, falangistas y carlistas, por una parte, y por otra, los familiares del millón de muertos en los frentes de guerra, en los paredones de fusilamiento, los quinientos mil españoles internados en los campos de concentración de Francia y los millares de hambrientos que emigraron para alquilar sus brazos en el extranjero, además de los cientos de miles que purgaron larguísimas penas hacinados en los horrendos presidios franquistas.

NATALICIO DE LA AIT

De este ligerísimo pero aleccionador examen de lo que va de siglo se desprende, sin lugar a dudas, que la AIT actual nació de parto prematuro cuando al anarcosindicalismo español ya no le quedaban asideros orgánicos de solidaridad en ninguna parte. El movimiento obrero anarquista internacional, otrora fuerte y combativo, se ha ido consumiendo en el fuego demagógico de muchos de sus dirigentes. Tal es el estado en que se encuentra en la actualidad.

Pero independientemente de las motivaciones personales y de fondo filosófico que decidieron la desaparición de las dos primeras internacionales, nadie que no sea romo de inteligencia se atreverá a negar racionalmente que, desde la Primera Internacional hasta el natalicio de la AIT anarcosindicalista, el torrente de agua milagrosa que habría de apagar la sed de justicia y libertad de la clase trabajadora fue pasando y repasando -cada vez con mayor turbiedad y menor fuerza- bajo los arcos de aquel puente (¡tan ilusoriamente construido una y mil veces por el socialismo libertario!) que habría de facilitarnos el tránsito a la revolución social.

IDEAS MUY GRANDES Y CABEZAS MUY PEQUEÑAS

Con el correr del tiempo, y sobre todo en los últimos cuarenta años, a falta de soluciones fiables y de ideas claras para el presente, el ultra-anarquismo se ha ido engalanando con una gualdrapa retórica, tejida con frases ampulosas y altisonantes.

Las enseñanzas de Proudhon, Bakunin, Reclus, Kropotkin, Mella, Malatesta, Gori, Fabbri, A. Lorenzo, Max Nettlau, R. Rocker, Faure y tantos otros resultaron «ideas demasiado grandes para cabezas demasiado pequeñas». De ahí que en la mayoría de los «ultras» sólo haya podido penetrar una frase, pletórica de ilusiones: «Anárquico es el pensamiento y hacia la ANARQUÍA va la historia». Quizá el aforismo de Bovio tenga algo de verdad, pero, si así fuera, el movimiento que, a través de los siglos, pretendiera convertirlo en realidad concreta, es casi seguro que no se llamaría anarquista aunque persiguiera las mismas metas de justicia y libertad, pues el sustantivo anarquía, además de mal elegido, está ya bastante desacreditado.

En la AIT -cuya colectiva vigencia sólo está presente hoy día en el membrete y los sellos de goma que emplean los organismos confederados del movimiento anarcosindicalista español- la CNT tuvo como coafiliada a la SAC, de Suecia, la que aportó un núcleo masivo de 22.000 afiliados, cantidad que ya comenzaba a decrecer cuando la CNT, en el exilio, conjuntamente con alguna o algunas federaciones de bolsillo que nadie sabe dónde están, la apellidó *reformista*, y decretó su expulsión de la AIT.

El hecho en sí fue un atropello, puesto que no entrañaba deslealtad alguna el que la SAC, sin abandonar su cuadro básico de principios libertarios, entendiera que, para ella, someterse a las exigencias de la CNT exiliada hubiera sido traicionar las decisiones de sus acuerdos orgánicos. Desde este punto de vista, queda perfectamente claro que, de acuerdo con las normas federalistas defendidas por la delegación española en la Primera Internacional, con relación a

los derechos de autodeterminación de las secciones federadas,¹⁴ la SAC no violaba los postulados de la AIT, sino que, por el contrario, continuaba siendo exactamente la misma organización que ingresó en la AIT, sólo que adoptando tácticas de lucha acordes con las circunstancias políticas, sociales y culturales de su país.

LA AIT, UN CADÁVER

Habían transcurrido ya más de veinte años de la diáspora, cuando, llevada a cabo la unidad confederal en el exilio, con motivo de la discusión de un informe del Secretariado de la AIT en una asamblea de la CNT de España en México, nos vimos en la necesidad de plantear la inoperancia del documento y la inutilidad del organismo expedidor, o sea el Secretariado español de la AIT.

Sabíamos que al hacerlo nos exponíamos al abucheo irracional por una parte de los asambleístas, pero entendíamos que había llegado el momento preciso de plantear el asunto, puesto que ya venía rodando por nuestros medios desde los comienzos de la guerra civil.

Ya eran muchos los compañeros de reconocida solvencia militante que frecuentemente habían calificado de estorbo costoso a la AIT, cuyos beneficios jamás recibía la CNT. Se afirmaba, y con razón, que por ningún motivo era conveniente estar sujetos a los extremismos de quienes nada tenían que perder porque a nadie representaban. No era, pues, conveniente continuar pensando en el respaldo de un organismo cuya inexistencia estaba ya más que comprobada.

Por consiguiente, la realidad nos imponía la obligación moral de hacer causa común con aquellos compañeros que cumplían el deber de desengañar de una vez por todas a los ingenuos o mal enterados que, una vez sí y otra también, creían que la AIT era valiosa harina de nuestro costal.

Mas como esto no era ni ha sido nunca así, nos atrevimos a poner de relieve nuestra situación política en México y en otros países, lo cual reclamaba imperiosamente la búsqueda de otros movimientos afines, que, sin oponerse a nuestros principios libertarios, estuvieran dispuestos a contraer compromisos aliancistas de apoyo moral y económico, siempre que los fines comunes fueran la justicia y la libertad.

Huelga decir que, después de demostrar hasta el aburrimiento que el informe del Secretariado no pasaba de una improvisación personal para dar cumplimiento a un trámite orgánico, todo quedó como estaba, y como sigue estando ahora. Por esta razón, mientras no se nos demuestre lo contrario, continuaremos manteniendo la opinión de que la AIT actual es un cadáver.

El anarquismo clásico, con sus instituciones anacrónicas, o simplemente simbólicas (cuando no imaginarias), suele traernos a la memoria la parábola de aquel viejo venerable, apergaminado y estoico, que llegó a quedar como único residente de una aldea abandonada.

La aldea había sido, algunos años antes, una activa y próspera comunidad, laboriosa colmena de trabajo y de progreso. Los aldeanos vivían principalmente de la explotación de los densos bosques que la circundaban. Pero la tala inmoderada, la idea de que eran poseedores de una riqueza inextinguible, hizo que no cuidaran del porvenir, que no repoblaran a tiempo sus bosques. Cuando se dieron cuenta de que los amenazaba el desastre, era ya tarde y empezaron a emigrar. Los años, la erosión y el abandono hicieron el resto. Los techos de las

¹⁴ Esta posición de autonomía de las secciones federadas fue reiteradamente defendida por Bakunin en el seno de la Primera Internacional. (N. del A.)

casas se desplomaron uno tras otro; las paredes se desmoronaron y la aldea quedó aislada primero, olvidada después, sin comunicación con el mundo. Sus pobladores se redujeron a una sola familia y, finalmente, a sólo un viejo venerable con el ayer glorioso y toda una vida de trabajo y bondad. Sobrevivía de cara al ayer, pensando en los grandiosos tiempos idos, recordándolos constantemente y soñando en que un día, por un milagro inexplicable, volverían a crecer los bosques frondosos, y con ellos la vida y la pujanza retornarían a la aldea.

Esa aldea pudo llamarse Suiza -en el diccionario histórico del anarquismo, Confederación del Jura-; el viejo venerable, Luigi Bertoni u otro nombre entre tantos viejos venerables y entre tantas aldeas olvidadas.

Sería una gran pena que al anarquismo le llegara a ocurrir algo parecido.

CAPÍTULO VII

SOCIALISMO Y UTOPIA

EL CAMBIO RADICAL

Todos los filósofos socialistas, de no importa qué tendencia o matiz socio-político, han sido unos grandes soñadores. Todos, sin excepción, cruzaron en sus naves filosóficas el proceloso mar de la utopía: Babeuf, Owen, Fourier, Marx, Kropotkin, Proudhon... La historia de la humanidad les sirvió de poco a la hora de programar el mundo nuevo, humanamente justo, con que soñaron, creyendo, sin duda, que éste estaba al alcance de la mano, a la vuelta de la esquina, como suele decirse. Todos incurrieron en el error -unos más que otros- de creer y hacer creer que la sociedad capitalista estaba en plena agonía y que la humanidad podría darse nuevas estructuras e instaurar el socialismo con sólo un viraje de 180 grados, transformando sus bases fundamentales en todos los órdenes: político, económico y social, realizando así un cambio radical en la manera de pensar, en los hábitos de la vida, en los conceptos éticos, en los vicios, prejuicios y egoísmos, etc., mediante el «milagro» de la revolución social. No tuvieron en cuenta, consciente o inconscientemente, que lo mismo en la historia antigua que en la moderna y la contemporánea, los cambios político-sociales han sido siempre lentos, producto de largos siglos de historia, de cruentas y largas épocas aceptaran, después de ofrecer obstinada resistencia, nuevas concepciones éticas y diferentes estructuras sociales en el proceso de la convivencia colectiva y en el consiguiente comportamiento individual. Siglos se necesitaron para superar la larga y trágica noche de la Edad Media -sin remontarnos más allá-, y pasar de la esclavitud al servilismo feudal, sin que el cambio significara gran cosa en el orden moral, social y económico. Siglos de interminables y sangrientas luchas han sido necesarios para desterrar definitivamente el feudalismo, establecer la sociedad liberal burguesa e institucionalizar las nuevas concepciones políticas de igualdad y derechos ciudadanos que, aún después de dos siglos de la gran Revolución Francesa, todavía no hemos conseguido asentar y hacer respetar, en la mayor parte del mundo, en forma real y definitiva.

Siglos tuvieron que pasar para inventar la rueda, la carreta después, hasta que impusiera sus reales la máquina de vapor y el automóvil; siglos y más siglos para llegar al huso y pasar de éste al telar... Incontables siglos han debido transcurrir para pasar de la navegación de remo a la de vela y después a la de motor. Y así en todo.

Entre los menos utópicos de los filósofos anarquistas se cuenta Miguel Bakunin, grande entre los grandes como pensador y revolucionario, pues sólo aceptaba la desaparición del Estado en forma gradual para dar paso al socialismo en plena libertad. No obstante, en los medios

anarquistas abundan aquellos que quieren ser «más papistas que el papa» o más revolucionarios que Bakunin, pretendiendo suprimir el Estado por decreto y de un solo tajo tras el alzamiento revolucionario.

VANCE TECNOLÓGICO

Se objetará que en el siglo pasado y el presente hemos alcanzado adelantos vertiginosos, una verdadera Revolución, la cual sí merece escribirse con mayúsculas en el marco de la técnica y de la ciencia. En el lapso de unas décadas se inventó el ferrocarril; con la aplicación de la electricidad apareció el teléfono, el cinematógrafo, la televisión y otros mil espectaculares inventos; hemos rebasado la velocidad del sonido en la navegación aérea, podemos atravesar el espacio exterior y llegar a la luna... Sin embargo, al mismo tiempo, en ninguna de las latitudes y civilizaciones conocidas, ni el hombre con individuos, ni las sociedades políticas han avanzado -ni con mucho- a la par de la ciencia y la técnica, respecto de sus estructuras político-sociales. Por el contrario, lo hacen a paso de tortuga, aferrándose a sus hábitos, sus prejuicios y sus egoísmos.

Y si de algo podemos estar seguros, es de que mientras no consigamos formar una nueva mentalidad o conciencia colectiva, más humana y justiciera en el sentido lato de la palabra, compartida por la inmensa mayoría de los pueblos, el progreso evolutivo hacia normas de convivencia social más elevadas continuará siendo lento y penoso.

Las revoluciones violentas, dirigidas y manipuladas por minorías, podrán cambiar, en forma más o menos radical, las apariencias, la denominación de cosas y hechos, y hasta el escenario; podrán inclusive cambiar el léxico convencional capitalista, tergiversar las verdades y falsear la historia; hacer creer a la gente que es blanco lo negro o viceversa, pero la realidad circundante demostrará que las normas de convivencia y socio-administrativas con toda su secuela de explotación cambiarán poco. Y no siempre en sentido de progreso.

Hay, sin embargo, una palabra que resume las características de la actual civilización: *tecnología*. Una tecnología que progresa a un ritmo tan acelerado que comunica su vértigo a los más impasibles, que justifica tanto las peores aprensiones como las más grandes esperanzas, pero que también permite prever la autodestrucción de la especie humana, así como el advenimiento de una civilización tan diferente de la nuestra como ésta lo es de la de la Edad del Bronce.

Pero veamos qué hay de cierto en nuestras afirmaciones acerca de los espejismos revolucionarios de los filósofos socialistas a que nos referimos al comenzar a formular este capítulo, en cuya opinión creemos no ser los únicos.

LA FUNCIÓN CREA EL ÓRGANO

«Para Marx, el Estado es siempre el instrumento de una clase social, que lo utiliza para imponer su dominio sobre las demás clases. Al apoderarse de él la clase obrera -esto es, la clase destinada a suprimir todas las clases- el Estado comienza a marchar hacia su extinción, aun cuando para ello deba primero, dialécticamente, extremar su propia condición de Estado en la dictadura revolucionaria.

«Para Bakunin, el Estado es siempre el instrumento de una clase dominante, pero tiene además -y aquí está la más profunda diferencia que lo separa de Marx- la intrínseca capacidad de engendrar clases dominantes, de manera que también puede decirse que las clases dominantes son un producto y un instrumento del Estado.

«Marx confía, con esa falta de sentido de la realidad que caracteriza siempre a los “realistas” como él, en que la clase obrera llegada al poder se autodisolverá como clase, disolviendo así el Estado. Bakunin, con el realismo propio de los “utopistas”, cree que la clase que llegará al poder no será ya la clase obrera y que el nuevo Estado revolucionario segregará de sí una nueva clase que tenderá, como todas las anteriores clases dominantes y más quizá que todas ellas, a perpetuarse en el poder, perpetuando así el Estado.

«Por eso, el Estado “popular” no es para él, ni mejor ni más tolerable que el Estado despótico: “el Estado, por más popular que llegue a ser en sus formas, ha de ser siempre una institución tiránica y opresora, y, por consiguiente, un manantial perpetuo de servidumbre y de miseria para el pueblo”, dice en protesta a *La Alianza*. La democracia representativa, como forma de organización estatal, no constituye ninguna garantía, y un Estado republicano, fundado en el sufragio universal, podrá ser tan despótico o más que un Estado monárquico, añade en *Federalismo, socialismo, antiteologismo*.

«Bakunin llega a afirmar en *Dios y el Estado* que el Estado es el mal. Constituye, en efecto, para él, la más absoluta negación de la humanidad, “el ara donde se sacrifican a la grandeza política, la verdadera libertad y el bienestar de los pueblos”. Pero, contra lo que han sugerido y defendido no pocos críticos marxistas o liberales, no se trata aquí de afirmaciones trascendentales o metafísicas. El Estado es el mal en cuanto encarna una tendencia, dominante durante muchos siglos, a organizar jerárquica y coactivamente la sociedad humana, pero es siempre un mal que se da en convertirla en contra-historia o historia de la anti-humanidad, no por eso tiene causas ajenas a la praxis humana y social. Por eso, Bakunin no propugna la abolición instantánea del Estado: en cuanto éste es una forma de naturaleza y de la historia no ha aparecido súbitamente ni súbitamente puede desaparecer. *Natura non facit saltus*. Más aún, el Estado es, para Bakunin, un mal necesario, en el mismo sentido en que ha sido históricamente necesaria la barbarie del hombre primitivo o el fantasear teológico del hombre medieval (...).

«(...) Desde luego, los revolucionarios a los que Bakunin alude dirán -lo han dicho siempre- que éstas son lucubraciones abstractas, especulaciones metafísicas sobre el deber del ideal, etc. Pero si tales imputaciones pudieron engañar a algunos en otros tiempos, ¿quién se atreverá a repetir las hoy, a sesenta años de la revolución bolchevique? La historia parece confirmar cada día el carácter profético de la crítica bakuniniana. Y tan acertadas resultaron sus previsiones que hoy una parte del pensamiento marxista, la más lúcida sin duda -aunque no tanto como para llevar hasta sus últimas consecuencias sus propios raciocinios-, se halla abocada precisamente a la tarea de criticar al capitalismo de Estado y a la nueva clase tecnoburocrática entronizada en los sedicentes países socialistas. Ya en la mencionada obra, de 1873, expresaba Bakunin su “profunda aversión a las teorías de Lasalle y de Marx que recomiendan a los trabajadores, si no como idea definitiva, al menos como objetivo inmediato, la creación de un Estado popular”. Dichos escritores equiparaban este Estado con “el proletariado elevado al *status* de clase gobernante”. Bakunin pregunta: ¿si el proletariado va a ser clase gobernante, a qué clase gobernará?»¹⁵

REVOLUCIONES DE AVANCE Y DE RETROCESO

Ninguna revolución verdadera -revolución que haya operado cambios estructurales profundos- ha tenido como resultado inmediato consecuencias directas auténticamente beneficiosas para el individuo, para la humana convivencia. A tal efecto, sería interesante hacer un minucioso resumen histórico, el cual no cabe aquí ni es tema de esta obra.

¹⁵ Angel J. Cappelletti, en *La revancha de Bakunin* publicado en *Historia Libertaria*, noviembre-diciembre de 1978, Madrid, España.

Algunas sí han constituido jalones de avance más o menos importante en el proceso evolutivo, tales como la revolución inglesa en el siglo XVII, más las dos que tuvieron lugar en la segunda mitad del siglo XVIII: la estadounidense con su independencia y la gran Revolución Francesa; pero otras, como la rusa, la china, y la cubana en este siglo, es muy posible que los historiadores futuros las consideren más bien procesos históricos de retroceso, mas sin tener en cuenta los miles de intentos revolucionarios fracasados, levantamientos, insurrecciones, motines, etc., que produjeron décadas de violencia represiva y represión. Además las mal llamadas revoluciones nacionales, o nacionalistas, simples cuartelazos, golpes de Estados para producir cambios de equipo en la dirección del Estado y nuevas clases dominantes, no hay para qué tenerlas en cuenta, pues históricamente consideradas no son más que juegos fatuos de negativas consecuencias en la mayoría de los casos.

En plena sociedad industrial, a lo largo del siglo pasado y principios del presente, se justificaba la ilusión en la utopía o el mito de la revolución violenta, cuando el proletariado vivía las más ignominiosas formas de explotación y opresión. Entonces cabía soñar en una gran revolución violenta de los explotados y oprimidos que cambiara radicalmente la vieja sociedad por otra mucho mejor, más justa y equilibrada; pero hoy día, cuando los trabajadores del mundo industrializado, han conocido el bienestar y la relativa abundancia, la Seguridad Social, e inclusive el disfrute enajenante de lo superfluo aunado al goce de una considerable libertad individual y colectiva, pensar en cambios sociales radicales llevados a cabo mediante la violencia puede considerarse una quimera. Pese a todo, frente a cualquier crisis cíclica del capitalismo, por aguda que ésta sea, la mayoría ciudadana no perderá el sentido común ni el instinto de conservación para arriesgar el relativo bienestar que ha conocido y disfruta, a pesar de las crisis económicas, ni tampoco la libertad y la seguridad, en el incierto juego de la ruleta de la revolución social violenta.

CAPÍTULO VIII

PAPELES VIEJOS (CON IDEAS VIGENTES)

UNA TRAYECTORIA Y UN PROGRAMA

Nuevos métodos

No hay trayectoria sin programa. O es un marchar incierto. Al proponernos una meta es menester trazarnos una ruta, con sus puentes para salvar abismos y sus curvas para alcanzar las cimas.

En nuestros medios está muy arraigado el concepto de que «programar es hipotecar el porvenir». Y se tiende a confiar en exceso en la improvisación y la intuición del pueblo. Cuando se sueña en crear un mundo nuevo, es ésta una confianza en extremo peligrosa.

Hay que desechar la idea y el temor de ahondar las diferencias al tratar de revisar y renovar tácticas y conceptos. Si queremos entendernos debemos hablar claro, expresar cada uno en alta voz lo que lleva dentro. Y así sabremos, a la vez, si es que llevamos algo. Constituye un fraude llenar el vacío con frase altisonante y rótulos ostentosos, y cultivar consignas y conceptos que tenemos por falsos en nuestro fuero interno. Si somos capaces de evolucionar paralelamente con los tiempos, debemos demostrarlo enfrentándonos con las corrientes dogmáticas y señalar claramente cuál debe ser, a nuestro entender, la nueva senda.

Modestamente, pero con valentía y firmeza, presididos siempre por la idea de que podemos ser nosotros los equivocados, dispuestos a rectificar cuantas veces sea menester.

Hay que hacer autocrítica, razonar y argumentar, si queremos hacernos comprender y entendernos. Nuestra organización no es una iglesia, ni nuestro credo un dogma, ni son mesías nuestros dirigentes. Nada hay sagrado ni infalible entre nosotros. Ni santones ni milagros, cotos cerrados o tabúes. La verdad absoluta implica fanatismo, intransigencia y dictadura.

Cambio de táctica y algo más

Nos enorgullece nuestro pasado, pero queremos corregir vicios y errores. Y vivir el presente. Veneramos a nuestros precursores, filósofos e idealistas, pero queremos ser sus dignos continuadores poniendo sus ideas a tono con los tiempos presentes, como ellos hicieron con las suyas. Desarrollo y perfección. Evolución constante. Aprender con la experiencia y el tiempo. Lo contrario es fosilizarse. Es matar la idea. Nada en la vida alcanza jamás el último grado de perfección. Todo aquel que se considera perfecto no pasa de ser un pobre diablo. Una etapa después de la «perfección» se halla la muerte.

Hay que cambiar tácticas y conceptos. Y algo más... Algo que siento en lo más hondo y me cuesta expresar. No encuentro la definición clara y propia al lenguaje nuestro. Digamos el espíritu. Debemos renunciar al «todo o nada» y conformarnos con adelantar algo cada día. Abandonar toda intención que signifique un fraude y una negación de nuestros postulados. Desechar sistemáticamente toda idea de oportunismo político y toda tendencia a la imposición y a la dictadura. Estar convencidos de que no somos ni más ni menos que humanos y que pueden haber otros que estén más cerca de la verdad que nosotros. Pensar que pueden existir otros ideales tan generosos como los nuestros. En esto estriba, a mi entender, el cambio de espíritu.

Del cambio de tácticas y conceptos hablaremos en otra ocasión con la amplitud debida. Necesitamos posiciones claras, sí; pero la claridad no estriba en repetir hasta la saciedad lugares comunes.

Colaboracionistas

Alguien, no sé quién ni me importa, acomodó a nuestro sector el común denominador de «colaboracionista». Y a fe que no me disgusta, sean cuales sean las intenciones del sujeto a quien se le ocurrió la idea.

El llamarnos colaboracionistas será para distinguirnos de otros que no quieren colaborar, que prefieren marchar solos, ser únicos, llegar primero, no compartir los éxitos, no tener que rendir cuentas a nadie... No tener compromisos para no tener que hacer concesiones. Una cosa única, una línea indiscutible y una dirección infalible. Por encima de voluntades e intereses, por encima de personas y de pueblos.

Nosotros somos colaboracionistas. Queremos colaborar, marchar juntos, con cuantos aspiran sinceramente, de una u otra forma, al perfeccionamiento de la humanidad, a una cada vez mayor conquista de libertad y de bienestar, con los que tienen como aspiración suprema la libertad y la justicia. Queremos marchar unidos por caminos rectos. Sin odios ni recelos. Sin segundas intenciones. Cada cual con su idiosincrasia y su estandarte. Sin que haya divorcio entre fines y medios. Ayudar y que nos ayuden. Contribuir siempre en la parte que nos corresponde, mayoritarios o minoritarios, y participar con justicia de las conquistas logradas. Siempre por el camino de la libertad y la comprensión.

Colaborar de buena ley con todos los hombres de buena fe, teniendo como fundamental premisa el principio de libertad y dignidad del individuo y el derecho del pueblo, de todos los pueblos, a un régimen de bienestar y de justicia social.

¡Somos colaboracionistas!

PROGRAMA POLÍTICO E IDEAL REVOLUCIONARIO

Nuestros problemas

Hablamos frecuentemente de la necesidad de rectificar y de renovarnos a la vez que seguimos cultivando frases hechas y lugares comunes, atreviéndonos rara vez a atacar conceptos y prejuicios anquilosados en nuestro cuerpo doctrinal, que difícilmente resistirán hoy una crítica seria. Y es que toda revisión requiere un continuado esfuerzo del intelecto además de resultar poco grato diferir del pensamiento común y negar lo que hasta hoy tuvimos por cierto.

Donde no hay controversia no existe pensamiento vivo, y cuantos decimos discrepar de una ortodoxia tenemos el deber de enumerar y concretar nuestras objeciones y discrepancias. Sin pedantería ni intransigencias, dispuestos siempre a rectificar cuando se nos demuestre que estamos equivocados, discutamos cordialmente como corresponde a hombres que se llaman idealistas y enemigos de todo sectarismo.

«Ofrecer no empobrece», reza un viejo adagio castellano; pero en el escenario político-social, cuando se ofrece aquello que no se está en condiciones de dar, o realizar, se hace demagogia. Importa poco el grado de fervor o buena fe que se tenga. Los hechos no se alteran por ello.

Es necesario que sepamos distinguir entre un programa político-social (objetivo inmediato) y un ideal filosófico. Ambas cosas son indispensables en la vida de las organizaciones y movimientos políticos; pero es preciso no confundirlos. Mientras el uno significa la trayectoria, el otro equivale al ideal maximalista. Uno es la senda y el otro el norte. No hay movimiento sin impulso ideal, pero la meta de una doctrina de redención social no puede ser de consecución inmediata. Tras el logro de una etapa, vienen otras de igual importancia.

Cuando ofrecemos para el mañana inmediato la sociedad ideal (absoluta libertad política y total igualdad económica), se me antoja que, consciente o inconscientemente, remedamos a los pastores de cualquier rebaño religioso. Estos ofrecen el cielo como consuelo y recompensa a las desdichas terrestres, aunque duden, o tengan la seguridad, de que el cielo no existe. El afán de jefatura no es menos condenable que la finalidad personal de lucro.

El comunismo libertario es un ideal irrealizable en nuestro siglo. Esto lo sabe todo cenetista medianamente culto, como cualquier otra persona versada en cuestiones sociales. No quererlo reconocer es absurdo y aleja de nosotros a muchos intelectuales y trabajadores que quieren algo tangible para mañana mismo. Resulta demagógico ofrecer el comunismo libertario como programa de inmediata realización. De ahí que el anarquismo, lo reconozcamos o no, haya sido desplazado de la dirección del proletariado en casi todas las partes, pese a la enorme influencia -hegemonía en algunos países- que tuvo a principios de siglo. Y esto sucede cuando los principales anarquistas (no sus teorías económicas y sus tácticas de lucha) son, más que reivindicados, adoptados por la casi totalidad de los idealistas renovadores y la mayoría de los militantes socialistas del campo marxista, de manera especial por aquellos que están de regreso del bolchevismo.

Es falsa la tesis de que si no se cree en la inmediata realización del comunismo libertario, nada nos separa de las corrientes socialistas de influencia marxista. La diferencia entre libertarios y marxistas subsiste, y si se han acortado las distancias en los últimos tiempos se debe más al acercamiento de los marxistas a las teorías anarquistas que a una corriente de sentido contrario. A este acercamiento han contribuido principalmente el fracaso del inhumano experimento ruso y las experiencias socialistas de tipo estatales realizadas en la Gran Bretaña, en Alemania y otros países.

Los marxistas se van convenciendo de que no es posible el triunfo de un socialismo enemigo de la libertad; que es absolutamente imposible redimir a la Humanidad esclavizando y humillando al hombre; que es equivocado y contraproducente la tendencia a esperarlo todo del Estado, reduciendo al individuo a simple tuerca en el complicado engranaje social; que en régimen socialista el Estado todopoderoso, no evoluciona en sentido liberalizador, con tendencia a desaparecer, como decían Marx y Lenin, y sí en sentido contrario, hacia el totalitarismo, hacia la supresión absoluta de los derechos del individuo, como afirmaron siempre los teóricos del anarquismo; que no existe ni puede existir la dictadura del proletariado, puesto que todas las dictaduras son ejercidas por un grupo, y en última consecuencia, por un solo hombre. Y constituyen fuente permanente de desigualdades, privilegios e injusticias.

Considero oportuno reproducir aquí algunos párrafos del artículo de Víctor Colomé (marxista) «El socialismo al servicio del hombre», publicado en Meridia:

«Ha de ser ciego quien no vea que el mundo marcha hacia el socialismo. Hemos de esforzarnos, empero... para que el socialismo sea en todas partes auténtico. Si ha de ser una etapa histórica superior a la capitalista, no sólo debe significarse por una mejor justicia social y una mejor capacidad de producción; debe destacarse también, y sobre todo, por constituir una garantía de engrandecimiento del hombre.

«Debemos luchar contra dos estafas: la estafa de la falsa libertad sin liberación económica, y la estafa del progreso económico sin auténtica libertad. La grandiosa misión histórica del socialismo es la de liberar al hombre económicamente y afirmarlo en toda su plenitud: con libertades efectivas, auténticos derechos y excelsos valores morales.

«De ninguna manera y bajo ningún pretexto el socialismo debe estar en contra del hombre. Siempre, y de manera fervorosa, como un deber sagrado, ha de estar al servicio del hombre».

Sobre el mismo tema afirmaba Pietro Nenni en *Mondo Operario* el 29 de julio último:

«Lo que caracteriza un régimen socialista no es solamente la socialización de los medios de producción; es también un sistema que otorgue todas las garantías democráticas a la libertad individual y colectiva, sin las cuales todo se corrompe en la opresión policíaca».

Es la misma tesis que sostiene Milovan Djilas frente a la dictadura que ejerce en Yugoslavia la burocracia del partido comunista bajo la férula de Tito, y que a pesar de las repetidas promesas de democratización continúa siendo una dictadura que en muy poco difiere de la ejercida por el Kremlin y los gobiernos peleles en las repúblicas populares.

Día a día, y cada vez de manera más acelerada, los social-demócratas y la idea del Estado totalitario e indiscutible. En su lugar reivindican los valores eternos de la libertad y los derechos humanos, a la vez que gana terreno la idea de la colaboración entre las diversas corrientes socialistas antitotalitarias.

De lo anterior se deduce, según mi criterio, que existen valores permanentes e indiscutibles del anarquismo, abonados por un historial revolucionario difícil de superar; pero a la vez es preciso

reconocer que los anarquistas no han evolucionado en lo que va del siglo al mismo ritmo que la Humanidad lo ha hecho, y a ello se debe su falta de grandes teóricos en la hora actual, viviendo en el orden intelectual del recuerdo de aquellos titanes del pensamiento que militaron en sus filas a fines del siglo pasado y principios del actual. De ahí también que los trabajadores hayan ido abandonando los sindicatos de orientación anarcosindicalista (únicas excepciones España y Suecia), y ello a pesar de valadero, hoy como ayer, de su pensamiento filosófico.

Lo esencial para la humanidad y para la Historia es que el principio de la libertad y dignidad del hombre se salve, sea con el nombre que sea. Pero en lo que atañe a la CNT de España es preciso que nos dispongamos a verificar decididamente las rectificaciones de tácticas y conceptos que las condiciones sociales vigentes exigen, a fin de que nuestro glorioso movimiento sindical pueda seguir cumpliendo cabalmente su cometido histórico en las sucesivas etapas que nuestro pueblo habrá de recorrer en su marcha hacia la libertad, el bienestar y la verdadera justicia.

FUNCIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO

A la hora del regreso

Intencionalmente escribo movimiento y no organización, pensando en una acción de conjunto, estrecha y de efectiva cooperación en alguna forma, atenta a la vez a los intereses proletarios y las necesidades nacionales, proyectándose hacia un futuro en régimen socialista y democrático. Digo obrero y no sindical, por considerar que la acción de la clase trabajadora organizada debe, responsable e inteligentemente, ejercerse en todas las manifestaciones de la vida nacional. De igual manera que pasó el tiempo de las organizaciones gremiales, estimo superada la etapa de los partidos políticos rectores y de los sindicatos obreros en competencia proselitista.

Un poderoso movimiento obrero sobre base sindical, cooperativa y municipalista, que dispute constantemente al Estado funciones y atribuciones, en resuelta y permanente oposición a las corrientes centralistas y totalitaristas. Movimiento que represente una firme garantía para la autonomía de las partes y el derecho inalienable del individuo; que comparta, mientras el régimen actual subsista, la función rectora en la dirección económica nacional, y que en todos los órdenes haga posible y a la vez estimule la libre iniciativa y el esfuerzo creador, individual y colectivo, al margen de tutelas estatales.

En el futuro de nuestro pueblo la actuación de la clase trabajadora debe descansar sólidamente sobre este poderoso triple soporte: un bien articulado y dinámico movimiento sindical, una poderosa federación nacional de cooperativas y una activa participación en la vida municipal. Desde hace tiempo nadie discute en los medios confederales la importancia del cooperativismo, pero nunca le hemos prestado mayor atención. Nos sucede otro tanto en cuanto a nuestra participación en la vida política municipal, pero es cada vez mayor el número de compañeros que la consideran indispensable. Me gustaría reproducir algunos de los párrafos de la entrevista «Una experiencia municipal», con cuya tesis y argumentos estoy completamente identificado, y del que subrayo lo siguiente:

«Dueños de los municipios las fuerzas más combativas, los elementos más inquietos y progresivos (los hombres de espíritu creador, los elementos más bregados y de mejor historial en las luchas sociales), la nación habría de marchar forzosamente por la senda del progreso y la justicia. La savia renovadora y la dinámica constructiva vendrían de abajo y empujarían desde todas partes. La libertad estaría cimentada en el pueblo, tendría la garantía del municipio y del hombre, y contra estas fuerzas y ese impulso de la base se estrellarían el mezquino

espíritu partidista y los intereses caciquiles locales y nacionales. Y también las tendencias centralistas y dictatoriales.

«El municipio es el área de acción donde debe completarse la labor de transformación social que los sindicatos lleven a cabo esencialmente en el campo económico; realizando la tarea de renovación, mientras el régimen capitalista perdure, donde los sindicatos no llegan, por su naturaleza o porque la legislación vigente se lo impida. Y mañana, en régimen socialista, tendrán también que completarse sindicatos y municipios para una mayor efectividad en la construcción de un mundo nuevo.

«Regidos los municipios por hombres que aspiran cada día a una mayor libertad y a una más justa distribución de la riqueza, serían la garantía más sólida de una organización federalista de los pueblos, que es el camino único para el establecimiento de la democracia verdadera».

Capacitación cultural y técnica

Una actuación así del movimiento obrero deberá tener dos soportes de primerísimo orden: la organización eficiente de la capacitación profesional de los trabajadores y su participación efectiva en la vida cultural e intelectual de la nación. Dada su enorme importancia, constituye éste un tema sobre el cual el marco de un artículo permite muy poco más que apuntar la idea. Su planteamiento en el terreno práctico, los procedimientos a seguir y la mecánica en la gestión, son cosas que caen en la órbita de los técnicos en la materia y dependen de las posibilidades y medios con que en cada momento se cuente para su realización. Me limito a señalar lo que estimo fundamental en cada una de esas dos actividades, de las que la clase obrera antaño no pudo ocuparse ni poco ni mucho, absorbida totalmente en su lucha cruenta por reivindicaciones inmediatas.

El movimiento obrero deberá conquistar inmediatamente, y no dejarlo para un mañana hipotético, el derecho a que todo hijo de vecino tenga opción y obligación de recibir una capacitación profesional lo más completa posible, de la misma manera que en los países civilizados es obligado cursar los primeros estudios. Mientras esa capacitación técnica no pueda proporcionarse a todo ciudadano antes de iniciarse en la vida laboral, deberá, por lo menos, procurarse que se les facilite, considerándose como parte de la jornada, las horas que en ello se inviertan, lo cual constituye no sólo un derecho, sino que es a la vez una necesidad apremiante para un rápido desarrollo técnico, industrial y agrícola de la nación, que posibilitaría, en el transcurso de breves años, el que España se situara a la altura de las demás naciones europeas en el orden de producción y nivel de vida, actualmente tan a la zaga.

En estrecha colaboración sindicatos y municipios deberán ir a la creación inmediata de tales centros de capacitación, que deberían ser administrados de manera autónoma por profesores y alumnos, como lo son las universidades de los países más avanzados.

Por una verdadera emancipación campesina

Más que una redistribución de la tierra y mejores salarios para el campesino, una verdadera revolución agraria estriba en una modernización de los sistemas de cultivo, mediante la capacitación y orientación profesional del campesinado, basada en las experiencias científicas más modernas y proporcionando al agricultor fáciles créditos que le permitan la adquisición de maquinaria moderna, abonos y semillas, y todos aquellos medios necesarios para la explotación científica del agro con el fin de obtener el máximo rendimiento.

Los campesinos han sido siempre y en todas partes el elemento más olvidado y hasta el más despreciado de la población, a pesar de haber descansado principalmente sobre ellos, durante milenios, el sostén de la humanidad.

Nuestros campesinos, como los de casi todos los países, viven cultural y profesionalmente atrasados, en el más absoluto abandono y olvido. Siguen cultivando sus tierras con procedimientos arcaicos, normas rutinarias y una gran penuria de recursos. La inmensa mayoría no ha tenido nunca en sus manos un libro ni una revista que les capacite y oriente en sus necesidades profesionales. Este es uno de los más graves problemas de España desde ha mucho.

Cuando tantos millones y millones de los presupuestos nacionales se emplean en cosas totalmente improductivas, y con frecuencia perjudiciales, no creo fuera muy difícil la creación de uno o varios centros nacionales de experimentación agropecuaria, con pequeñas escuelas-granjas comarcales para el mismo fin e instructores que periódicamente aleccionaran a los agricultores de todas las regiones, llegando hasta los pueblos más apartados.

En el orden intelectual

Olvidando los centros de reclutamiento de militante y de propaganda más o menos sectaria organizados en otros tiempos, casi siempre con pomposos nombres culturales, la clase trabajadora deberá entregarse a la organización inmediata de verdaderos centros de estudio y ateneos culturales, bibliotecas públicas y a la vez centros recreativos y deportivos donde capacitar física e intelectualmente a los trabajadores en general y especialmente a la juventud. Pero ello no sería suficiente si los hijos de los trabajadores que por sus inclinaciones e inteligencia lo merezcan, en lugar de ir a ocupar un puesto sindical o político a los dieciséis años, no tuvieran la posibilidad de cursar estudios superiores. Sólo así logrará la clase obrera más que ligarse, fundirse, con intelectuales y técnicos, trabajadores también, y capacitarse a fin de poder regir los destinos de la sociedad.

Sólo cuando los hijos de los trabajadores constituyan el núcleo principal del estudiantado, contará el movimiento obrero con el sólido y permanente respaldo del elemento más vivo, dinámico y generoso de la sociedad. Y así, las protestas estudiantiles encontrarían continuidad y plena conciencia al incorporarse esos estudiantes al mundo del trabajo.

Toda esta labor no podrá ser llevada a feliz término sin una unidad o coordinación eficiente del movimiento obrero. Será muy difícil una perfecta cooperación sin la unidad orgánica.

Por lo demás, los trabajadores no pueden discrepar en cuanto a sus objetivos inmediatos, que constituyen aspiraciones comunes: libertad individual y colectiva, una mejor distribución de la renta nacional, conquista de la igualdad de derechos sociales y políticos, etc. No pueden discrepar en sus afanes y sus luchas por una mayor equidad y un mundo mejor. Por consiguiente, pueden y deben coincidir y colaborar sinceramente en todos sus organismos de capacitación y de defensa. Y con la convivencia y la cultura se harán más tolerables y generosos. Para sus diferencias filosóficas, políticas y confesiones, están sus centros específicos, sus partidos políticos y sus iglesias.

SOCIALISMO EN LIBERTAD

Al despedirnos -esperamos que sólo circunstancialmente- de nuestros lectores y amigos, estimamos deber ineludible, en tanto que grupo redactor y animador de *Comunidad Ibérica*, expresar siquiera sea brevemente, cual ha sido el principal objeto que hemos perseguido a

través de los nueve años de existencia de esta publicación; propósito al que hemos procurado ser fieles.

No tratamos en ningún momento de formular una nueva ortodoxia, de dar vida a nuevas banderías encastilladas en cotos cerrados, tampoco de asentar los cimientos para una plataforma como base de un nuevo partido político; más bien todo lo contrario, por raro que, para algunos, pudiera parecer. Es notorio nuestro repudio a la multiplicación de grupos y partidos políticos. Hemos tendido a la simplificación del panorama político-social para la España del mañana, con el fin de que las soluciones viables y necesarias, inaplazables en aras del bien común, fueran más hacederas, más rápidas y efectivas. Por ello, nos hemos esforzado principalmente en tender puentes, pregonando siempre la necesidad imperiosa de la tolerancia, del mutuo respeto al pensamiento ajeno y la alteza de miras entre todos aquellos que podemos, y debiéramos, coincidir. A este respecto nuestras páginas estuvieron siempre abiertas, sin otras limitaciones que el respeto mutuo, a las más diversas y encontradas opiniones, buscando en el contraste de pareceres la clarificación de las ideas a la luz de los tiempos modernos de general revisionismo, así como de su forma operante.

Propiciamos como coincidencia esencial la dirección hacia un común anhelo de **Socialismo en libertad**. De ahí que si hubiéramos de definirnos lo haríamos como socialistas libertarios, lamentando mucho que el vocablo y la bandera del socialismo sean hoy manidos y explotados por grupos y corrientes políticas cuyo único fin consiste en instaurar la propia dictadura, engañando y traicionando las más nobles aspiraciones de los pueblos con las peores agravantes, en nombre de los más elevados principios de humanidad y de justicia.

Nuestra principal preocupación ha sido y es pensar de dónde habrá de partirse en España y cuáles serán las posibilidades de progreso y de justicia social para el conglomerado ibérico una vez superada la actual dictadura y restaurada la democracia, haciendo a un lado lirismos y demagogias, mitos milagristas y quimeras infantiles. Sabemos, estamos seguros, que las nuevas generaciones, la clase trabajadora y los distintos pueblos de Iberia habrán de reclamar tan pronto como puedan hacer oír su voz, anhelantes de superación y libertad, soluciones más o menos viables, efectivas, pragmáticas para todos los problemas, viejos y nuevos, de nuestro conjunto plurinacional. Problemas de una complejidad extraordinaria, y por consiguiente de no fácil solución. Los ortodoxos de verdad única, sea cual fuera su denominación y su piedra filosofal, reclamarán como siempre soluciones, las suyas, drásticas y rápidas, milagrosas; pero nosotros sabemos, aleccionados por la experiencia, que este es el camino de la imposición, la violencia, el terror y la dictadura, y no deseamos marchar por ese camino. Nuestro fin y nuestro principio es el **Hombre**. El hombre con toda su complejidad, pero a la vez con su libertad, su dignidad y su bienestar.

Hacemos nuestros los versos de Machado: *“caminante no hay camino, se hace camino al andar”*. Y queremos contribuir con nuestro esfuerzo, con nuestro grano de arena, a trazar y cimentar ese camino. Un camino por el que podamos marchar todos cuantos aspiramos a la emancipación total del hombre: a contribuir a que el hombre pueda ser él mismo, manifestarse y plasmarse en toda su grandeza y bienestar. Una ruta con rumbo hacia el *socialismo en libertad*, por la cual, según las particulares preferencias, podamos avanzar hacia objetivos comunes sin estorbarnos, atomizarnos y menos combatirnos mutuamente. Cada uno según sus tácticas y estrategias, pero todos hacia un mundo cada vez mejor, hacia una vida sin miedos, ni coacciones, *sin centralismos ni tiranías. Hacia un socialismo humanista*.

Y, para ello, estamos convencidos de que se habrá de avanzar por etapas sucesivas, porque los milagros no existen más que en las mentes afiebradas y los espíritus sectarios, en los sueños dogmáticos y en el intransigente fanatismo que pretende justificar el lema de «todos los medios son buenos» para imponer a los demás sus ideas y su sistema de vida. Siempre hemos pensado que los medios conducen a un fin; o lo que es lo mismo, a tales medios tales fines.

Pensamos en el orden económico-social, en la necesidad de cubrir etapas sucesivas -sin estancamiento, pero también sin precipitaciones conducentes a la frustración y el retroceso, cuando no a la dictadura o el caos- en marcha hacia el establecimiento progresivo del socialismo, pasando por una economía mixta cada día más socializada, en la que la clase trabajadora sea cada vez más determinante, tanto en orden a sus cumplimientos como en su estructuración con el fin de que perciba el verdadero pueblo una parte mayor de los beneficios o plus valía, la que ahora se lleva el capital sin contribuir en el esfuerzo. Y para que ello sea posible, será necesario, imperioso, que los trabajadores españoles cuenten con una poderosa fuerza sindical, sólida, sabiamente estructurada, que sea factor determinante en la vida nacional. También en esto será más necesaria que nunca, la unidad de todos aquellos que podamos marchar juntos, o en su defecto la tolerancia y el mutuo respeto. Es en el orden sindical, más que en cualquier otro aspecto, donde tendremos el deber de avanzar hombro con hombro cuantos aspiramos a realizar el socialismo en libertad, con el fin de hacer frente a los reaccionarios de todos los campos, a cuantos trabajan en aras de la propia dictadura, para establecer un determinado tipo de totalitarismo; y con ello dar paso a la nueva clase privilegiada, dueños del poder absoluto.

Una poderosa fuerza sindical que pueda determinar el establecimiento de los organismos locales, regionales y nacionales encargados (conjuntamente con los consumidores) de planear la economía, de organizar las infraestructuras y de poner en marcha una gran revolución que haga cada vez más equitativa la distribución de la renta; a la vez que llevar a feliz término una gran transformación en el agro. Y de sentar las bases de un nuevo ordenamiento económico-social, con autogestión de los propios trabajadores en múltiples empresas, especialmente pequeñas y medianas así como con derecho a participar en pie de igualdad en la administración y dirección de las grandes. Fomentar cooperativas, colectividades o comunidades, sindicalización de empresas, socialización... Administración de los propios recursos, de los ahorros y del capital acumulado por el mundo del trabajo, con sus propias instituciones bancarias y centros de orientación y estadística. Por algún tiempo habrá que contar todavía con el capital privado (la interdependencia de pueblos y naciones y nuestra especial ubicación geográfica lo exigirán); pero dentro de la evolución a que obliga la técnica actualmente ya el capital privado no puede elegir con la facilidad de antes, lugares e industrias que le proporcionen dividendos fabulosos, a base de una explotación infrahumana. Y cada día que pase se tendrá que conformar con menos.

En el orden político-administrativo aspiramos a un conglomerado ibérico estructurado en tal forma que cada pueblo del conjunto plurinacional pueda manifestarse íntegra, plenamente, sin imposiciones ni injerencias extrañas; desarrollarse y realizarse a su manera, según sus propias características, tradiciones y posibilidades. Aspiramos a un conjunto de pluralidad nacional, armónico, vigoroso y libre, dejando atrás para siempre todo tipo de resentimientos y centralismos, dictaduras y uniformismo. Que cada pueblo, cada nacionalidad, sea ella misma, por sí misma, participando libremente, en un conjunto federal hispano o ibérico, sin privilegios de ningún género para nadie; pero a la vez, sin discriminaciones, sin imposiciones, sin pretendidos derechos injustos y absolutistas. Todos en pie de igualdad, todos hermanados, comprensivos ante los imperativos históricos, económicos, culturales y geográficos; pero con el mutuo respeto a los derechos, intereses e integridad de las partes; rivalizando en el esfuerzo por un mañana mejor de cada comunidad y de comunidad de comunidades en su conjunto.

Aspiramos a una Europa unida, cada vez más progresista, más democrática, más socialista... Una Europa pacífica, generosa para con los pueblos en desarrollo, que sirva de freno a los impulsos imperialistas de las superpotencias que se reparten hoy la hegemonía política mundial; una Europa que sea una garantía permanente de paz estable y justiciera entre todos los pueblos del orbe. Deseamos una Europa en la que se desdibujen y olviden los nacionalismos estrechos -siempre agresivos- chauvinistas y fomentadores de guerras, en las

que cuenten cada vez menos los Estados y gobiernos, y sea cada día más determinante la voluntad de los pueblos.

Anhelamos la rápida formación de conjuntos plurinacionales, españoles, ibéricos y europeos en general, en los que el ciudadano libre, perfectamente libre y consciente de sus derechos y deberes, participe plenamente en todas las manifestaciones ciudadanas, en todos los propósitos colectivos, en todos los esfuerzos y también con todos los derechos y provechos; en los avances y anhelos del conjunto local, nacional, plurinacional y universal. Participación activa, dinámica, plena, consciente. Desde su lugar de trabajo, desde los estamentos básicos de la sociedad, desde todos los ángulos de la vida. Desde el taller y el municipio o la barriada, desde la colectividad local y la comarca, desde la provincia, departamento, región o nacionalidad, con el fin de determinar democráticamente el proceso histórico del conjunto.

Preferimos los procedimientos pacíficos (la violencia engendra mas violencias); pero esto no siempre depende de los de abajo, de los que sufren explotación y tiranía, sino de quienes explotan y tiranizan.

Sobre lo dicho podríamos escribir muchas páginas, y no haríamos más que abordar el tema. Creemos haber definido nuestra posición y propósitos. Repetimos: deseamos y aspiramos a una vía ancha, por la que podamos marchar en mancomunado esfuerzo, cuantos luchamos por el establecimiento lo antes posible de un **Socialismo en libertad**, del verdadero socialismo, para que en no lejano día sea espléndida realidad el bienestar y la paz, en libertad y dignidad, entre todos los humanos.

Editorial del núm. 50 de la revista *Comunidad Ibérica*, editada en México (enero-febrero 1971) del cual soy absolutamente responsable.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

ENTREVISTAS CON MARTÍN VILLA Y SOCIAS HUMBERT

MIS PRINCIPALES «DESAFUEROS»

Entre otros se cuentan el haber defendido abiertamente la alianza CNT-UGT, en 1934; el haber actuado en favor de la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas -que incluía a los monárquicos- en la década de 1950-60; el haber sido partidario de la colaboración gubernamental en 1936; haber militado en la fracción «reformista» a todo lo largo del exilio y el no haber aprobado la línea de actuación de la CNT tras la muerte de Franco.

Pero, al parecer, los más graves de mis «pecados» han sido mis entrevistas con Martín Villa y Socias Humbert, antes de morir Franco, siendo el primero gobernador de Barcelona y alcalde el segundo. Sin embargo, tengo para mí que el militante activo con espíritu revolucionario y capacidad combativa, no puede enclaustrarse en su torre de marfil y permanecer impasible a la marcha de los acontecimientos político-sociales -esperando quela breva se caiga de madura-, sino que tratará de aprovechar, siempre que le sea posible, cualquier coyuntura que se le presente, si con ello logra un mayor impulso progresivo, o trata de lograrlo.

Los cotos cerrados, al igual que las ideologías «perfectas» son, a la larga, asfixiantes y suicidas, tanto en el quehacer individual como en el colectivo, pues quien no es capaz de reajustar el propio pensamiento y actuar según los cambios y circunstancias, carece de voluntad e imaginación. Puede ser, en efecto, un buen activista, un excelente *beato* y, llegado el caso, hasta un buen mercenario o un profesional de la revolución, pero jamás un anarquista con ideas propias.

En un pésimo artículo -pésimo por lo mal escrito y peor documento- intitolado *Una opinión desde España*, publicado en el número de noviembre de 1977 en *Tierra y Libertad*, de México, se lanza una sarta de impropiedades contra la llamada fracción reformista. Reproducimos a continuación un párrafo de dicho artículo:

«(...) El segundo problema es que, en tanto las otras sindicales se hallan bajo el control de los partidos, quienes a su vez están por la “salvación” de la crisis y en pleno romance con la social-democracia alemana, la CNT está tratando de ser neutralizada con una escisión que lleve a la expulsión de los sectores anarquistas y quede bajo el control de la fracción reformista que impulsan algunos elementos que han tenido conversaciones con el Ministro del Interior, Martín Villa, famoso chagal franquista y ex gobernador civil de Barcelona por designación del Generalísimo».

Pasando por alto las elucubraciones de C. S. S. (que es así como firma el autor del artículo) en torno a quienes habrán o habrían de heredar el enorme patrimonio sindical verticalista -lo que constituye un sueño quimérico-, así como los propósitos que el autor atribuye a los «reformistas» tocante expulsar de la CNT a los anarquistas, seguro que no pasan de ser una mal intencionada alarma que no resistirá el más somero análisis positivo. Pero, puestos en el camino de las suposiciones, quizá no sea muy aventurada la hipótesis de quien abriga las malévolas intenciones de expulsar de la CNT a quienes no opinan como él sea precisamente C. S. S. y no los reformistas que él acusa de escisionistas aprovechados. Pero dejemos este enojoso asunto y pasemos a ocuparnos de las entrevistas sostenidas, por mí, con Martín Villa y Socias Humbert.

PRIMERA ENTREVISTA CON MARTÍN VILLA Y SOCIAS HUMBERT

A dicha entrevista, que nos fue solicitada por ellos, acudimos el compañero y amigo Juan Ferrer Vilamar y yo, accediendo a la misma con la exclusiva condición de que no tuviera lugar en ningún centro oficial. Se llevó a efecto en un pequeño restaurante de la Vía Layetana. La conversación versó en torno de la resistencia al franquismo y de la necesidad del cambio de instituciones políticas e instauración de estructuras democráticas. Quiero dejar constancia de que, en términos generales, los cuatro estuvimos de acuerdo en la necesidad de reinstaurar la democracia en España cuanto antes, sin entrar, por supuesto, en especificaciones de ninguna índole político-social. Discrepamos con respecto al previsible plazo de pervivencia del régimen franquista. Martín Villa, por otra parte, hizo hincapié en que un cambio brusco e inmediato no era viable y que para llevarlo a feliz término serían necesarios por lo menos tres o cuatro años (téngase en cuenta que Franco aún vivía, y que su muerte se produjo un año después). También sostuvo que el cambio sería forzado principalmente por ellos, desde dentro del aparato estatal, puesto que los cuadros más jóvenes, inteligentes y dinámicos del régimen estaban perfectamente convencidos de que la restauración de la democracia constituía un imperativo urgente e insoslayable. Socias Humbert fue menos explícito; pero, en términos generales, parecía estar de acuerdo con lo que Martín Villa manifestaba.

Al final de la comida, ya de pie, pregunté categóricamente al Gobernador si habría obstáculos oficiales insuperables para que un grupo de militantes de la CNT tuviéramos un coloquio en un local más o menos público para hablar de problemas y perspectivas de nuestra Organización,

tal como habían hecho unos meses antes significados representantes de los principales grupos políticos de la oposición en Cataluña. Su respuesta fue rápida y escueta: «Para tu conferencia de pasado mañana sobre el tema “Sindicalismo y libertad”, no habrá problema. El permiso está ya concedido. En cuanto al coloquio, yo no me doy por enterado. Si lo tuviéramos los catalanistas también pueden celebrarlo ustedes, siempre que lo hagan con la necesaria prudencia. De realizarlo me interesaría saber quiénes van a ser los asistentes al mismo, mas no tengo ningún interés en conocer el lugar donde habría de celebrarse». Así terminó la entrevista.

ENTREVISTA CON SOCIAS HUMBERT

Con Socias Humbert no era la primera vez que conversaba. Lo habíamos hecho ya en dos ocasiones. La primera, cuatro años antes, en su domicilio, estando él enfermo, y creo que fue en mi segundo viaje a España. También fue él quien solicitara ambas entrevistas, a las que asistí acompañado del amigo Jaime R. Magriñá. En la primera, la conversación fue larga, duró más de una hora. En el transcurso de la misma Socias Humbert, por entonces subdelegado provincial sindical por Barcelona, nos contó una buena parte de su vida. Había nacido en 1920, se había formado franquista y, en consecuencia, no había podido ser otra cosa que un afiliado más del Frente de Juventudes, en lo que a orden político se refiere. Pero remarcó insistentemente que, desde hacía algún tiempo, estaba convencido de que en la guerra civil la razón humana, política e histórica estaba en el bando republicano. Se manifestó perfectamente de acuerdo con la necesidad de un cambio político radical en España, para instaurar una democracia avanzada. En el terreno sindical, dijo sentir las mejores simpatías hacia la CNT.

Un par de años después, en la segunda entrevista, siendo ya Delegado Sindical Provincial de Barcelona, me pidió que tratara de influir en los compañeros para que participaran activa y abiertamente en las próximas elecciones sindicales, a lo que contesté muy brevemente diciéndole: «Mira, Socias, para tratar de influir en tal sentido, tendría primero que estar convencido de la conveniencia -y no lo estaba, ni mucho menos- porque aun cuando los cuadros de dirección sindical, especialmente de base, estuvieran en manos de la oposición, las cosas en nada sustancial cambiarían, puesto que se reservan la dirección desde arriba, con las riendas en las manos de una enorme burocracia falangista perfectamente disciplinada». Lo que, como es sabido, había quedado patentizado en elecciones sindicales anteriores. Además le dije que nosotros no estábamos de acuerdo con las concepciones (la de los falangistas, que se decían más o menos amigos) centralistas, elitistas y tecnócratas, adjetivos que él trató de refutar. Y por último, que por no vivir en España y no ser asalariado, yo me consideraba con el necesario conocimiento de la situación ni con fuerza moral para aconsejar a ningún militante cenetista la actitud que debía adoptar.

Todavía me vi otra vez con Martín Villa y Socias Humbert, pero en esta ocasión fue absolutamente casual. Me encontraba yo con un matrimonio amigo visitando las Murallas de Avila, cuando vimos que venía en sentido contrario un grupo de personas. Dada mi escasa visión ocular yo no hice caso, hasta que un hombre alto del otro grupo se aproximó a mí exclamando: «¿Qué haces aquí, Miró?». Era Socias Humbert. Después se acercó Martín Villa y nos saludamos. La conversación fue así de breve:

- Espero que me vengas a ver en Barcelona -dijo Socias.
- Pues sí, quizá vaya a verte -le contesté- pero no ciertamente a éste -añadí, señalando a Martín Villa, ya Ministro del Interior-, pues ha crecido demasiado.
- Lo que pasa es que tienes miedo de que te vean conmigo -replicó Martín Villa.

– Quizá tengas algo de razón en ello -le contesté-, pero es que tampoco hay nada que requiera la entrevista, y posiblemente a ninguno de los dos favorecería.

Eso fue todo y así nos despedimos. Tampoco he vuelto a ver a Socias Humbert, pues no volvió a surgir razón valedera que lo aconsejara.¹⁶

LOS CENTROS DE BARRIADA

Debo señalar también, en honor a la verdad, que ya en la primera entrevista, Socias Humbert nos manifestó su decisión de ayudar, desde su cargo sindical y en la medida que fuera posible, a los cenetistas, para cuyo fin estudiaba el proyecto, que tenía muy avanzado, de crear centros de estudio de orientación social y de recreo en distintas barriadas de Barcelona, siguiendo la tradición de nuestros ateneos, pero con más medios económicos y locales más adecuados a las exigencias modernas; y que para la dirección de dichos centros estaba dispuesto a nombrar a compañeros nuestros que la propia organización clandestina señalara, añadiendo que, en caso de no ser designados por nosotros, nombraría para los mismos a militantes cenetistas que tuvieran la capacidad necesaria para dirigirlos, promesa que cumplió meses después llevando a la práctica el proyecto en cuatro barriadas de Barcelona, donde los centros funcionaron con mucha autonomía; de suerte que, además de su función oficial -que en cierta medida servía de tapadera- se celebraban reuniones de grupos y sindicatos libertarios clandestinos. Destacados militantes cenetistas dictaron conferencias en dichos centros, pues, al igual que los comunistas, socialcristianos, etc., quienes utilizaban parroquias y sacristías para tales fines, nuestros compañeros se sirvieron frecuentemente de dichos lugares. Se crearon centros de esa naturaleza en el Prat, La Verneda y otros dos más que yo sepa en otras barriadas de Barcelona.

EL LOCAL DE PUERTAFERRISA¹⁷

Sería a fines de 1973 o principios de 1974 cuando nos reunimos un grupo de compañeros y dos o tres simpatizantes -que meses más tarde pasarían a engrosar las filas de la CNT clandestina-, para poner en práctica la idea de crear la Asociación de ex Alumnos de la Escuela del Trabajo que, en cierta forma, sería pantalla de un local de reunión, más o menos seguro, en el cual se ordenarían las actividades de resurgimiento de la CNT, en el marco de una obligada tónica conspirativa, dada la rigurosa clandestinidad con que debía manejarse toda oposición al régimen.

No podría asegurar que Socias Humbert tuviera conocimiento de ello, pero todo me inclina a la afirmación. Lo cierto es que él no puso el menor reparo y facilitó rápidamente el permiso para ocupar el local de Puerta Ferrisa, el que, desde el primer momento, se utilizaría diariamente para reuniones de todo género, encaminadas al resurgimiento del organismo confederal y a la orientación de obreros de distintas industrias que se encontraran en conflicto con la empresa. Allí se celebran seminarios de orientación ideológica, siempre para pequeños grupos, e inclusive, se mimeografiaban panfletos y manifiestos clandestinos. En ese lapso, y en ese mismo local, además del organismo de reorganización sindical estuvo domiciliada una Cooperativa Editorial Libertaria que, antes de poder entrar en funciones hubo de disolverse, ya que no pudo reunir los fondos indispensables para la realización de sus objetivos.

¹⁶ En noviembre de 1978 me entrevisté de nuevo con Socias Humbert (aún siendo alcalde de Barcelona), pero este capítulo estaba ya escrito cuando se produjo la nueva entrevista.

¹⁷ No recuerdo si es Puerta Ferrisa o Puerta Ferrisa. Confío en el buen sentido del lector.

Celebrada la asamblea, que marcó el abierto resurgimiento de la CNT en Cataluña (19 de febrero de 1976), el local de Puertaferri fue utilizado durante mucho tiempo -no sé si todavía es así- como sede de la Federación Local de Sindicatos de la CNT de Barcelona.

La referida Asociación de ex Alumnos de la Escuela del Trabajo nunca tuvo actividad ni existencia alguna, ni siquiera en apariencia, pues se limitó -según referencias- a la celebración de dos o tres asambleas escasamente concurridas, caracterizadas por manifestaciones discrepantes sobre objetivos a realizar, por una parte, y a causa de incompatibilidades personales, por otra. A estas alturas, no podríamos asegurar que la disolución (de hecho) de la referida Asociación fuera comunicada a Socias Humbert, pese a que él estaba en conocimiento de lo sucedido. Pero, al parecer, prefería oficialmente, se corría el riesgo de que, tanto la Asociación como el local, fueran a parar a manos adversarias, que no serían otras que las de los comunistas.

ACTIVIDADES LIBERTARIAS EN BARCELONA

Considero obligado referir aquí la actuación militante en la ciudad de Badalona, de compañeros que realizaban desde finales de la década del 60 una intensa labor de oposición al verticalismo y a la vez de adoctrinamiento de los trabajadores de aquella localidad, al extremo de conseguir la publicación de una revista, modesta en su aspecto, pero rica en planteamientos. La satisfacción producida en México por la referida publicación era considerable, pues a través de ella resaltaba la audacia y el buen sentido de aquellos compañeros que lograban camuflar así -dentro del marco legal del verticalismo- una publicación de tal naturaleza.

Conservo vivo el recuerdo de mi asistencia a una reunión ilegal celebrada en el local de los sindicatos de Badalona, a la que fue acompañado del amigo Jaime R. Magriñá. A dicha reunión concurrieron medio centenar de trabajadores, entre los cuales se destacaban cinco o seis viejos militantes de la Confederación Nacional del Trabajo. Los momentos eran poco apropiados para reuniones clandestinas, tanto para la numerosa asistencia como por los debates a que dieron lugar, constituyendo un riesgo evidente. Riesgo que, conscientemente valorado por los asistentes, no impidió que la crítica a los estamentos sindicales vigentes fuera durísima.

Aquel mismo día habíamos asistido antes a otra reunión más reducida, a la que acudió un destacado funcionario sindical (¿Sr. Carrasco?) quien manifestó la mejor disposición de ayuda y colaboración. Conocedor de las intimidaciones e intenciones del régimen, aconsejó mucha cautela, a fin de no malograr las posibilidades de un resurgir más o menos inmediato de la CNT.

Al poner fin a la exposición de este manojito de recuerdos, vale la pena considerar en qué medida merecen ser citados los centros de barriada mencionados donde actuaban grupos libertarios cobijados bajo la complicidad de los compañeros encargados de su regencia y que, a su vez, eran centros de atracción de simpatizantes que ambientaban el resurgir confederal: Badalona, La Verneda, Bajo Llobregat, Espectáculos Públicos, entre los más destacados.

Probablemente la imagen y el potencial de la CNT serían hoy muy otros de haber prevalecido el ánimo, la decisión y el sentir constructivo y responsable de los compañeros que en aquellos quehaceres intervinieron.

CAPÍTULO II

OTRAS ACTIVIDADES CLANDESTINAS

EN LOS MEDIOS CENETISTAS

En 1958, cuando aún se consideraba en el exilio una especie de deserción visitar a España, solicité visado a la representación del Estado Español en México, el cual me fue denegado, pero concedido tres años después. A partir de entonces hice frecuentes viajes a la Península, aproximadamente uno por año. En cada uno de estos viajes celebré reuniones en Madrid, Valencia y Barcelona con los grupos de compañeros que se mantenían activos, dentro de sus escasas posibilidades de actuación. En uno de esos viajes visité la zona Cantábrica donde solamente conseguí reunirme con reducidísimos grupos de compañeros de Bilbao y Gijón. Al regreso de cada viaje solía hacer escala en París, y en alguna ocasión en Toulouse, para informar a los compañeros afines radicados en esas localidades de la situación que reinaba en España y en particular de las actividades de los pequeños círculos cenetistas que se mantenían relativamente activos. En este aspecto, debo señalar que mis estancias más prolongadas y con mayor actividades fueron en Cataluña donde tuve ocasión de celebrar múltiples entrevistas con destacadas personalidades del antifranquismo. Con algunas de ellas sólo ocasionalmente, y con otras en forma más continuada; contactos que consideraba útiles mantener para conocimiento de la situación, contribuyendo en lo posible a coordinar el esfuerzo conjunto de la lucha contra el régimen franquista.

Al redactar estas líneas sentí la tentación de citar nombres en homenaje a sus conductas, pero desistí de tal propósito por el temor de omitir alguno y molestar a los no señalados, aunque con ello no se añadiría ningún elemento de valor al propósito de este libro.

Empero, repito, me entrevisté en Cataluña con casi todas las principales figuras de entonces de los distintos partidos políticos de oposición al franquismo, a excepción de los comunistas. Algunos de ellos desempeñan ahora cargos relevantes en la nueva administración. Confieso que nunca pude conseguir que tales contactos se mantuvieran de manera regular, pero sí que los compañeros en activo aceptaran, y aplaudieran inclusive, tales gestiones. Sólo logré - siempre con gran satisfacción de mi parte- que, en determinadas entrevistas, me acompañaran algunos militantes destacados.

Utilizando distintos medios, introducía libros y publicaciones rigurosamente prohibidos en España, a la par que multiplicaba mi correspondencia México-España con el propósito de reanudar relaciones y procurar contactos -no solamente en Barcelona sino allí donde me era posible-, a fin de cohesionar actividades y estrechar relaciones entre grupos afines en toda el área nacional, especialmente entre los compañeros de Madrid, Valencia y Barcelona, donde mantenían activos algunos grupos de militantes mientras que en la mayoría del resto de capitales y poblaciones importantes, incluyendo Zaragoza, no quedaba nada, o casi nada, en actividad digna de mención, pese a nuestro glorioso pasado.

Sin embargo, considero digno de especial mención el esfuerzo realizado en los últimos años del franquismo, por los «grupos de Solidaridad». Su principal labor consistió en la edición y difusión de folletos a la vez que estudios y ensayos relacionados con problemas de actualidad y sobre temas socioeconómicos. Estos grupos tuvieron su origen, creo saber, en Barcelona, y se fueron extendiendo por las distintas regiones de España en una encomiable labor de captación y formación de nuevos militantes. Su principal animador era el viejo compañero y destacado militante Félix Carrasquer.

En esta actividad también se destacaba el grupo del Sindicato de Espectáculos Públicos, el cual funcionaba, secretamente por supuesto, más como sindicato que como grupo. Y otro grupo integrado por militantes, de edad avanzada en su mayoría, se reunía en una especie de tertulia dos veces por semana, en la cual se debatían los problemas socioeconómicos y políticos, casi siempre de la actualidad española, dedicando también muchas horas al recuerdo. Por esa «tertulia» solían desfilar cuantos compañeros del exterior visitaban a España. Se reunían en una sociedad recreativa situada en el tercer piso de un local cercano a la Ronda de San Pedro. Han transcurrido los años y todavía subsiste dicha «tertulia» en el *Centre Lleidarà* de la Plaza de la Universidad.

En los últimos años del franquismo había surgido un activo grupo en el que predominaban los compañeros de menos de cuarenta años, el cual destacaba sus actividades en los medios obreros metalúrgicos, con un acelerado proceso definitorio en el orden ideológico y allegándose nuevos elementos.

Igualmente asistí, en mis tres últimos viajes, a las reuniones de un grupo de jóvenes -aproximadamente unos quince-, con considerable representatividad femenina, que desarrollaban principalmente sus actividades en asociaciones de vecinos, pero sin el menor contacto con los otros grupos de compañeros.

Existían, además, grupos de menor cuantía y muy escasa actividad diseminados por diversos rumbos de Barcelona, y alguna que otra localidad vecina, los cuales sería prolijo enumerar.

EL COMITÉ REGIONAL DE CATALUÑA

En 1972-73 era secretario del Comité Regional de Cataluña el compañero Juan Ferrer Vilamala. En 1974 le sucedió en el cargo el compañero Ramón Calopa, quien durante dos años desempeñó conjuntamente con las tareas inherentes a su puesto, otras actividades.

Al finalizar sus funciones, y debido principalmente a las gestiones personales del compañero Calopa, este comité logró ser reemplazado por un nuevo Comité Regional que integraron tres jóvenes compañeros, algunos de ellos -según se me dijo- de muy reciente incorporación a la CNT. Se criticó mucho a Calopa por no haber recabado previamente la aprobación colectiva, lo que no hizo, seguramente por las divergencias existentes entre los distintos grupos y su escasa actividad militante.

Desde principios de la década -quizá desde antes-, existía en Cataluña otro Comité Regional más inoperante todavía que el de Ferrer o el de Calopa y cuyo secretario era el compañero Salvador, ya muerto. El comité de Salvador se mantenía fiel a las directrices del compañero Cipriano Damiano quien, pese a estar preso, seguía proclamándose secretario nacional frente al Comité Nacional radicado en Madrid y del que era secretario el compañero Lorenzo Iñigo. En mis primeros viajes me entrevisté dos veces con el compañero Salvador, con la idea de llegar a un entendimiento y fusión de los dos sectores y respectivos comités, en lo cual él estuvo de acuerdo. Esta fusión fue consumada más tarde gracias a la tenacidad del compañero Calopa. En verdad, tal fusión no tuvo mayores consecuencias. No podía tenerlas, pues lo cierto es que los seguidores de Damiano en Cataluña no llegaban a una docena.

Existía, por otra parte, un pretendido Comité Nacional, ubicado en Tarrasa, que respondía a la corriente «ultra» del anarquismo, fiel a las orientaciones que recibía de Francia por el sector de Federica Montseny. Tal comité lo constituían tres compañeros -según me informaron- y posiblemente era el único grupo de la citada corriente que subsistía en España.

ENTREVISTA EN MADRID

Sería en 1973 o 74 cuando nos reunimos en Madrid, en casa de Angel María de Lera, una docena de compañeros, y ahí, entre otras cosas, se estudió la posibilidad de ensayar la edición de una revista de contenido predominantemente literario, aunque matizado por nuestra ideología, con el fin de empezar a dar fe de vida colectiva. El contenido de la revista debería caracterizarse por un común denominador de libertad y humanitarismo y, aunque controlada por libertarios, sus colaboradores gozarían de plena libertad en su expresión. Se barajaron nombres de posibles y probables colaboradores de renombre en el campo de las letras, aunque al final de la reunión se consideró prematura la iniciativa por carecer de medios económicos suficientes para llevar la idea a la práctica a corto plazo. Se dejó, pues, para volver sobre el tema en próxima ocasión, pero nunca, que yo sepa, se volvió a hablar del asunto. Uno más entre los mil proyectos ilusorios de la clandestinidad que murieron antes de nacer.

También en Madrid, por ese entonces, fui introducido por el compañero Gómez Casas en un grupo, compuesto en su mayoría por socialcristianos. Lo integraban Ceferino Maestú, J. Luis Rubio, J. Gómez del Castillo, J. de Diego, María Luisa Barceló y algún otro cuyo nombre no recuerdo. Ese grupo fue el que dio vida, un par de años más tarde, a la revista *Sindicalismo* y la guió en su primera etapa. Durante la segunda etapa de la misma el grupo inicial -que se había ido desintegrando-, creo que principalmente por razones personales, fue reorganizado con compañeros de Valencia, Barcelona y Madrid, principalmente.

REUNIÓN CON DELEGADOS METALÚRGICOS DE LA CNS

En las postrimerías de 1975 se celebró en Madrid un Pleno Nacional de los sindicatos metalúrgicos de la CNS (sindicatos oficiales). El día que se iniciaron las sesiones de dicho Pleno, una hora antes, en el mismo local, doce de las delegaciones provinciales se reunieron aparte con la asistencia de dos viejos militantes de la CNT, amigos míos, quienes me invitaron a asistir a dicha entrevista. Otras veinte delegaciones, según supimos, se reunieron con una nutrida delegación comunista, en representación de las Comisiones Obreras. Por entonces flotaba ya en el ambiente la próxima desintegración de la sindical vertical, lo que apuntaron algunos de aquellos delegados como hecho inevitable a corto plazo. Con gran regocijo por parte de ellos les hicimos entrega de algunos impresos y folletos, y en especial de un buen número de ejemplares de la revista *Sindicalismo*. A trueque de lo mismo nos facilitaron sus respectivas direcciones a fin de mantener en adelante estrecho contacto directo. Bueno será que hagamos constar que no se trataba de funcionarios pagados por el artilugio verticalista, sino de representantes obreros que, en su mayoría, trabajaban en sus respectivos talleres. Algunos -dos o tres- sí eran, en efecto, funcionarios a la vez que representantes sindicales, pero no fueron éstos precisamente los que menos interés y entusiasmo manifestaron en esa reunión, declarándose todos ellos dispuestos a integrarse a la CNT en el momento oportuno.

Nos consta que varios de aquellos integrantes de las doce delegaciones -que habían estado reunidos allí con nosotros-, acudieron al primer llamado de la CNT en su resurgir, pero, lamentablemente, fueron rechazados por su calidad de ex falangistas o verticalistas. La mayor parte de sus seguidores se disgustaron, considerando que si sus más significados representantes eran rechazados, ellos correrían igual suerte.

Así, pues, empezaba la «caza de brujas», de la que todavía la CNT no se ha curado del todo. Este repudio a cuantos provenían del verticalismo se produjo por doquier. Los resultados están a la vista.

COMISIÓN DE RELACIONES PARA LA REORGANIZACIÓN CONFEDERAL

Fue en el otoño de 1974, sin que pueda precisar la fecha, cuando nos reunimos durante tres sesiones seguidas, en una localidad cercana a Barcelona, unos doce antiguos militantes de la CNT en representación de los más importantes grupos existentes en esa localidad, más un destacado compañero de Valencia y otro de Aragón. Durante esas sesiones se hizo un análisis bastante exhaustivo de la situación general del país, en especial en su aspecto socio-político, y también de la CNT en particular. Prevalció en ese coloquio un denso pesimismo en cuanto a la tan repetida y anhelada proximidad del fin del régimen franquista; situación que la mayoría de los participantes no veíamos debilitada, a pesar de la cada día mayor politización del pueblo español y de la manifiesta intensificación de las actividades opositoras. Argüíamos, como una especie de justificación, que nuestro declive, era consecuencia directa de la terrible represión de que nuestros cuadros militantes, más que los de los demás sectores opositoros, habían sido víctimas. Pero, a la vez, ello no justificaba la falta de actividad, la ausencia de nuestra presencia activa en la afirmación diaria de oposición al régimen. Actividad que estaba muy distante, cuantitativamente al menos, de la que tuvo nuestra organización especialmente en la década de los cuarenta.

No sirvieron para consolarnos los recuerdos de nuestro esfuerzo heroico, antes, durante y después de la Guerra Civil, ni el de nuestro extenso martirologio, incuestionablemente mayor que el de cualquier otro movimiento político en España. Estábamos convencidos en nuestro fuero interno, de que en cuanto a organización habíamos llegado a una situación sumamente precaria, con peligro de desaparición total del panorama político español si no éramos capaces de una vigorosa y oportuna reacción.

Se decidió ahí constituir inmediatamente una comisión de relaciones, coordinación y reorganización, compuesta por un representante de cada uno de los grupos existentes en Barcelona de alguna significación, y proceder rápidamente a una intensificación de la propaganda mediante estudios objetivos de la situación nacional y ensayos de reorganización sindical, los cuales tendrían que servirnos de punto de arranque tras la caída o muerte de Franco. Proyectamos a la vez la distribución de manifiestos y folletos para la difusión de las ideas y para dar a conocer, mediante estudios fehacientes, la situación del país a la mayoría de nuestros militantes, estuvieran activos o inactivos. De tales estudios, si mal no recuerdo, se imprimieron solamente tres. La Comisión de Relaciones quedó constituida, de hecho, allí mismo, la cual funcionó hasta el 29 de febrero de 1976, día en que se celebró en una barriada de Sans, Barcelona, la asamblea general cenetista con lo que se inició la reorganización de la CNT de Cataluña en forma abierta. No obstante a la Comisión nunca quiso integrarse el nuevo Comité Regional formado por los tres jóvenes antes señalados, pues estimaron que la misma venía a constituir una duplicidad de funciones, o más bien una usurpación representativa, toda vez que ellos constituían en Cataluña la máxima y más legítima representatividad confederal, pese a que sólo habían sido designados por el compañero Calopa, con el fin de que el Comité Regional fuera algo más que un sello de goma. Considero, sin embargo, que no puede reprochárseles otra cosa, al margen de esa actitud, pues desplegaron estimables actividades en la medida de sus medios y posibilidades para que la CNT diera señales de vida.

A partir de la constitución de la Comisión de Relaciones, aumentaron las actividades: se cursaron cuestionarios a la militancia, se distribuyeron los estudios con planteamientos sobre el inmediato futuro, se coordinaron mejor las relaciones entre los distintos grupos, se terminaron las reuniones de militantes -siempre pobres en asistencia- que se veían celebrando muy de tarde en tarde en los últimos años, sin agenda previa y sin resultados positivos. A la vez, se iniciaron algunos esfuerzos efectivos para la organización de núcleos, se sucedieron las reuniones de grupos, se intensificaron los seminarios y conferencias en los centros de barriada a que nos hemos referido en el capítulo anterior, cobró vida diaria el local de Puertaferriosa, y menudearon los panfletos y manifiestos, etc.

LA ASAMBLEA DEL 29 DE FEBRERO DE 1976

La CNT despertaba grandes esperanzas en los medios obreros, pues a la sazón ya se respiraba un ambiente de euforia y confianza acerca del inmediato futuro confederal en todos los estratos de la oposición al régimen. Se presagiaba que tras la muerte de Franco habría un cambio radical tanto institucional como estructural con grandes repercusiones en todas las manifestaciones de la vida nacional. La militancia opositora de los diversos sectores se había sacudido el miedo imperante durante los siete lustros de terror fascista. Empezaba a disfrutarse de lo que se denominó clandestinidad tolerada. Durante esos meses los compañeros de Barcelona emprendieron una actividad acelerada en la reorganización de sindicatos: Metalurgia, Fabril, Espectáculos públicos, Banca, Sanidad, etc. Era criterio unánime que había que ir inmediatamente a la celebración de una gran asamblea que insuflara un vigoroso aceleramiento a la reorganización confederal con auténtica base sindical.

A principios de febrero se proyectaba a tal efecto la celebración de tres asambleas: una que pretendían llevar a cabo los compañeros de La Verneda, con el apoyo de Badalona; otra que estaban preparando los compañeros del Bajo Llobregat y la que con pretensiones de única planeaba la Comisión de Relaciones. Ante tal perspectiva, poco deseable, la Comisión me encargó una entrevista con los compañeros de La Verneda y Bajo Llobregat a fin de convencerlos de la imperiosa necesidad de celebrar una sola asamblea, sin particularismos ni exclusiones de grupo o de sector alguno. Con los primeros me reuní en casa de Helenio Molina, hijo de «Juanel» (éste también estuvo presente), llegándose pronto al consenso de una sola asamblea, que convocaría una comisión designada al efecto por los distintos grupos y tendencias. A idéntica conclusión se llegó en la reunión celebrada, dos o tres días después, con algunos de los más destacados compañeros del Bajo Llobregat. En dicho coloquio estuvieron presentes Ramón Calopa, Martín Martín, Francisco Marín y otros tres o cuatro compañeros cuyos nombres no recuerdo.

Por supuesto que se daban por inevitables algunos altercados o interrupciones -los que carecieron de verdadera entidad o importancia- y alguna que otra manifestación demagógica más o menos espontánea.

En esa asamblea se nombró un Comité Regional, provisional, que tuvo aproximadamente un año de duración.

EL COLOQUIO NO FUE POSIBLE

Desde meses antes de la celebración de dicha asamblea existía el propósito, animado por un considerable número de antiguos militantes, de celebrar un amplio coloquio «con luz y taquígrafos», como suele decirse, en el momento que se estimara más apropiado a fin de hacer un análisis concienzudo de la situación en el país y dar a conocer ampliamente las líneas generales para un resurgir vigoroso y pacífico de la vida nacional, así como los fundamentales propósitos que animaban a los cenetistas. Se tenía previsto, además de la publicación de un folleto con los resultados del coloquio -lo más importante de los debates y el enunciado-, una serie de ruedas de prensa en las principales capitales del país. A tal fin existía amplia coincidencia entre un muy considerable número de militantes de Barcelona, Madrid y Valencia, y también con algunos compañeros del exilio, pero, para llegar a su realización con éxito -me refiero al coloquio- considerábamos que había que contar con el asentimiento del mayor número posible de militantes del interior.

El coloquio tendría lugar en Barcelona, probablemente, por contarse ahí con un buen número de destacados militantes firmemente decididos a llevarlo a cabo. Pese a la muy minuciosa preparación, el coloquio no fue posible. ¿Causas principales? Los «ultras» o pretendidos

«anarquistas puros», enterados de nuestros propósitos iniciaron una gran campaña en contra - inspirada y financiada desde Toulouse, Francia-, apelando como de costumbre a los insultos y a la difamación contra los *revisionistas, cincopuntistas, treintistas, reformistas, políticos vergonzantes y claudicantes, tráfugas, incrustados en la CNT*, a los que había que desenmascarar y denunciar e imposibilitar su reingreso a la organización.

Al mismo tiempo, algunos compañeros del interior, reformistas probados, coaligados con los «ultras», temerosos de que la dirección de la renaciente CNT se les escapara de las manos, también se opusieron a la celebración del coloquio, aunque en forma disimulada. Acertada o desafortunadamente, desistimos llevar a efecto el coloquio, por temor de que la CNT renaciera escindida desde el primer momento. La consecuencia ha sido un resurgir triunfalista (?) orientado principalmente por «radicales», vociferantes, demagogos, mediocridades e irresponsables, en su mayoría, que se apoyaron en jóvenes sin experiencia y con gran ardor revolucionario -especie de sarampión- muy comprensible tras tantos años de cruenta represión y absoluta ausencia de libertades, de lo cual la CNT actual va poco a poco recobrándose, ¡pero a qué precio! Ello explica, en parte al menos que las CC.OO. y la UGT surgieran en la nueva situación como las organizaciones sindicales extraordinariamente mayoritarias, con una CNT, tan numéricamente disminuida.

Faltaba convencer solamente al grupo de Tarrasa (los que constituían el Comité Nacional de los «ultras» a que antes nos hemos referido), en lo que se ocuparon los compañeros que constituyeron la Comisión encargada de convocar la asamblea única. Estos compañeros no regatearon ni sus esfuerzos ni sus argumentos, dispuestos inclusive a llegar a concesiones excesivas, decididos como estaban a que la CNT no volviera dividida a la actuación pública. Cada uno de los grupos recibió un determinado número de invitaciones numeradas a efecto de que se responsabilizaran de sus invitados. De ahí que cuantos participaron en los debates de la asamblea lo hicieran indicando previamente su número, no su nombre.

Fue criterio general, de propios y extraños, que dicha asamblea constituyó un resonante éxito, tanto por el número de asistentes -más de seiscientos- como por lo relativo al temario y orden de las deliberaciones.

CAPÍTULO III

DIVERGENCIAS CON FEDERICA MONTSENY Y JUAN GARCÍA OLIVER

RAÍCES DE LAS DIVERGENCIAS

Mis divergencias con Federica Montseny vienen de lejos, tienen hondas raíces y, por decirlo así, algunas cicatrices; pues si bien es cierto que hubo más de una ocasión en que yo encomiara la labor de divulgación ideológica de *La Revista Blanca* propiedad de la familia Montseny, también lo es que en su segunda época, de la que fui constante lector, no estuve de acuerdo con su contumaz injerencia en los asuntos internos de la Confederación Nacional del Trabajo de España, llevada a cabo con la impunidad doctora de que hacen gala quienes acostumbran a ver los toros desde la barrera. En dicha revista aparecían periódicamente exagerados juicios en favor o en contra de las decisiones tomadas por la organización; de suerte que, por extensión de la misma causa, se publicaban escritos injuriosos y difamatorios contra militantes tan destacados y honestos como lo fueran Juan Peiró, Salvador Seguí, Quintanilla y otros de excepcional trayectoria revolucionaria cuya gloriosa memoria tratan de enaltecer hoy día sus detractores de antaño, haciéndose pasar a menudo por sus más fieles continuadores.

Mis primeras divergencias con Federica arrancan, si la memoria no me es infiel, a partir de 1934, aproximadamente, o sea poco después de mi regreso a España. Por aquel entonces, publiqué en *Solidaridad Obrera* algunos artículos a favor de la alianza CNT-UGT, de la que se manifestaba contraria *La Revista Blanca*.

A finales de 1936, en un gran mitin de afirmación revolucionaria y anarquista que se celebró en el Cine Olimpia de Barcelona, en el que intervinieron figuras del anarquismo internacional tan prestigiosas como Sebastián Faure, participé como orador -en mi calidad de secretario general de las Juventudes Libertarias de Cataluña- y me pronuncié, con mi característica vehemencia de juventud, contra los nombramientos de ministros, por razones políticas circunstanciales, sobre todo si los elegidos desconocían absolutamente todo cuanto se relacionara con sus respectivos ministerios. Ironizando, recuerdo que improvisé la siguiente frase: «(...) ministros de agricultura que confunden la alfalfa con el trigo, y ministros de sanidad que no distinguen un esparadrapo de otra cualquiera cinta adhesiva». Tal claridad cartesiana me costó que el Comité Regional de la CNT de Cataluña me prohibiera hablar en público por espacio de cuatro meses, pues a la sazón Federica Montseny desempeñaba el cargo de Ministro de Sanidad. En 1938, siendo Federica miembro del Comité Peninsular de la FAI, tuvo lugar en Valencia una reunión a la que asistieron delegados de los tres comités nacionales: CNT, FAI y Juventudes Libertarias, más el compañero Segundo Blanco, en principio designado para representar a la CNT en el Gabinete ministerial del Gobierno en funciones (poco después, Segundo Blanco ocupó la cartera de Instrucción Pública y Sanidad hasta el final de la guerra). En esta ocasión creo que fui el único que manifestó dudas respecto de la convivencia de la nueva participación cenetista en el Gobierno, y abogué porque el Movimiento Libertario realizara todo los esfuerzos posibles, y a distintos niveles, para encontrar una salida honrosa a nuestra guerra civil, sin vencedores ni vencidos. Recalcé en dicha reunión, que era preciso tener muy presente los enormes sacrificios en vidas y sufrimientos de todo género que le estaba costando la contienda armada al pueblo español. El hambre colectiva había llegado ya a extremos casi insoportables. Estas opiniones mías indujeron a Federica a calificarse de jacobino, calificativo que siempre me ha sido difícil comprender.

Federica no admitía mis opiniones pacificadoras, habida cuenta de que estaba convencida de la validez de las tesis del presidente del Gobierno, Juan Negrín, en el sentido de que había que mantener la lucha armada hasta desembocar en la ya por entonces inevitable Segunda Guerra Mundial.

A PUNTO DE FINALIZAR LA GUERRA CIVIL

A principios de 1939, ya perdida Cataluña y próximo el fin de la guerra civil, el Gobierno de la República o su delegación en París, decidió enviar una comisión de Ginebra para pedir a la Cruz Roja Internacional que este benemérita institución intercediera para que Gran Bretaña, Francia y otras potencias democráticas enviaran algunos barcos a las costas levantinas para evacuar el mayor número posible de combatientes antifranquistas. Esta comisión, integrada por el Dr. Morata Cantón, Secretario General de la Cruz Roja Española -afiliado a la CNT- y yo, fracasó rotundamente en su misión. La Cruz Roja Internacional nos recibió de tan mala gana que sólo fue posible entrevistarnos con un funcionario de segundo o tercer orden, quien se limitó a escucharnos con una frialdad rayana en la indiferencia. Dada la actitud de la Cruz Roja decidimos solicitar la ayuda de algunas personalidades democráticas e influyentes en la vida política de Suiza, socialistas en su mayoría; pero con tan mala fortuna, que el día anterior a la reunión se produjo en Madrid el golpe de Estado de la Junta de Defensa encabezada por el coronel Casado. La campaña, rápida y furiosamente desencadenada por los comunistas, determinó una fuerte reacción contraria a la Junta de Defensa por parte de no pocos socialdemócratas; de suerte que en la reunión que nos concedieron, en lugar de apoyar nuestras gestiones, aquellos socialistas nos manifestaron, con energía, que ellos actuarían en

sentido contrario a nuestra gestión si los anarquistas y socialistas, disidentes, según ellos, hacían correr en Madrid sangre comunista.

De todos es sabido que solamente Inglaterra envió a las costas alicantinas una pequeña fragata para evacuar escasamente un centenar de antifranquistas de destacada significación. Sabe suponer, pues, que para las democracias no hacía falta más ayuda, habida cuenta de que los líderes comunistas y socialistas negrinistas habían abandonado a España unos días antes. De hecho se decretaba para la gran mayoría de combatientes y la población antifranquista en general, el calvario físico-moral y el horrendo genocidio que comenzó en Albaterra y que habría de durar más de tres décadas, sin que el mundo se conmoviera gran cosa por ello, acostumbrado como estaba a los horrores de los hornos crematorios de Hitler, a las matanzas masivas indiscriminadas de la población civil durante la Segunda Guerra Mundial y, seguidamente, a la bestialidad sin límites del régimen staliniano.

Dada su gran amistad con Federica, el Dr. Morata Cantón pudo trasladarse a Ginebra para la antedicha gestión con toda su familia -mujer e hijos-, corriendo todos los gastos por cuenta de la CNT, lo que no me pareció correcto, por razones obvias.

Por indicación de Mariano R. Vázquez («Marianet») continué en Ginebra por espacio de un par de meses aproximadamente, con el encargo de editar un boletín susceptible de establecer relaciones con cuantos grupos y organizaciones libertarias juveniles existieran y fuera posible detectar, en cuya labor fui muy eficazmente ayudado por el viejo anarquista Bertoni y un pequeño grupo de compañeros de Ginebra. De dicho boletín se publicaron tres números, si mal no recuerdo, pues fui expulsado de Suiza, tras ocho días de cautiverio, por actividades políticas clandestinas y por no tener la documentación en regla.

TERMINACIÓN DE LA GUERRA EN EL FRENTE DEL ESTE

Tras la evacuación de Cataluña se constituyó en París (25 de febrero 1939), el Consejo General del Movimiento Libertario, quedando por consiguiente disueltos todos los comités anteriores. Este Consejo fue integrado por diez miembros, seis de la CNT, tres de la FAI y uno de las Juventudes Libertarias. A cuarenta años de distancia no podría precisar con exactitud los nombres de quienes fueron sus componentes, pero, si mal no recuerdo, lo formábamos: Mariano R. Vázquez («Marianet»), como Secretario General; Pedro Herrera; Federica Montseny; Germinal Esgleas; Germinal de Souza; García Birlán («Dionisios»); Valerio Más; Roberto Alfonso; Rafael Iñigo, y yo en representación de las Juventudes Libertarias.

Me tocó, en efecto, levantar las actas de las primeras reuniones del Consejo -antes de mi viaje a Suiza- y puedo afirmar que en ninguna ocasión estuvo reunido el Consejo en pleno; por una u otra circunstancia nunca fuimos más de cinco o seis los delegados asistentes. Tampoco recuerdo que en alguna de aquellas reuniones estuviera presente Federica.

PROLEGÓMENOS DE ESCISIÓN

A mi regreso de Ginebra funcionaban en París, paralelamente, como señal evidente de profunda división -con hondas raíces en el pasado inmediato- dos organismos para el auxilio económico y posible evacuación a América de los miles de españoles refugiados en Francia: el SERE, que contaba con los cuantiosos medios económicos llevados al extranjero por el Gobierno de Negrín, y el JARE, encabezado por Indalecio Prieto, que administraba los recursos financieros del famoso yate *Vita*, siempre muy inferiores a los del SERE, y también con menos respaldo internacional.

En el SERE la representación del Movimiento Libertario ostentaba Federica, en tanto que en el JARE nuestro representante lo era Juan Peiró. Tal situación empezó a producir una cierta división en la masa española exiliada. De ahí que, por no estar de acuerdo con nuestra presencia en el SERE dirigí, a mi regreso de Suiza, una carta a Germinal Esglesas, quien había sucedido a Mariano R. Vázquez -que había muerto unas semanas antes- en la Secretaría General del Consejo del Movimiento Libertario Español en el exilio, comunicándole mi dimisión del cargo de vocal en dicho organismo y renunciando a los dos mil francos mensuales que habían sido asignados a los integrantes del mismo. Germinal me contestó pidiéndome reconsiderara mi decisión, lo que no hice.

EL GOBIERNO GIRAL

Cinco años más tarde se constituía en México, con el beneplácito de las autoridades del país, el primer Gobierno de la República en el exilio, presidido por don José Giral. A la CNT se le ofrecieron dos carteras en dicho gobierno. Tras repetidas y tumultuosas asambleas los cenetistas de México designaron por escasa mayoría a García Oliver y Aurelio Fernández, para ocupar los dos ministerios. Voté con los opositores a tales designaciones. Dadas, pues, las profundas desavenencias al respecto entre la militancia cenetista exiliada -aparte el hecho de haber sido vetado por Giral el nombre de Aurelio Fernández como posible ministro de gobierno en ciernes-, se resolvió que la decisión fuera tomada por los compañeros radicados en España, tanto en lo concerniente a la participación en el gobierno como a la designación de los dos compañeros que debían integrarlo en caso afirmativo.

Consultada la organización del interior de España, fueron designados los compañeros José Leiva, recién exiliado, y Horacio Prieto exiliado en Francia.

Transcurridos algunos meses fue celebrado un Congreso de la CNT exiliada en Francia, en el cual la fracción acaudillada por Federica pudo imponer sus decisiones gracias a la influyente utilización de los cuantiosos fondos, de dudosa procedencia, aportados por Reigada¹⁸. Ni qué decir tiene que los resultados de dicho Congreso fueron terminantemente opuestos a la participación de la CNT en el Gobierno Republicano del exilio, siendo causa fundamental de la escisión del Movimiento Libertario exiliado.

De alguna manera la división o escisión estaba estrechamente relacionada con las divergencias ideológicas y tácticas existentes en la CNT desde mucho antes de nuestra guerra civil; era la continuación casi sistemática de la clásica división entre *moderados* y *radicales*, *posibilistas* y *maximalistas*; la misma división que produjo la escisión *treintista* y, muchos años antes, las adjetivaciones *a priori* de *reformistas* y *revisionistas*, por parte de los «ultras», contra Salvador Seguí, Eleuterio Quintanilla, Ricardo Mella y tantos otros hombres prominentes del pensamiento libertario español. Pese a todo, es opinión muy generalizada que la escisión no se habría producido de haber sido Federica Montseny designada para ocupar un ministerio en el Gobierno Giral.

LA ESCISIÓN Y SUS RESULTADOS

Consumada la escisión, los posibilistas o reformistas exiliados lanzamos la consigna: «Con España o contra España», que mucho irritaba a la fracción de Federica, pues éstos alegaban tener fuerte organización en el interior de España, lo que nunca pudieron demostrar. Lo contrario sí fue fehacientemente demostrado; al respecto recomendamos la lectura del libro *La*

¹⁸ Reigada fue misteriosamente asesinado en Francia hace tres o cuatro años, quizá por haber hecho ciertas confidencias.

Lucha clandestina en España, 1939-49, debido a la pluma del compañero Juan M. Molina (Juanel), quien fue miembro de uno de los comités nacionales de la CNT en dicho período, por lo que purgó diez o doce años de cárcel.

A partir de mediados de la década de los cincuenta, militantes de ambos sectores llevaron a cabo una serie de gestiones y actividades en aras a la reconciliación cenetista, pero en ninguna de esas gestiones y actividades anexas participó Federica Montseny.

RECONCILIACIÓN ORGÁNICA

En 1959 se efectuaron algunas reuniones en Toulouse (Francia) encaminadas a conseguir un entendimiento entre los dos sectores libertarios, los cuales propiciaron algunos meses de aparente reconciliación y vuelta a la unidad orgánica. En representación del sector de la Rue Belfort (Federica) asistieron los compañeros Santamaría, Pintado y otros cuyos nombres no recuerdo, y por nuestra parte integramos la comisión José Consuegra, Ginés Alonso y yo. Entre los compañeros que más se destacaron en favor de la unidad, por el sector de la Rue Belfort, estuvieron José Peirats¹⁹ y Roque Santamaría. La reunificación fue ciertamente muy endeble, pues, desde el primer momento, las discrepancias, sobre tácticas principalmente, prosiguieron y, en consecuencia las dos tendencias continuaron enfrentadas ante cualquier problema o situación de alguna importancia. Mas en honor a la verdad cabe señalar que muchos de los militantes más significados e inteligentes que habían estado hasta entonces al lado de Federica comenzaron a discrepar abiertamente respecto de su actitud intransigente, de su política de facción en el seno de la organización; de su predominio hegemónico, y con otras cosas, por lo que uno tras otro fueron seguidamente expulsados, entre ellos Peirats, Santamaría, Borraz, Mera y otros más.

Hacia 1948 Federica Montseny estuvo en México en larga visita de propaganda, durante la cual desplegó una intensa campaña en pro de la unidad antifranquista, pero sin hacer la más ligera mención en favor de la unidad cenetista. En nuestro órgano de prensa, *CNT*, que durante años editamos en México los apellidados reformistas, le hice notar a Federica la evidente contradicción en que incurría al predicar por una parte la unidad de los antifranquistas y por otra obstaculizar en todo cuanto le era posible la unidad de los cenetistas. Y no sólo en *CNT* sino que también se le respeté en un acto público. Pero lo que más le dolía a la señora Montseny era que, a pesar de sus constantes llamamientos a la unidad antifranquista, las demás fuerzas políticas españolas exiliadas, tanto en México como en Francia, Venezuela y otros países, preferían relacionarse con nosotros, lo que permitió que los «reformistas» consiguiéramos establecer, de nuevo en el exilio, la alianza CNT-UGT-STV (Solidaridad de Trabajadores Vascos).

En la conferencia *La práctica federalista como verdadera afirmación de principios*, pronunciada en París en 1964, decía José Peirats:

«(...) La guerra preventiva, por ella misma, ha creado el enemigo. ¿Y quiénes son los enemigos? ¿Contra quiénes disparan las salvas de artillería? ¿Se trata de los cristianos nuevos? ¿Son los judíos conversos? ¿Son, en una palabra, los demonios de la Rue Jonquieres (los reformistas, aclaramos nosotros)?

¹⁹ «Yo planteaba toda nuestra estrategia por medio de una ecuación sencillísima: unidad confederal, más unidad CNT-UGT, igual jaque a Franco. La ecuación podría ser ampliada así: unidad confederal más unidad antifranquista, más unidad interior-exilio, igual a liberación de España». José Peirats en su conferencia pronunciada en París en 1964.

«No, los enemigos, la bestia negra, somos los cristianos viejos que como Vicente Ferrer nos hemos opuesto a las discriminaciones religiosas y raciales. Contra nosotros va la cruzada de rencores, de suspicacias, de celos; en una palabra: la guerra».

EL CONGRESO DE MARSELLA PIDE CUENTAS

Algunos años más tarde, la CNT, reunificada, celebró un Congreso en Marsella, en el que, a pesar de ser elegido para la dirección del Movimiento Libertario exiliado un grupo de fieles seguidores de Federica, se nombró una Comisión encargada de llevar a cabo una rigurosa investigación acerca del destino que se había dado a los recursos económicos que la CNT había sacado de España al terminar la contienda, así como el de los obtenidos a lo largo del exilio por las cuantiosas cotizaciones de sus numerosos afiliados.

Lo primero que hizo dicha Comisión Revisora de Cuentas, fue dirigirse a cuantos habíamos formado parte del Consejo del Movimiento Libertario en el exilio. Tuve información de que todos los componentes del repetido Consejo contestaron estar dispuestos a rendir cuentas en cualquier momento que a ello se les emplazara, a excepción de Federica y su compañero, Germinal Esgleas, quienes se negaron categóricamente a ello, contestando que lo harían cuando la organización se pudiera reunir libremente en España. La posibilidad de reunir la organización en España sin ningún riesgo de limitación, se ha producido hace ya tres años, pero hasta aquí las cuentas, que yo sepa, no han sido rendidas, y mucho dudo que se rindan; pero si el «milagro» se produjera algún día, por descontado que se repetiría aquello de las «cuentas del Gran Capitán».

Yo contesté al compañero José Peirats, secretario de dicha Comisión, que nunca había administrado fondos de la organización, ni dentro ni fuera de España. Quizá mi único caso relacionado con la administración del dinero, la constituye el hecho de que en París, «Marianet» me encargó la difícil tarea de que a mí se dirigieran los compañeros que estuviera en necesidad apremiante de ayuda económica, para que yo señalara la cantidad a suministrar y se lo comunicara al compañero Baruta; pero esta ingrata gestión solamente duró tres días, al cabo de los cuales fui enviado a Ginebra para la gestión antes referida.

Pese a la enorme cantidad de dinero que ha pasado por sus manos, el grupo que rodea a Federica no ha sido capaz ni siquiera de conservar la finca de Cahors, adquirida por el Comité Peninsular de la FAI para albergue de compañeros ancianos o inválidos.

SANTILLÁN Y MIRÓ SON...

Y para terminar este ya largo y enojoso capítulo de divergencias y enfrentamientos, entre Federica y yo, necesito hacer mención de algo que considero rebasa los límites de la ignominia. En fecha posterior -unos pocos meses- a la muerte de Franco, al salir de un mitin celebrado en La Mutualité de París, con Federica como primero figura, un grupo de sus admiradores la rodearon y le preguntaron qué opinaba de Diego Abad de Santillán, a lo que contestó con este exabrupto: «Santillán es un fósil». La pregunta se repitió acerca de mi persona y ella contestó: «Este es un agente de la CIA», respuesta que remito al lector para que la califique. (Calumnia que algo queda...)

Posteriormente, durante algunos meses, sus corifeos, gente alienada y dogmática en su mayoría, practicantes fanáticos del culto a la personalidad, se apresuraron a repetir la infamia, igual que hicieron los enemigos de Bakunin al acusarlo de agente zarista, encogiéndose de hombros cuando se les pedían pruebas o limitándose a decir: «A mí me lo dijeron...». Ello tuvo como consecuencia que diera yo a la publicidad la carta abierta que a continuación reproduzco:

Federica Montseny
Toulouse 4 Rue Belfort
Francia

Señora:

Hace algunas semanas me informaron unos amigos que en un mitin dado en París, Ud., de manera irresponsable y gratuita (aparte de otros insultos), llegó a acusarme de ser un agente de la CIA.

Teniendo en cuenta su natural inclinación a la demagogia y la calumnia, no merecería el caso mayor atención si no se adivinara en ello los pretendidos alcances de una incalificable maniobra, orquestada burdamente por periodiquillos, comités y grupitos que ese intitulan portavoces de una CNT excluyente y cerrada a toda libertad de pensamiento, con un dogmatismo más cercano al espíritu *bunkeriano* que a una tolerancia y aglutinadora organización de signo libertario.

Posiblemente no hubiera sido causa de dirigirle esta carta el solo hecho de lesionar mi dignidad con su malintencionada afirmación, si en esta campaña -que no acabo de comprender con qué fin fue emprendida, aunque me lo supongo-, no se percibiera un calculado empeño en sembrar dudas y desprestigio en torno a un buen número de compañeros que, con honestidad y consecuencia, vienen trabajando desde siempre por la CNT, a la que han ofrecido su inteligencia y su libertad, y en la que han puesto siempre sus mejores esperanzas.

La contumacia en los insultos y despropósitos, el afán de alimentar un confusionismo disgregador y el obstinado empeño de lanzar ciego indiscriminadamente contra quienes tienen algo que decir y no se someten dócilmente a un gregarismo beato y a un imperativo de clan absorbente e inapelable, me han obligado a escribirle para pedirle una inmediata rectificación de sus ofensivas acusaciones, tanto las inferidas a mí como las por usted y sus seguidores lanzadas contra otros militantes, y algunos de cuyos nombres adjunto en hoja aparte.

Quiero detenerme en un calificativo que entiendo debe obligarle a prudente reflexión. Ser tráfuga y saltimbanqui, como en sus periodiquillos se afirma al referirse a mí y a otros viejos militantes, no puede afectarme por cuanto llevo cincuenta años militando en una misma ideología, sin caer en sectarismos, fanatismos ni ortodoxias. A este respecto me permito recordarle que su señor padre, en sus últimos años, declaró estar dispuesto a afiliarse al Partido Socialista Obrero Español -ignoro si lo hizo- sin que por ello nadie lo calificara de tráfuga, apóstata u otros adjetivos anatemizadores. Precisamente por ser libertarios estamos obligados a respetar la autodeterminación política de toda persona, aunque esta norma no fuera aplicada de igual modo desde las páginas de *La Revista Blanca*, en la que se acusó al singular e inolvidable Salvador Seguí de líder aprovechado y de político inescrupuloso.

Quede bien entendido que la rectificación que le solicitó se entiende como declaración explícita de que tales acusaciones, en especial la que se refiere a que soy un agente de la CIA, son artificiosas, gratuitas y sin base alguna. Resulta, sin embargo, extremadamente penoso y lamentable que hayamos de malgastar atención y energías en pugilatos tan estériles, cuando nuestra situación orgánica, y sobre todo el futuro inmediato de nuestro pueblo, exigen una entrega consciente, esforzada y responsable por parte de todos.

Negarme por su parte tal rectificación, que le exijo llegue a mi poder antes del día 15 del próximo julio, en mi domicilio de México, me obligarían a hacer pública esta carta y a ejercer contra Ud. las indispensables reclamaciones, aun lamentando mucho tal pérdida de tiempo y energía que serían mucho mejor empleados en el reforzamiento de nuestra organización

confederal, que todavía puede ofrecer soluciones de justicia y respeto a los derechos humanos y a la dignidad individual y colectiva.

Quedo, pues, en espera de su pronta respuesta.

Fidel Miró
Barcelona, 27 de junio de 1976.²⁰

EN EL PECADO LA PENITENCIA

En el primer mitin de la CNT, después del franquismo, celebrado en la Plaza de Toros de San Sebastián de los Reyes, cerca de Madrid, en el que debía figurar Federica Montseny como orador principal (pero que finalmente no tomó parte en el mismo, y no porque las autoridades españolas le negaron el visado, como se dijo, sino porque a tiempo fue advertida que muchos militantes de Madrid se oponían a su participación en el acto) se produjo el siguiente hecho: Un grupo de jóvenes cenetistas organizaron el «tiro al líder», lo que fue ampliamente difundido por la prensa nacional e inclusive extranjera. El «juego» consistió en tres grandes retratos pegados a una barda, uno de Carrillo, otro de Fraga Iribarne y el tercero de Federica, a los que los concursantes por unas pocas pesetas trataban de dar en el blanco a pelotazos. Se sabe que fue el de Federica el retrato que recibió mayor número de impactos, puntería que era premiada con un folleto.

Aunque no lo crean mis adversarios puedo asegurar que el hecho me produjo una gran pena y contrariedad por considerarlo ominoso y de mal gusto a todas luces. Y no tanto por la propia Federica sino por la CNT, pues el porvenir de una organización o partido político cuyos seguidores pierden todo respeto para sus más destacados dirigentes será siempre incierto en grado sumo.

Me informan de España que en sus manifestaciones públicas, Federica Montseny pone actualmente especial cuidado en conducirse con sensatez y acusado sentido de responsabilidad. Y no lo dudo, porque cuando a través de años alguien trata de aventar lejos de sí a los colaboradores de valía para quedarse, exclusivamente, rodeado de mediocridades irresponsables que no le pueden hacer sombra, que le aplaudan constantemente y que le quemen incienso en un desmedido culto a la personalidad, acaba por ser prisionero de ese ambiente y ya no puede librarse del mismo, aun en el supuesto caso de que mucho lo deseara.

Y esto es, posiblemente, lo que le esté pasando a Federica, para infortunio de la CNT y del movimiento anarquista español.

DISCREPANCIAS CON JUAN GARCÍA OLIVER

A continuación mi breve respuesta a *Historia Libertaria*, que se publica en Madrid, cuando me pidieron mi opinión sobre García Oliver y su libro, a la cual no tengo interés en añadir nada más:

«No he tenido aún oportunidad de leer el libro de J. García Oliver, *El Eco de los Pasos*, por no haber llegado todavía a las librerías de México. Al respecto en la tertulia dominical del grupo *Comunidad Ibérica*, estuvo presente, hace unos días, un compañero de Barcelona que nos

²⁰ Como cabía suponer, la Sra. Federica dio la llamada por respuesta, pues de haber ratificado públicamente sus manifestaciones, tan falsas como injuriosas, al terminar el mitin de la Mutualité me habría dado base y oportunidad para presentarle una demanda por difamación ante los tribunales de Francia.

visitó; traía el libro y nos leyó algunos pasajes. Sintetizo el que a mí directamente me afecta, el cual dice lo siguiente:

(Como obedeciendo a una consigna, elementos raros fueron infiltrándose en los cuadros de dirección del movimiento libertario catalán, valiéndose para ello de la FAL desde la cual dominaron el periódico *Tierra y Libertad*, con Siniesio García (Diego Abad de Santillán) de director, tipo tan estrafalario como su pseudónimo. Tras él hizo su aparición Fidel Miró, procedente también de América. Poseía maneras santurronas, tendencias monacales que lo llevarían al visiteo del Monasterio de Montserrat. Siempre buscó actuar en los puestos de dirección de la FAI, CNT y de las Juventudes Libertarias).

«En la primavera de 1938, tras el derrumbe del frente de Aragón y la caída de Lérida en poder de los fascistas, se constituyó en Cataluña el Comité Ejecutivo del Movimiento Libertario de Cataluña, formado por cinco representantes de la CNT, tres de la FAI y dos de las Juventudes Libertarias (yo por éstas). Creo que por primera vez en la historia contaba el movimiento anarquista con un Comité Ejecutivo. Es del dominio público que fue idea de García Oliver. Y fue precisamente él quien me propuso, con insistencia, para que ocupara el cargo de Secretario General del mismo, cuando por lógica, y como todo el mundo esperaba, tal cargo debió ser por él desempeñado. (Quizá le molestó que yo fuera un secretario nada dócil a su orientación).

«Resulta risible que eligiera para cargo tan importante a un tipo «santurrón» afecto a Montserrat (muy a mi pesar nunca visité a Montserrat hasta 1973)

De todos es sabido que milité particularmente en las JJ.LL. y que no ocupé ningún cargo relevante en la CNT. De la FAI fui miembro del Comité Regional de Cataluña, por tres o cuatro meses, durante el “bienio negro” y dimití debido a la escasa actividad de dicho Comité. A la sazón era secretario general de las JJ.LL. de Cataluña.

«En mi mente aún está fresca la imagen que teníamos los jóvenes libertarios catalanes, de la década de los treinta, de Juan García Oliver. Era para nosotros el líder por excelencia. Lo admirábamos; más aún, lo idolatrábamos. Casi sin excepciones lo teníamos por valiente, carismático, gran tribuno, con una gran trayectoria de martirologio; vehemente, con gran lucidez en debates y polémicas... Sus ideas sobre “gimnasia revolucionaria”, la revolución a plazo fijo, el ir a por el todo, eran conceptos que los jóvenes no discutíamos, casi los aceptábamos sin reservas, correspondían a nuestras ilusiones revolucionarias, a nuestra idea mitológica de la revolución social.

«No siempre coincidimos; en más de una ocasión sostuvimos posiciones disímiles, pero nunca, que yo recuerde, nos violentamos o enemistamos. Así fue hasta hace unos cinco años, cuando en Guadalajara, México, donde él reside, tuvimos un amplio cambio de impresiones con él, Santillán, Ramón J. Sender y yo, en torno a la situación de España y a la posible proximidad de nuestro retorno. Ahí sí discrepamos abiertamente, pues él seguía pensando en la revolución total, en ir a por el todo..., y yo en hacer viable una auténtica democracia y tratar de sacar de cada coyuntura el máximo posible en aras a una mañana cada vez mejor.

«Cerca ya el final de la reunión, García me dijo en tono un tanto molesto y despectivo: “Miró, tú nunca has pasado de ser un demócrata liberal”, a lo que yo contesté: “Y tú, para no pocos compañeros siempre has sido un bolchevique”.

«Prefiero conservar en mi mente la imagen del García Oliver de mi juventud y no la de un bolchevique egocéntrico y *estrafalario*, imagen que puede resultar de la lectura de sus memorias».

EPÍLOGO

«No hay cosa más terrible que tener que decir la verdad». José Peirats.

LA HISTORIA SE REPITE

Es muy posible que España sea el último país con grandes organizaciones anarcosindicalistas o específicamente anarquistas. Pensamos que, por extensión de las causas anotadas en algunos capítulos de este libro, es casi inevitable que en la Península Ibérica se repita lo que aconteció en Francia, Italia, Suiza, Argentina, México, Chile, Cuba, Uruguay y otros países en los que, principios de siglo, el movimiento anarquista contaba con poderosas centrales sindicales de gran influencia en la opinión pública y la intelectualidad de vanguardia.

Hasta 1923 los anarquistas españoles lucharon específicamente por reivindicaciones materiales y convertir en realidad de la vida cotidiana las libertades democráticas que desde hacía algunas décadas regían en los países más adelantados. Pero en 1923 vino la dictadura de Primo de Rivera y a partir de ahí el anarcosindicalismo conspira conjuntamente con socialistas y republicanos -con pactos o sin ellos- por derrocar a la Monarquía e instaurar la Segunda República. Instaurada ésta, a partir del momento en que las derechas toman el poder (1934-36), anarquistas y socialistas sueñan con la posibilidad de una revolución social inminente, y, a tal efecto, cobra fuerza arrolladora la idea de la alianza sindical CNT-UGT.²¹

Con el alzamiento militar (julio de 1936) los anarquistas creen llegado el momento de la Revolución Social y de ahí sus grandes aportaciones masivas y heroicas en la lucha contra el fascismo durante casi tres años, que, al igual que sus ensayos revolucionarios de autogestión, han pasado a la historia como hechos de adopción irreversible en las luchas del futuro inmediato.

Mas hoy, los tiempos son otros y la problemática social mucho más compleja, según hemos tratado de mostrar a lo largo de este libro.

Realizando nuestro modesto ensayo, hemos llegado a la conclusión de que la filosofía anarquista no es muy apropiada para las organizaciones multitudinarias. Estas, se quiera o no, requieren, por muy democráticas que sean, de una cierta disciplina; de determinada burocracia; de rigurosa administración; de una mecánica funcional que obedezca a un sistema con base en ciertos moldes y métodos de organización que no pueden alterarse a capricho, por voluntad individual o de grupo, sino a una rigurosa observancia de los acuerdos adoptados en Plenos o Congresos, a lo cual son pocos dados los anarquistas en general, aunque sobre el particular no han dejado de insistir en todo tiempo los militantes más responsables y conscientes; mientras que los «ultras» tienen a gala menospreciar tales exigencias orgánicas como prueba de su radicalismo, de su «pureza» o «autenticidad» ideológica.

«(...) ¿Recuerdan el grito desesperado de Orobón Fernández en febrero del 34, meses antes de la trágica cuan malograda revolución de octubre? Decía Orobón: “Sé que no faltarán camaradas que hagan objeciones como ésta; ¿pero son tan ingenuos que creen que las violencias de lenguaje de los socialistas se van a traducir en auténtica combatividad revolucionaria?” A lo que contestamos nosotros que, tal como van las cosas y quemadas o por

²¹ José Peirats, *La práctica federalista como verdadera afirmación de principios*, p. 18, París, 1964.

lo menos gravemente averiadas las naves de la colaboración democrática, los socialistas sólo pueden elegir entre dejarse aniquilar con mansedumbre, como en Alemania, o salvarse combatiendo junto a los demás sectores proletarios. Y otros dirán: “¿Cómo podemos olvidar las responsabilidades sociales en las leyes y medidas represivas dictadas y aplicadas en el período triste y trágico del socialzafismo?” Ante esta pregunta, cargada de amarga justicia, sólo cabe replicar que el único oportunismo admisible es el que sirve a la causa de la revolución. La conjunción del proletariado español es un imperativo insoslayable si se quiere derrotar a la reacción. Situarse de buena o mala fe frente a la Alianza revolucionaria es situarse frente a la revolución.

«Todavía esta sentencia de Orobón Fernández: “La fracción que vuelva las espaldas a esta necesidad se quedará sola y contraerá una grave responsabilidad ante sí misma y ante la historia».

Como afirma Kalus Jaffe, en su ensayo sobre *Anarquismo Científico*²² pienso que, en el anarquismo, el ideal está siempre a mil codos por encima de la inmensa mayoría de los idealistas. Teniendo en cuenta esta irrecusable verdad, más la realidad del medio en que se vive y la herencia recibida, el afán por constituir grandes organizaciones de orientación anarquista resulta un tanto quimérico.

Sería erróneo, sin embargo, concluir, en razón de la paulatina desaparición de las organizaciones anarquistas multitudinarias, la inoperancia de la filosofía anarquista como aspiración y norte para la redención de la humana especie, ni mucho menos de sus principales determinaciones circunstanciales de lucha y tácticas revolucionarias. Tales aspiraciones tenidas hace apenas unos cuantos lustros por la inmensa mayoría de burgueses liberales y revolucionarios marxistas como utópicas, equívocas y contraproducentes, han sido incluidas poco a poco por éstos en sus programas: el federalismo como única forma auténticamente democrática de organización a todos los niveles y situaciones; la autogestión como la mejor arma revolucionaria para ir socializando paulatinamente la producción, la distribución y los servicios públicos, incluyendo la administración político-social desde las células básicas; la necesidad de democracia interna en el seno de partidos y organizaciones, lo que significa participación masiva de la base en las decisiones colectivas; el valor del individuo, con el pleno disfrute de derechos y deberes; el internacionalismo activo, a fin de que la fraternidad y la solidaridad puedan ser una realidad; la superación del patrioterismo que se opone a la libertad de los hombres y de los pueblos; la lucha constante contra el armamentismo y las guerras; la permanente oposición frente al centralismo estatal y la tendencia a esperar todo de los poderes públicos en detrimento de las facultades y derechos ciudadanos, etc. Todas estas premisas y normas de actuación u objetivos revolucionarios han sido reivindicados a lo largo de una centuria, casi exclusivamente por los anarquistas. En la actualidad se las adjudican todas las fuerzas de orientación revolucionaria o simplemente progresistas, aunque con demasiada frecuencia lo sean solamente a nivel publicitario. Cuando tales conceptos, tácticas de lucha y reivindicaciones, son sinceros, los anarquistas deben por ello alegrarse. Lo importante -lo he dicho en otras ocasiones- no es la etiqueta, ni el continente, sino el contenido; no es quien hace las cosas quien consigue los avances, sino el que se hagan, que se consigan.

Reconozcamos de paso que otras tácticas y conceptos como «la propaganda por el hecho», que con frecuencia se reduce a la acción terrorista individual o de grupo; la famosa «gimnasia revolucionaria»; los continuos ensayos de transformación violenta; la «acción directa» entendida como el uso indiscriminado de la pistola y la bomba..., constituyen hoy anacronismos revolucionarios totalmente contraproducentes que nada tienen en común con los principios libertarios. Pero, en la actualidad, estas tácticas ya no son propias de los anarquistas, sino

²² *Ruta*, de Caracas, núm. 38, 1 de mayo de 1978.

actualizadas y reivindicadas por movimientos y grupos «ultras», unas veces a la derecha y otras a la izquierda.

Hemos señalado el hecho, cada vez más generalizado, de que intelectuales, sabios y científicos se manifiesten en anarquista sin etiquetarse como tales, tras la Cortina de Hierro inclusive. Cabe recordar aquí la famosa Primavera de Praga, a los nuevos filósofos franceses y españoles, la nueva izquierda estadounidense, las cada vez más frecuentes críticas al bolchevismo o marxismo totalitarios en sus propias filas; las renunciadas oficiales al marxismo y al leninismo por parte de socialistas y comunistas...

La enorme distancia entre el idealista y el ideal que señala Jaffe y la proclividad a la dogmatización de gentes de mentalidad mediocre y pésima asimilación la existencia de grandes organizaciones anarquistas en las que no puede haber jerarquías reconocidas, dirigismo indiscutible y centralización, lo que constituiría la más categórica negación de los principios. Consecuentemente, se produce con harta frecuencia un mal disimulado -cuando no abierto y descarado dirigismo- en el que la mediocridad y las malas artes suelen imponerse con el deliberado fin de evitar que surjan nuevos valores que, a la larga, pudieran hacer sombra y desterrar a los mediocres y pigmeos del pensamiento, mientras se calumnia a auténticos militantes que gozan de público reconocimiento. En consecuencia, las luchas intestinas se encrespan a extremos irreconciliables y se producen las escisiones. Compárese la potencialidad orgánica, el prestigio y ascendiente popular de la CNT en la España actual, con la esperanza y expectación despertadas por el Movimiento Libertario cuando, a poco de la muerte del Generalísimo, pudo reunir trescientas mil personas en un mitin celebrado en el Parque de Montjuich de Barcelona, y un año después casi medio millón de almas en las jornadas libertarias del Parque Güell de la misma ciudad. ¿Cuántos reunirían hoy?²³

Además de tal empobrecimiento cuantitativo y cualitativo cabe recalcar la actitud, negativa casi siempre, por no generalizar, ante la problemática nacional en todos los órdenes. Se diría que, por no tener soluciones propias y viables que ofrecer, la negación resulta ser la única alternativa. En la España actual se dice, por hábito y por inclinación, sin ninguna razón siquiera aparente, por parte de la CNT: No a la unidad sindical; no al pacto socioeconómico; no a la participación en los municipios; no a la constitución; no a la ley antiterrorista; no al esfuerzo radical y de conjunto para la superación de la crisis económica y el paro laboral; no a las autonomías regionales; no al asambleísmo y al consejismo... *No, no, no.* ¿Cuándo estaremos en condiciones de decir *Sí* en tales o cuales condiciones?

¿Existe realmente una salida o escape del sistema capitalista en España y en el mundo, que no sea la renovación o mutación gradual, evolutiva? ¿Acaso no se hace el juego a la reacción con las actitudes extremas y el mito de la revolución social inmediata y definitiva? Un movimiento revolucionario que afirme su actuación y declaraciones públicas en actitudes generalmente negativas no puede aspirar a ser elemento catalizador de grandes núcleos de población, ni siquiera a constituirse en minoría de fuerza más o menos determinante en la actuación colectiva. Tanto como soluciones globales, o de gran trascendencia, los pueblos reclaman arreglos parciales sobre cada uno de los pequeños, o no pequeños, problemas que directamente les afectan. A la vez que la solución al paro forzoso, les inquietan y motivan el paso a nivel, la línea de autobuses necesaria, la contaminación ambiental, la instalación de un semáforo, la guardería infantil, la escuela para retrasados mentales y minusválidos, el parque público, la amortiguación de los ruidos, el control de la natalidad, etcétera.

²³ Ya en prensa este libro nos hemos enterado de la celebración de un mitin en el Parque de Montjuich, en Barcelona, a principios del presente año, con la señora Federica Montseny como principal figura y algún otro orador de su elenco con la pobre asistencia de unas cinco mil personas.

El anarcosindicalismo ha puesto demasiada énfasis -más que los marxistas inclusive en no pocas ocasiones- en la lucha de clases, lo cual, aunado a cierto «sentimiento trágico de la vida», la diaria lucha sin cuartel contra el sistema capitalista y sus principales representantes o beneficiarios, con el consiguiente martirologio de sus mejores hombres, ha alejado de sus medios orgánicos a los productores de cuello y corbata, a técnicos e intelectuales, a científicos y clase media, sin cuya participación resulta pueril pensar en la revolución social.

Encerrados en las propias organizaciones, empecinados en bizantinas discusiones filosóficas, dividiéndose y enfrentándose más que por interpretaciones ideológicas por diferencias tácticas circunstanciales, sin preocuparse por intercambiar pareceres y estrechar vínculos con otros grupos y corrientes de pensamiento de avanzada con quienes debieran estar unidos por un común denominador de libertad y progreso, los anarquistas suelen «cocerse en su propia salsa», como diría Fosco Falacci.

Dada la idiosincrasia individualista y el concepto de libertad irrestricta que priva en los medios libertarios -lo que viene a restar objetividad a su actuación político-social-, éstos adolecen casi siempre de falta de cohesión colectiva y de sentido práctico. Inclusive son alérgicos a todo compromiso circunstancial, repercutiendo ello en la calidad y objetividad del esfuerzo continuado. Cada sindicato o grupo quiere tener su propio órgano de prensa (con frecuencia muy semejantes a las hojas parroquiales) y su propio local, costoso y poco funcional; libertad ilimitada para levantar la propia tribuna y lanzar en cualquier momento el particular manifiesto, esté o no en concordancia con las determinaciones y acuerdos colectivos de la propia organización.

Por estar muy generalizado en los propios medios el criterio de que el ideal ácrata es el más humano y revolucionario, el más perfecto y redentorista, se llega inconscientemente a la conclusión de que ya no son necesarios más filósofos o teóricos, y de ahí al absurdo de creer estar en posesión de la verdad absoluta no hay más que un paso. Consecuentemente, proliferan las capillas y grupúsculos encerrados a cal y canto en su verdad, considerando a los disidentes del propio campo ideológico como los peores enemigos, como célula nocivas sumamente peligrosas; ven con recelo y con desprecio a quienes manifiestan dudas y discrepancias, como sucede siempre y por doquier cuando el dogma y el sectarismo predominan. En consecuencia, los «ultras» desprecian olímpicamente los avances paulatinos que se producen dentro de la compleja problemática social, los cuales son considerados simples «cataplasmas y paños calientes»; de suerte que sólo piensan, los «ultras», en soluciones radicales, porque sólo la revolución social, total y definitiva, es digna de atención y del cabal empeño. El lema, de éstos, es indefectiblemente el «todo o nada», en cuyo afán se pierden los mejores y más abnegados esfuerzos, precisamente por contrarios a la condición humana y a las leyes de la naturaleza.

Teníamos la intención de formular un epílogo más breve, menos áspero y menos fatalista, pero también ha sido intención fundamental al escribir este libro el no detenernos en circunloquios y medias tintas, sino en decir todo cuanto, a nuestro juicio, daña o perjudica a las ideas anarquistas y a las organizaciones y movimientos que se manifiestan con estas definiciones y finalidades. No hemos querido poner sordina a errores, vicios de actuación y actitudes contraproducentes. Por el contrario, hemos preferido la crudeza, poner, como vulgarmente se dice, «el dedo en la llaga», aun a riesgo de atraernos enemistades y maldiciones sin cuento; pero lo hemos hecho con el afán de servir a las ideas, sin la pretensión de estar siempre en lo cierto.

La intención principal de este pequeño libro es servir de revulsivo, en pro o en contra, de las tesis y opiniones en él sostenidas por tirios y troyanos, y que obligue a reflexionar, serena o apasionadamente, a quienes el fanatismo, el odio y la frustración no les ha quitado la facultad

de hacerlo. En fin, lanzar un pesado pedrusco que remueva en lo posible las ondas de las aguas estancadas...

ALGUNAS IDEAS PARA UNA PLATAFORMA SINDICAL

- a) Los trabajadores deben preocuparse tanto como por sus reivindicaciones económicas, por los valores humanos: el hombre como principio y fin de la sociedad.
- b) Necesidad de un acusado sentido de responsabilidad ciudadana. Ningún problema colectivo, económico o político, local o nacional, puede ser hoy ajeno al trabajador responsable, consciente de sus derechos y deberes.
- c) Para que el esfuerzo sea efectivo, y a la vez en alguna proporción determinante, deben los trabajadores incorporarse a todos los estamentos de base del conjunto social.
- d) Los sindicatos obreros, gozando de cabal independencia, deben constituir el baluarte más auténtico y efectivo de las conquistas socio-políticas.
- e) Los sindicatos de trabajadores, con universidades y municipios, coordinando esfuerzos y en perfecto disfrute de derechos, deben constituir los pilares básicos de toda sociedad democrática.
- f) Una organización sindical, con funcionamiento escrupulosamente democrático, y, por tanto, con plena libertad de tendencias o corrientes ideológicas en su seno, puede entregarse de lleno al esfuerzo creador, *que es el único efectivamente revolucionario*.
- g) Mucho cuidado habrá de ponerse en evitar las mal llamadas nacionalizaciones, que, en la mayoría de los casos, no son otra cosa que estatificaciones de la economía, con el consiguiente robustecimiento del poder estatal y la manera más efectiva de castrar iniciativas y responsabilidades.
- h) Acceso sin restricciones de todos los ciudadanos a cualquier institución cultural, sin privilegios de ningún género, a partir de la enseñanza primaria. En cuanto a cursar altos estudios se deberá sólo tener en consideración la vocación y capacidad de cada ciudadano.
- i) Intervención directa de la clase obrera organizada en empresas y centros de producción en general, para que en las mismas esté siempre presente el interés societario (la producción para el bienestar y la dignidad humana y no con miras exclusivamente puestas en mercados y utilidades) y para que los trabajadores puedan conocer los costes y procesos de industrialización y comercialización, con miras a conseguir un más injusto reparto de utilidades.
- j) Deberán los trabajadores estar a cubierto de contingencias adversas (paro forzoso, accidentes de trabajo, enfermedades, vejez, etc.) percibiendo en todo momento un salario que les permita vivir con el necesario decoro, mientras nos sea posible garantizar a cada productor un bienestar que les permita vivir en la abundancia de lo necesario y lo útil.
- k) Una de las principales preocupaciones de los trabajadores organizados debe ser siempre la preservación de la paz entre los pueblos.

- l) Por ser los trabajadores industriales los mejores organizados y, por tal razón, también los mejor retribuidos, deben preocuparse vivamente por una radical reforma agraria de realidades tangibles e inmediatas.
- m) Por un principio ético insoslayable y por solidaridad de clase, las organizaciones sindicales poderosas tienen la obligación de promover todo tipo de ayuda, económica y científica, para los trabajadores de los países menos desarrollados, a fin de que puedan llevar a cabo los ensayos de cooperativismo y socialización y superar el subdesarrollo.
- n) Además de la conquista de toda clase de mejoras para la colectividad laboral, que lo son también para toda la sociedad, una de las preocupaciones principales de los trabajadores organizados deberá concentrarse en la paulatina transformación de la economía privada en economía auténticamente socializada (no en capitalismo de Estado).
- o) El sindicalismo revolucionario debe tener bien presente que el Estado dista mucho de ser el protector de la sociedad, suponiendo que alguna vez proteja, lo cual lamentablemente suelen olvidar la mayoría de las personas, y especialmente los trabajadores.
- p) Debe discutírsele al Estado, tanto como al capitalismo, sus funciones y prerrogativas cuando éstas van en detrimento de la sociedad, del bienestar colectivo: los gastos excesivos, partidas inútiles y abuso de poder.
- q) La tan prometida Revolución Social, con mayúsculas, también se ha convertido en «opio de los pueblos». Es hora de invitar a la clase trabajadora a reflexionar sobre el mito de la revolución violenta. La revolución social ha ido convirtiéndose con el tiempo en un señuelo milagroso, el más demagógicamente explotado por los ultrarrevolucionarios de cualquier color y de todas las banderías. El paraíso tras la revolución ha venido a substituir al cielo después de la muerte.